

Beatriz Díaz Martínez

El viaje de una vida De Castilla a Cataluña

Vida y memorias de Martín Escolar Ramos



VIDA Y MEMORIAS DE MARTÍN ESCOLAR RAMOS

El viaje de una vida.
De Castilla a Cataluña.

VIDA Y MEMORIAS del que suscribe,
MARTÍN ESCOLAR RAMOS.

Un buen padre.

*Dedicado a la memoria de nuestro padre, Martín Escolar
y de nuestra madre, Luisa Pujolar;
quienes se comprometieron con sus vidas ejemplares
en que fuéramos “buena gente”.*

Sus hijos Juanito, Antonio y Manel.

*A él le hubiera gustado dedicarlo a sus nietos (Jordi, Alba, Joan, Neus,
Lluisa, Antonio, Pau y Pol), y especialmente al último que ha llegado a
la Tierra, y que lleva su mismo nombre, Martín Escolar Jiménez.*

En nombre de mi padre pues os dedico este libro de memorias.

De vuestro abuelo Martín, el padri, que os quiere.

En Alguaire, provincia de Lérida, enero de 1984.

Lo relatado a continuación en el presente escrito es la vida y memorias del que suscribe Martín Escolar Ramos, de sesenta y seis años de edad, hijo de León y de Regina, ambos naturales de Bernardos (Segovia).

ÍNDICE

Introducción	9
I. El bachillerato de mi vida.	12
II. Carne de cañón.	33
III. Cataluña. Del ejercito a la Benemérita.	63
IV. Estraperlo en la harinera.	105
V. Mis primeros negocios.	151
VI. El almacén del Escolar en marcha.	173
VII. Mis hijos se emancipan.	209

INTRODUCCIÓN

Ya se han cumplido casi quince años desde que nuestro querido padre, Martín, partió hacia el amor infinito. Aquí nos dejó, sin su discreta y siempre cariñosa compañía. Mi padre vino a Catalunya desde tierras castellanas. Pronto se hizo parte de su nueva tierra, aprendió la lengua y sin olvidar nunca sus orígenes supo salir adelante y ser querido por la mayoría de los que le conocieron. A mi, el hijo del medio, me ha tocado escribir estas líneas introductorias. ¿Que puede decir un hijo de su padre?. De tantas cosas a relatar me quedo con el respeto que siempre tuvo por mis decisiones y actitudes. Un respeto que no significaba lejanía, sino que estaba hecho de amor y afecto. Mi estancia en Manresa de los 10 a los 15 años marcó mi vida. Alejado de mi madre y mi padre fue un tiempo de enorme soledad afectiva que procuraba compensar fundamentalmente con el estudio. El colegio y los libros eran mi refugio. La dificultad de comunicaciones en la época impedía volver los fines de semana a Lérida, por tanto el reencuentro con mis padres seguía un ritmo trimestral (Navidad, Semana Santa y Verano). Las prolongadas ausencias entre estos paréntesis solo se rompían ocasionalmente con visitas cortas de mi padre. Mi madre no podía desplazarse pues mi hermano Manel era aún pequeño para viajar. Las visitas sorpresa de mi padre me dejaron un recuerdo imborrable. Siempre me llevaba a un bar, cerca de la droguería en la que trabajaba mi abuelo materno Lluís, a tomar una bebida con mi tapa preferida,

los berberechos. Este pequeño momento de cercanía, de luz, de vida, se quedó grabado en mi mente y mi corazón. Luego vuelta a la soledad de los libros y al gris de Manresa. El fin de curso y la llegada del verano significaba la vuelta al pueblo, la estación más deseada, estar cerca de mis padres, todos los días. Aun con el calor y el trabajo en la granja de pollos, o de cerdos, o el almacén de frutas, estar en Alguaire era volver a la vida. Mi padre aunque andaba liado en sus negocios relacionados con la agricultura y la ganadería, estaba más cerca, simpático, ocurrente, abierto y activo, de aquí para allá buscando oportunidades. Mi madre era la encargada del día a día y la que sufría las pequeñas peleas con los hijos. Desde los 10 años pase más tiempo fuera del hogar que dentro. Los regresos estacionales y de fin de semana eran la ocasión del reencuentro. Así continuó nuestra relación el resto de nuestra vida compartida, un sinfín de idas y vueltas, que pasaron definitivamente de estacionales a anuales. A pesar de ello mi padre estaba ahí, continuamente, de forma discreta, y a pesar de la lejanía física siempre siguió y sigue vivo dentro de mí.

¿Por qué y cómo escribe Martín sus memorias?

Como en cualquier familia nuestro padre nos contaba cosas de sus orígenes y de las personas y acontecimientos de su vida. Cuando se jubiló le propuse que escribiera sus memorias. Le decía que sus nietos debían conocer sus raíces, que eso sería bueno para definir su identidad. Este argumento le convenció, aunque creo que él quería recordar su vida, sobre todo su época de juventud y la de creación de su familia en Catalunya. Insiste lo suficiente como para que comprara un maquina de escribir y se pusiera a la faena. De las memorias surgiría además un espacio de escritura poética, del que ha quedado un legado de varios cientos de poemas. Poesías pegadas a la vida cotidiana, de tono y contenido popular y familiar. Fue un espacio que prolongo casi hasta el final, y que le ayudo a transitar la soledad en la que quedo tras la partida de nuestra madre. Por esta causa, en 1983, interrumpió el relato de su vida,

aunque siguió por el camino de la poesía.

El texto manuscrito que nos dejó paso de mi lectura a la grabación a ordenador, junto con las primeras correcciones ortográficas y algunas de estilo. Con este material realice una primera edición de un documento, del que pase copias a varios miembros de la familia y a mi padre. La idea de transformarlo en libro surgió al conocer a Beatriz Díaz, la persona que finalmente seleccionó y compuso el documento que ahora tienes en tus manos. Por fin después de tantos años he podido completar el compromiso que me había marcado.

Su memoria, su historia, es parte de nuestra vida, la mía, de mis hijos, hermanos, y esposas. Reconocerse en ella nos hace mejores y nos mantiene unidos con nuestro padre, con el padri, ahora ya para siempre.

Antonio Escolar Pujolar

I. EL BACHILLERATO DE MI VIDA.

“Con cebolla, pan y vino me enseñaron a espigar...”

No sé qué habría sido de nosotros

Nací un día 8 de abril de 1917 en un pueblecito llamado Santa Cruz de Abranes, en la provincia de Zamora. Allí mi padre era carabinero y prestaba los servicios propios de este Cuerpo, ya que esta villa es fronteriza con Portugal¹. A los dos meses de mi nacimiento mi padre fue trasladado a petición propia a la comandancia de Valladolid; por eso no es de extrañar que no conozca el pueblo donde nació. Pasé mis primeros cuatro años en el cuartel de carabineros de Valladolid, cerca del Arco Ladrillo. Recuerdo vagamente que para jugar los niños elegíamos la cercana estación de Ariza. Nadie me llamaba por mi nombre sino por “el Chatillo”, pues mi apéndice nasal no es nada prominente².

Como pude comprobar más adelante, en los cuerpos de seguridad del estado

¹ El Cuerpo de Carabineros fue creado en el siglo XIX con la misión principal de la vigilancia de costas y fronteras. Durante la Guerra Civil se situó preferentemente junto al gobierno republicano. Franco lo disolvió en 1940 e integró a sus miembros en la Guardia Civil.

² Todos sus hijos heredamos esta característica.

los traslados estaban a la orden del día. Mi padre solicitó un nuevo traslado con miras a aproximarse a Bernardos, su villa natal, y le fue concedido a la estupenda villa de Cuéllar en la provincia de Segovia. La principal industria de aquel pueblo eran las fábricas de achicoria y alguna que otra alquitara³. Aquí empecé yo a saber de marchamos, guías, vendas, etcétera (documentos que más tarde tuve que rellenar).

En Cuellar empezó mi educación primaria. Estuve un año en un colegio regentado por monjitas, donde aprendí las primeras letras. Cuando cumplí los cinco años mi padre me llevó a las Escuelas Nacionales y me presentó al señor maestro. Corría el año 1924 (yo tenía siete años o quizás ocho) cuando súbitamente mi padre contrajo una enfermedad que, para desgracia nuestra, se lo llevó a la tumba. No he dicho aún que éramos tres hermanos: Gregorio, quince meses mayor que yo, y Teófilo, que a la sazón debía tener un año. Mi madre, como era natural, tuvo que evacuar el pabellón del cuartel que estaba habitando. El cabo comandante del puesto como gracia especial nos dejó que continuáramos en el mismo por un plazo máximo de dos días.

Al día siguiente del enterramiento se personó en Cuéllar mi abuelo materno con su borriquillo y unas grandes alforjas. Por aquellos lugares los de Bernardos tenían fama de usar este petate; y por eso el dicho que aún corre por allí de “alforjas largas y burro capón de Bernardos son”. Cargamos el borrico con los enseres más indispensables para la larga caminata que nos esperaba (treinta kilómetros separan Cuéllar de Bernardos) y a las cinco de la tarde de un día de mayo emprendimos la marcha mi abuelo, mi tía Leandra (hermana de mi madre, que por entonces debía rondar los dieciocho años) el que relata y, cómo no, “el Navarrico”; que así llamábamos al simpático borriquillo. Mi madre y mis dos hermanos, junto a otros familiares que asistieron

3 La achicoria es la planta *Cichorium intybus*, cuya raíz tostada se usaba como sucedáneo del café. En 1917 había en Cuéllar tres fábricas de achicoria, que se expandieron llamativamente en la posguerra por la escasez y carestía del café. La alquitara es un sistema de destilación en el que, a diferencia del alambique, la vaporización y condensación se realizan en un mismo recipiente.

al entierro, lo hicieron alguna hora después en un carro de labranza. Yo recuerdo perfectamente que la noche nos sorprendió antes de llegar a un pueblo llamado Samboal, que está entre frondosos pinares (por aquella zona es abundante el pino, principalmente el de resina), y entramos en Bernardos con las primeras luces del alba. Quien más disfrutó del borrico fui yo, naturalmente, pues realicé la mayor parte del viaje a sus lomos. ¡Cuánto recuerdo aquel mediocre transporte! Y, por cierto, no había otro entre ambos pueblos.

La muerte de mi padre para mí fue un mazazo que arrastré algún tiempo. Si no hubiera sido por el apoyo y cobijo que mis abuelos y mis tías nos dieron en aquellas tristes fechas, yo no sé qué habría sido de mi madre y sus tres renacuajos. Éramos cuatro cucharas más en su mesa, que tampoco era pródiga en abundancia. Mi madre era joven y no disponía ni de cinco céntimos. La paga que cobraba mi difunto padre no llegaba a las cien pesetas mensuales; y si mi madre tenía algún ahorrito, cosa que dudo, buen destino debió encontrar para sufragar los gastos de la enfermedad de mi padre. Los gastos del entierro y el baúl, que siempre recordaré que fueron de ciento tres pesetas con diez céntimos, se los prestó un tío mío hermano de mi padre que era tratante de mulas (chalán) y gozaba de buena salud monetaria. Se las dejó con la condición de que tan pronto estuviéramos aposentados en Bernardos se las remitiera por giro a Cantalejo, pueblo donde él residía y tenía su oficio. Cumplió mi madre lo prometido cuando cobró la humanitaria que le correspondía por fallecimiento de mi padre, cuya cuantía era de tres mil pesetas (¡qué miseria!).

En la casa de mis abuelos maternos me asignaron una alcoba donde había dos camas, una de matrimonio que era la correspondiente a mis abuelos y otra más pequeña para mí. La casa disponía de varias dependencias. Una en la primera planta estaba dedicada a taller de costura, pues mi tía Leandra y mi tía Bernardina, ambas solteras, ejercían la profesión de modistas. Junto al taller había dos habitaciones dormitorio con camas dobles, una ocupada por mis tías y la otra por mi madre y mis dos hermanos. En la planta baja estaba la cocina, la habitación donde dormíamos mis abuelos y yo, un cuartito pequeño

que servía de despensa y el corral con su cuadra, refugio del Navarrico.

Es aquí donde empieza para mí el bachillerato de mi vida, a pesar de mi corta edad, que a continuación expreso con pelos y señales; porque todo quedó grabado en mi memoria como si hoy mismo lo volviera a vivir. Mi abuelo, que de nombre se llamaba como el que suscribe, era conocido en la comarca como “el tío Martín Ramos”. Al ser panadero, en casa teníamos un horno que, además de dedicarlo como cocedero público de pan, se empleaba para los asados que los vecinos del pueblo y comarca le encargaban. Tenía fama como gran asador de aves de corral, tocino, cordero, etcétera. No se dedicó a la venta de tales productos; sus honorarios eran un tanto por pieza asada y una cantidad por hornada familiar. El obrador donde se elaboraba el pan era de lo más rudimentario que existía en aquellos tiempos, una artesa donde se hacía la masa y una máquina accionada por una manivela manual con dos rodillos paralelos, por donde se pasaba varias veces la masa en porciones que aproximadamente pesarían un kilo. El horno se alimentaba con las calorías correspondientes de rama seca de pino, que muy pronto me tocó ir a buscar al pinar comunal del pueblo, empleando para su transporte al célebre Navarrico.

Las Escuelas Nacionales estaban enclavadas en el centro mismo de Bernardos, en la calle de la Iglesia. Impartía las clases un maestro llamado don Manuel Navarro; hombre de reconocida valía que había de apechugar con todos los chicos en edad escolar que residían en la villa, unos setenta, pues no existía parvulario. Mi hermano Gregorio y yo empezamos las clases en el mes de mayo. Recuerdo que mi abuela nos compró un Catón y un libro donde estaban impresas las “Fábulas de Samaniego”, que a mí me gustó mucho por su amenidad⁴. En principio nos pusieron en los últimos bancos, ya que los

⁴ El Catón original es obra del moralista y gramático latino del siglo III Dionisio Catón. Era un libro con lecturas elementales y moralizadoras, con frases cortas, para enseñar y ejercitar en la lectura. El llamado Catón Moderno fue publicado por primera vez en 1922. Con el tiempo se llamaría catón a todo libro con el que se aprendía a leer. Félix María de Samaniego vivió en la segunda mitad del siglo XVIII y escribió varios tomos de fábulas morales en verso, inspiradas en Fedro, Esopo y La Fontaine.

pupitres estaban reservados para los mayores.

En casas de labranza como agostero

En julio vinieron las vacaciones. ¡Qué vacaciones! Cuando empezaron las faenas de la siega fui contratado en una casa de labradores para llevar la comida a los segadores, por el precio de trece pesetas y por un tiempo de dos meses, que era lo que venía a durar la campaña de recogida de las mieses y su trilla. He de hacer constar que aparte del jornal me daban desayuno, comida y cena; poco era, pero aquellas trece pesetas engordaron un poco las costuras de la faltriquera de mi abuela, que siempre estaba a tres menos cuartillo.

Tenía nueve años recién cumplidos y no conocía las partidas donde estaban enclavadas las fincas a donde había de llevar el almuerzo; cuando los segadores marchaban con el patrón a la madrugada me ponían al corriente del camino que debía tomar y de la distancia aproximada donde se encontraría la cuadrilla segando a la hora de almorzar. Miles de veces tuve que preguntar a otros labradores que por el camino encontraba y que me orientaban a donde debía dirigirme. Para mí se queda lo amargas que lo pasé encima de la mula y las aguaderas con la comida y los cántaros del agua.

Nunca les faltó el yantar, el vino y el agua a la hora convenida, pues el término municipal de Bernardos es todo de secano y el agua en aquellos estíos era tan necesaria como la comida. Cuando ya habían dado buena cuenta del almuerzo los segadores y el que relata, recogía los cacharros, los depositaba en los corvejones de las aguaderas y pitando para el pueblo. La hora de volver con la comida era otro calvario, porque había de llevarla a otra finca y a lo mejor emplear diferente camino, pero allí estaba “el Chatillo” con la vianda y a su hora. Para mí la alegría mayor era que el patrón estuviera contento de mis servicios y que a los segadores no les faltara a su hora el trago y el bocado apetecido, que bien merecido se lo tenían con aquellos calores que producía el

sol de Castilla, donde ni un árbol se veía para disfrutar un poco de su sombra. Se acabó la siega y se acabaron las trillas. A primeros de septiembre son las fiestas patronales del pueblo y como ya el labriego tiene lleno el granero, los gañanes la soldada, el sueldo los agosteros (los que trabajábamos en la recolección de agosto), todos las esperan contentos. Son y siempre fueron muy divertidas las fiestas de Bernardos. Además de los actos religiosos en honor de la



»Martín Escolar Ramos, recién incorporado al ejército, 1936.

Virgen del Castillo (patrona de la villa) se celebraban dos corridas de novillos y vaquillas en las cuales los mozos emulaban el arte de Cuchares. Yo también en mis tiempos mozos lancé algún capotazo con más miedo que alma porque, a decir verdad, nunca me acompañó el izquierdo en estos menesteres. Baile en la plaza al son de la dulzaina y redoble de tamboril, que los hermanos Tabanera interpretaban magistralmente⁵, alternando con la banda de música municipal de la villa de Coca, cercana a Bernardos y de mayor censo vecinal.

Al final ya de las fiestas se oía en boca de los vecinos un dicho que a mí me hacía mucha gracia y regocijo, que decía así, “se acabaron las funciones pero vienen las vendimias, que son tan buenas o mejores”. El término municipal de Bernardos tenía grandes extensiones de viñedos, que han desaparecido por el parásito llamado mildiu. Mi abuelo era en aquel tiempo propietario de algunos majuelos (viñas) que nos daban el vino necesario para pasar el año. Yo los cuidé con esmero, cavé y podé sus cepas; menester que él me enseñó cuando aún no había cumplido los trece años.

Hasta los doce años asistí a las clases con don Manuel. Tengo que resaltar que don Manuel tuvo un disgusto el día que mi abuela le dijo que no acudiría más a la escuela porque mi abuelo me necesitaba para ayudarle en las faenas del horno y las viñas. Le dijo a mi abuela que era una lástima que dejara la escuela, ya que era apto para algún día emprender estudios superiores. La necesidad de emplear mis jóvenes brazos en el trabajo anularon las pretensiones del señor maestro, porque no dejé de servir en casas de labranza como agostero hasta que cumplí los trece años.

De los doce a los trece años, mi compañero de fatigas fue el borrico: llegaba

5 La dulzaina es una flauta de lengüeta doble, cónica y de unos treinta centímetros de longitud. El tamboril tiene una caja más estrecha y alargada que el tambor (de hasta cincuenta centímetros de altura). Carlos A. Porro, en un estudio sobre fondos musicales, cita 69 partituras para dulzaina recopiladas en 1951 a “tres excepcionales dulzaineros”, uno de los cuales era Paulino Sacristán de Frutos, apodado Tabanera, de 53 años y originario de Bernardos. Fuente: Porro Fernández, Carlos A. (2007). «Fondos musicales folklóricos en la Institución “Milá i Fontanals” del CSIC en Barcelona. Misiones y concursos en Castilla y León (1943-1960). Las provincias de Palencia, Segovia y Salamanca (II)». Revista de Folklore 322 (132-144). Fundación Jiménez Díaz.

a casa, cargado el burro con la correspondiente carga de rama para el horno, descargaba los haces, los metía en la leñera, ponía a lomos del Navarrico las aguaderas con cuatro cántaros y cantando hacia el río, distante del pueblo unos tres kilómetros, llenaba los mismos. Como podía los cargaba y pitando para el pueblo, ya que mi abuelo esperaba el agua para hacer la masa. Nos la montaron de tal forma al rocinante y a mí que un día íbamos al pinar y al otro al río.

Mi madre encontró una ocupación como temporera en una fábrica de embutidos propiedad de un pariente que nunca la consideró como tal: el trabajo que le encomendó era tan malo que, debido a la humedad que había de soportar, cayó postrada en cama con reuma y quedó fuera de juego durante varios meses. No es de extrañar que después de recuperada no volviera a pisar el umbral de aquella dichosa fábrica y se dedicó a ayudar a sus hermanas con el dedal y la aguja. Mi hermano Gregorio, por ser huérfano del Cuerpo de Carabineros y tener la edad reglamentaria, ingresó en el colegio de dicho Instituto en El Escorial. A mí me lo negaron porque según las leyes que regían en dicho cuerpo no podíamos estar los dos juntos en el colegio, y lo compensaron con una pensión de sesenta pesetas mensuales que mi madre recibía puntualmente, gran alivio para el bolsillo de mi abuela hasta que cumplí los dieciocho años. Ya por entonces mi hermano Teófilo tenía la edad para frecuentar la escuela y me relevó en la asistencia.

El servicio secreto de mi abuela

Cuando cumplí los trece años mi abuela, que era quien llevaba la voz cantante de la familia, hizo gestiones cerca del secretario del Ayuntamiento (sobrino de mi abuelo por ser hijo de una hermana y primo carnal de mi madre). No es que las relaciones fueran un dechado de intimidad, pues al ser de casa más humilde nos miraban por debajo del brazo. Mi abuela buscaba que mediara

ante el míster señor T. Prige, el gerente de unas minas de pizarra que explotaba una compañía inglesa, que eran el mayor centro de trabajo del pueblo. A pesar de que no tenía aún los catorce años de edad indispensables para entrar en la empresa, pasé por la puerta falsa. “El Chatillo” empezó a prestar sus servicios como pinche a las órdenes directas del susodicho inglés, que chamullaba muy mal el castellano; la mayor parte de las veces se acompañaba de señas con las manos, que con el tiempo yo descifraba a las mil maravillas.

El míster me dijo lo que había de ser mi ocupación principal: cada día le había de ir a buscar la comida al pueblo, que estaba distante de la pizarrera unos tres kilómetros (huelga decir que el trayecto lo había de realizar a pinrel). Para ir y volver me puso un crono de una hora: a las once salía del centro de trabajo y a las doce en punto había yo de tener su comida encima de una mesa que tenía en el despacho. La comida se la preparaba una señora viuda de media edad. La pobre mujer nunca me hizo esperar, pues de sobra sabía lo exigente que era el míster en lo que atañía a puntualidad. Recuerdo que la comida la llevaba en una fiambreira y el pan, el postre y una botellita pequeña de vino de la tierra, en un capazo o cerillo.

Mi faena no se limitaba a este servicio: las demás horas de la jornada tenía que cargar vagonetas, tirar de ellas, ir a buscar a una fuente botijos de agua y algunas chapuzas que me ordenaban los trabajadores. No paraba un momento, pero me gustaba el trabajo y los compañeros siempre se portaron muy bien conmigo. A los ocho meses de trabajar en la pizarrera nos anunció el inglés que la dirección de la empresa le había comunicado el paro de la misma, pues no se vendía ni una pizarra y no había efectivo para hacer frente a la crisis. Así que todos a la puñetera calle.

Volvió a funcionar el servicio secreto de mi abuela, que era más lista

que Lepe, y me colaron en la RENFE, en Vías y Obras, tal como figuraba el título de la cartulina que me dieron el día de mi presentación al sobrestante del sector, señor Basurto. Nunca habría pensado que el trabajo de vías fuera tan duro. Lo primero que me entregó el capataz, un señor más serio que una guitarra en un entierro, fue un bate; lo subrayo porque de esta herramienta me acordaré mientras viva. Es una especie de pico con un peso de cinco kilos sin contar el mango, que los quince días primeros que acaricié sus resultados me dejaron para el arrastre. Este aparatito sirve para calzar las traviesas y dar seguridad a las vías. Hice como es natural otros servicios: cortafuegos, tirafondos, platinas, limpieza de trincheras, paseos.... Además, cuando ya había pasado el correo (tren que hacía el recorrido Madrid-Santander), el capataz me mandaba a la estación de Bernardos a buscar la carpeta con las órdenes del sobrestante, donde se expresaba el trabajo más perentorio que habíamos de realizar al día siguiente. Para mis desplazamientos poseía una bicicleta de segunda mano que aún estaba en condiciones de prestarme un gran servicio, que me regaló un tío mío que vivía en Madrid.

El trabajo de los obreros eventuales como yo no duró más de tres meses. Lo sentí en el alma, primero por las perras que allí ganaba y que a mi abuela tan ricamente le venían y segundo, porque ya le había cogido apego al oficio, el bate ya no pesaba tanto como al principio y la camaradería que reinaba entre todos los componentes de la brigada era estupenda. Fue una gran experiencia a pesar de mi corta edad. Conocí lo que era un golpe (cuando falla la estabilidad de un carril), lo que era hacer una revisión, los metros de largada del empalme en los cruzamientos, la punta de espadín en los mismos sistemas de agujas en caso de necesidad, las máquinas de socorro que nosotros denominábamos “aisladas”, y las banderas de aviso. Éstas eran petardos que poníamos en las vías cuando ésta estaba ocupada por la vagoneta de obra, por si carecíamos del anuncio de la presencia de alguna máquina; al pisar la vía el petardo producía una gran detonación e inmediatamente el maquinista frenaba.

El último día de trabajo, recuerdo que fue un sábado, en la carpeta del

sobrestante del día anterior nos ordenaban que al día siguiente, con el tren correo de Santander nos personáramos toda la brigada en la estación de Yanguas de Eresma para recibir los haberes de la quincena. Allí acudimos la brigada de Ortigosa de Pestaño, la de Bernardos y como es natural la de Yanguas. Nos entregaron a cada uno su sobre; el mío uno de los menos abultados, pues mi sueldo era de dos cincuenta pesetas diarias, y cinco ganaban los obreros fijos. Nos introdujimos todos en la cantina de la estación a celebrar el despido, dimos buena cuenta de unos quesos de oveja, unas hogazas de pan, una cántara de vino (diez litros) y alguna galleta. Se pagó todo a escote: los eventuales cero cincuenta pesetas por barba y una los fijos, y creo que aún sobró para un paquete de cigarrillos.

Con el mismo coche vagón del pagador regresamos a la estación de Bernardos. Me despedí entonces de los compañeros que eran de otro pueblo y del capitán, quien me recomendó volviera al año siguiente; había quedado contento de mi trabajo, extremo que celebré. Cogí mi bicicleta y a Bernardos a depositar el producto de mis sudores en el bolsillo de mi abuela, que al ver los seis duros en plata dibujó una sonrisa en sus labios y me llenó de satisfacción.

Al día siguiente como era domingo no madrugué. Me cambié de ropa y me fui a misa mayor. En mi casa era prioritario asistir a la iglesia cada domingo y fiesta de guardar, pues si no la cajera, o sea mi abuela, no me daba la paga para tomar el café y pagar la entrada del baile. El baile era mi diversión predilecta y, según las chicas, no se me daba mal del todo, motivo por el cual disponía de numerosa clientela femenina. No tenía preferencia por ninguna (a mis catorce años no pensaba en novias ni en compromisos), así que bailaba con todas al son de un piano manubrio que siempre tocaba las mismas obras: chotis, mazurcas, valeses, pasodobles y la jota al final, que nunca rehusé bailar.

Una vez en casa y sin trabajo, mi único recurso estaba en ayudar a mi abuelo. Resultó que a los pocos días cayó enfermo en cama y tan grave fue la enfermedad que no hubo manera de salvarle. El problema quedaba para mí, que

siendo tan joven (quince años no cumplidos) me tenía que hacer cargo de todo el movimiento laboral de la casa. Del trabajo en el horno poco sabía, y era una renta tan escuálida la que reportaba que optamos por cerrarlo. Continué con el cuidado de las viñas y haciendo algún viaje de agua con el Navarrico, que de eso si sabía.

No habían pasado tres meses cuando corrió el rumor por el pueblo de que la pizarrera se pondría en marcha pronto. Unos señores de Segovia, que según comentarios de la clientela del “tintorro” tenían una gestoría, la habían comprado a la compañía inglesa. Efectivamente, entre los nuevos dueños había uno que ejercía la abogacía en la capital. Mi alegría fue mayúscula porque me gustó mucho trabajar aquellos ocho meses con la empresa inglesa. Todos los anteriores obreros fuimos admitidos, cada cual en la labor que anteriormente desempeñó. La nueva dirección nombró como encargado general al señor Valentín Sopeno, uno de los trabajadores más antiguos y de más conocimientos sobre el centro, pues además de ser dinamitero era un gran barrenero.

A mí no me tocó más ir a buscar la comida para nadie. Me pusieron en una máquina de cortar pizarra como ayudante de un tal Felipe Piquero, a quien le gustaba empinar el codo y, sobre todo los lunes, acudía al trabajo con unos ojillos como faroles de verbena. Tanto es así que un lunes al empezar la jornada la máquina le hizo una mala pasada y se le llevó por delante el dedo anular. Debido al accidente me pusieron otro maestro que anteriormente había llevado aquella máquina. Cuando Felipe curó de la lesión volvió a hacerse cargo de la misma y no le vi llegar al trabajo los lunes con la consabida resaca.

Días hacía que estaba proclamada la Segunda República

Los salarios no se aumentaron y seguimos en las mismas condiciones que con la empresa anterior, si bien se estableció el sistema de las ocho horas. Días hacía ya que estaba proclamada la Segunda República y con la compañía

inglesa no gozábamos de este beneficio⁶. Durante dos años la pizarra se iba vendiendo, aunque con poca fluidez; pero debido a la cantidad tan enorme de material que había en los muelles de carga, al igual que la anterior empresa, la dirección optó por el paro. Para entonces yo tenía diecisiete años y empecé a tomar conciencia de mi situación: en el pueblo no veía la cosa clara,

⁶ Martín se refiere a las reformas laborales y sociales que se implantaron tras la proclamación de la Segunda República, entre ellos el aumento de los jornales reales.



»Martín con unos amigos, creemos que de Bernardos (Segovia).

aumentaba el paro en las grandes urbes, las huelgas estaban a la orden del día y yo, como de política no sabía un pepino me dije: “Lo mejor será que siente plaza en un regimiento de Madrid como voluntario y una vez haya cumplido el servicio reglamentario, solicitar el ingreso en el Cuerpo de Carabineros” (como “hijo del Cuerpo”, tenía preferencia para el ingreso.) Así lo aceptaron en casa mis tías, mi abuela y mi madre, que me lo comunicó por carta, pues por aquellas fechas estaba con mi hermano mayor, que ya era carabinero en la comandancia de Pamplona.

El secretario sobrino de mi abuelo me hizo un borrador de la instancia, y de mi puño y letra, como estaba mandado, lo transcribí en papel de barba. Junto a los demás documentos, salió pitando para la capital de España, dirigida al coronel jefe del regimiento WAD-RAS, número uno, Infantería. Poco después de cumplir los dieciocho años me avisaron del Ayuntamiento para mi incorporación. Preparé la maleta de recluta, me despedí de mi familia y amigos, cogí el tren, ¡y a Madrid, que faltaba gente!

La residencia del cuartel estaba situada en el Paseo de María Cristina y hoy sigue siendo dependencia militar. Los primeros días las pasé canutas, pues los veteranos nos hacían cada una de cine. Se superó todo y cuando nos dieron de alta de instrucción empezó el martirio de las guardias, cocinas, zafarranchos, limpieza de los patios cuarteles... en fin, lo propio del ejército. Yo veía que un simple cabo mandaba más en la tropa que el propio coronel y me dije, “hay que estudiar para cabo”. Ni corto ni perezoso me apuntó el Brigada de la Compañía para cuando convocaran vacantes. Como aprobé el examen y terminé el curso con aprovechamiento, fui ascendido. No llegué a llevar los galones por motivos que más adelante relataré.

Era el mes de noviembre del año 1935. Continué la vida cuartelera en la tercera compañía del segundo batallón, que mandaba el capitán don José Jorroto Relimpio, el teniente Guillén, el alférez Berrocal, y los sargentos Vásquez y Piris. Además de estos mandos, la compañía tenía ocho cabos: Peña, Quesada,

Berrocal, (este era pariente del alférez), Baños, Encabo y Cidoncha; y dos más antiguos que hacían las veces de sargentos, pues decían estar próximos al ascenso. El coronel se llamaba don Tulio López Ruiz, natural de Minglanilla (Cuenca), como segundo jefe, el teniente coronel don Juan Yagüe Blanco, natural de San Leonardo (Soria), y como comandante mayor don Manuel Martín Días. En la primera compañía ejercía el mando el capitán Marina, la segunda era mandada por el capitán Melero y la tercera, ya queda expresado.

Pasado poco tiempo el teniente coronel don Juan Yagüe fue destinado al “ejército de África”, como jefe supremo de la Legión⁷. Corría ya el año 1936. Para el relevo en el mando vino un teniente coronel que se llamaba don José Perol Mazariegos. Este señor conocía a un primo de mi padre que a la sazón era capataz de obras en el Ayuntamiento de Madrid, por frecuentar ambos el mismo café en la plaza de Quevedo. Se interesó por mí y me prometió un destino, cosa que no desestimé, pues las muchas y pesadas guardias iban a desaparecer. Mi regimiento daba guardia en Palacio y en la prisión militar (cuyo edificio era un antiguo convento). Allí conocí yo al capitán Rojas, de los sucesos de Castilblanco y de Casas Viejas, al teniente coronel Aranda y a muchos más que ya no recuerdo⁸. También hice guardias en la cárcel de mujeres. Entre las de alto rango recuerdo a Pilar Primo de Rivera, pues el día que la juzgaron reforzamos la guardia por temor a los falangistas, que se habían situado en las inmediaciones de la cárcel. Ella salió pronto en libertad. Serían las once de la mañana cuando se presentó en la puerta principal un coche celular con varios guardias civiles. Los soldados que no teníamos servicio de centinela, al mando de un sargento formamos un cordón en el patio y Pilar fue conducida hasta el coche. Recuerdo que dentro del vehículo

⁷ El llamado “ejército de África” lo era del protectorado español en el norte de Marruecos.

⁸ Declarada la Segunda República, la esperada Reforma Agraria se produjo con lentitud y con obstáculos por parte de los terratenientes. Ante esta situación, hubo levantamientos campesinos en varios pueblos de España. En Castilblanco de los Arroyos (Badajoz), el 31 de diciembre de 1931 y en medio de las protestas, la Guardia Civil mató a un campesino; y en respuesta los campesinos mataron a varios guardias civiles. La cadena de venganza se prolongó en Arnedo. A inicios de 1933, un levantamiento libertario en Casas Viejas (Cádiz) fue reprimido muy duramente, ocasionando una matanza que desacreditó al gobierno republicano.

iba su hermano José Antonio. Antes de poner Pilar el pie en el estribo del furgón levanto el brazo y gritó, “¡Viva España!”. Los falangistas que había en el exterior, a los que una sección de Guardia a caballo no dejó aproximarse, la contestaron en coro.

Las mejores guardias eran las de Palacio, ya que el traje que nos daban para tal fin era el de gala, pantalón largo levita y el ros con su correspondiente bombín en la parte superior. Si aquel día había presentación de embajadores, el ros estaba adornado con un gracioso plumero⁹. ¡Cómo fardábamos con las niñeras y las criadas por la plaza de la Armería!¹⁰ El relevo de la guardia era presenciado por mucha gente. En alguna ocasión vi al presidente de la República, el señor Azaña, observarlo desde uno de los balcones de Palacio y escuchar las obras que interpretaba la banda de música de la guardia saliente.

Un día estaba yo en la barbería del cuartel cuando se presentó el cabo de gas-tadores preguntando por mí, pues el teniente coronel me quería ver. No esperé a que me afeitara el barbero y me puse a las órdenes del jefe en posición de firmes; él me puso la mano en el hombro muy campechanamente y me dijo, “Creo tener para ti el destino que te prometí. En la división necesitan personal. El capitán de tu compañía ya te avisará”. Recuerdo que por aquellas fechas había mucho trabajo en el cuartel, pues el 14 de abril, aniversario de la proclamación de la Segunda República, estaba a la vuelta de la esquina y cada día hacíamos simulacros de desfile. Los medios de comunicación, radio y prensa anunciaban grandes desfiles del ejército en el paseo de la Castellana y paseo del Prado, para desembocar en la glorieta de Atocha.

El 14 de abril de 1936, seguidamente a la diana floreada tocaron fagina para el desayuno, formación en el patio para la revista y salida del cuartel en columna de viaje con dirección a La Castellana (antiguos Ministerios), donde

9 El ros es una prenda para la cabeza inventada por el General Ros de Olano en 1855.

10 Muchas mujeres jóvenes de familias pobres servían en casas pudientes y solían vestir uniforme. Con frecuencia, habían emigrado desde zonas rurales. Las llamadas niñeras se dedicaban a atender a los hijos y sus paseos les daban oportunidad de relacionarse socialmente.

esperamos la incorporación las demás fuerzas que habían de intervenir. El desfile empezó hacia las once horas y el primer regimiento en desfilar era el nuestro. La tribuna presidencial estaba instalada en la parte derecha, bajando de los Ministerios con dirección a la glorieta y Atocha. Al llegar mi compañía a la altura de la tribuna, cuando el capitán de la compañía dio la voz de vista a la derecha, empezaron a sentirse bajo la tribuna explosiones como si de bombas se tratara. Los caballos de la guardia presidencial se espantaron e invadieron el paseo, cundió el pánico en las personas civiles que presenciaban la parada militar y por un momento se pensó que aquello sería una masacre. Bien recuerdo cómo Martínez Barrio gritaba a todo pulmón, “¡Que continúe el desfile!”. Creo que hubo algún herido por atropello de los caballos de la escolta, al mezclarse con la gente. Cuando cesaron las detonaciones el desfile continuó, pero cerca ya del museo del Prado oímos más detonaciones, a consecuencia de las cuales falleció un alférez de la Guardia Civil. Cuando salimos de la zona marcada el coronel ordenó columna de viaje y para el cuartel; aquel día nos dieron rancho extraordinario y tocaron marcha dos horas antes de lo normal¹¹.

Pasados unos días, cuando menos lo pensaba, el brigada me comunicó que había de hacer entrega de las mantas, sábanas, fusil, correaje y cabezal (almohada), pues se había recibido aviso de que pasaba a prestar servicio a la primera división orgánica, sección de Destinos. Me incorporé a mi nuevo destino como si volviera a ser el recluta de marras. El primer servicio que me asignaron fue acompañar a otro soldado, mula y carro a buscar la comida al cuartel del Conde Duque, que en aquellas fechas era la Escuela de Automovilismo del Ejército, donde dos mujeres de mediana edad depositaron en las perolas

11 Joaquín Gil recoge los hechos de los diarios ABC de Sevilla y El Liberal, del 14 al 16 de abril de 1936, que destacan que Isidoro Oreja fue detenido por hacer estallar una traca de petardos en la parte posterior de la tribuna de Presidencia, generando entre los asistentes y las fuerzas del orden una gran confusión. Al término del desfile grupos de asistentes levantaron el puño gritando “UHP” a la vez que sonaban siete u ocho disparos “que generaron la desbandada del público en la que resultó muerto Antonio de los Reyes, alférez de la Guardia Civil que se encontraba de paisano”. Fuente: Gil Hondurilla, Joaquín (2004). «La sublevación de Julio de 1936». Historia Actual Online, (113).

correspondientes las veinticinco o treinta raciones para la plantilla de la sección. Uno de los platos consistía en un par de huevos fritos con patatas fritas; lo recuerdo porque siempre me gustaron mucho los huevos.

Presté servicio en los despachos de la división. A quien más recuerdo es al teniente coronel Mota, que desempeñaba el cargo de jefe de Estado Mayor de la división. Quiso que fuera su asistente, pero le objeté que me gustaba más estar



»Martín con uniforme de sargento, acompañado de su hermano Teofilo y su madre Regina, 1939.

de ordenanza. Cuando llegué la división era mandada por el general don Virgilio Cabanellas Ferrer, que pronto pasó destinado como jefe de la casa militar del presidente de la República, señor Azaña. Vino a cubrir la vacante el general don José Miaja Menant; hombre afable que con la tropa siempre se portó muy bien. A los ordenanzas que asistíamos a su despacho nos tenía un gran aprecio, y no marchó nunca de la división sin probar nuestra comida. Preguntaba siempre si estábamos contentos en la mili y sugería que, si alguna queja teníamos, se la comunicáramos¹².

La situación en la calle cada día se deterioraba más: manifestaciones violentas, saqueo de tiendas, rotura de escaparates... Se empezó a quemar algún convento, en ciertos puntos de la ciudad se veían mesas petitorias con pancartas que pedían un donativo para armar al pueblo y había luchas callejeras entre los vendedores de los periódicos FT (Falange Tradicionalista) y Mundo Obrero¹³. Un ambiente tenso de verdad. En la división empezamos a notar la presencia del general Miaja y de algunos jefes superiores no adscritos a la división, principalmente por las mañanas. Preguntaban si el teniente coronel Mota estaba en su despacho a lo que el ordenanza de servicio contesta afirmativamente, estaban poco tiempo dentro e iban saliendo paulatinamente, nunca en grupo. Esta escena se repitió en diferentes fechas. A los soldados nos mosqueaban aquellas mini reuniones. En una de ellas vi al teniente coronel Yagüe (supongo que asistiría a más de una). Nosotros teníamos orden de no comentar ni hacer ninguna manifestación que afectara a la buena marcha de la división; oír, ver y callar.

12 José Miaja (1878-1958), general en jefe de la Junta de Defensa durante la Guerra Civil, fue una de las personas clave en la defensa de Madrid en noviembre y diciembre de 1936, por lo que alcanzó gran popularidad entre el pueblo madrileño.

13 El periódico Mundo Obrero, del Partido Comunista de España, nació en 1930 y se editó como diario durante la Segunda República y la Guerra Civil. Siguió publicándose en la clandestinidad, tanto desde el exilio como en el interior, con lo que constituyó una poderosa herramienta en la organización de la oposición a Franco.

II. CARNE DE CAÑÓN

“El cuerpo en una trinchera y el pensamiento en la paz...”

Todos pensábamos en el permiso de verano

Se aproximaba el verano y todos pensábamos en el permiso que nos separaría un tiempo de la rutina militar, en disfrutar de la compañía de la familia, saludar a las chicas que eran nuestras bailadoras y otras diversiones propias de los pueblos. Mi ilusión era que me tocara el segundo turno, pues el primer domingo de septiembre es la fiesta mayor de mi pueblo, pero no fue así. Me dirigí al capitán por si podía hacer algo por cambiarlo y su contestación fue, literalmente, “Nada puedo hacer, ya que las listas están en transportes. Ojalá yo pudiera marchar como usted, que vale más pájaro en mano que ciento volando; tú, Escolar, no ignoras cómo está la situación de España y la casa es un buen refugio”. Me quedé conforme. El día 17 de junio me entregaron el pase, me fui a la estación del Norte y el primer tren que salió para Segovia me llevó hasta mi pueblo.

Los primeros días del permiso los pasé estupendamente, dormía lo que quería, al café con los amigos y a dar alguna palmadita a las chavalas, que siempre tuve buenas amigas. Dura poco la alegría en casa de los pobres y pronto

estuve trabajando para un labrador en las faenas de la siega, trilla y demás. Las viñas las llevaba un tío mío y allí nada hice. Había en mi pueblo dos o tres soldados que pertenecían al regimiento de Artillería de Medina del Campo (provincia de Valladolid) y también estaban de permiso. Con ellos hablábamos de las cosas de la mili, pero de la situación política no sabían nada, pues en Medina la tranquilidad era absoluta.

El 18 de julio de 1936 corrió el rumor por la villa de que el ejército de África se había sublevado contra el gobierno. Pensé enseguida en las palabras de mi capitán pero no le di demasiada importancia, pues no creía que la revuelta estuviera tan próxima. El 18 de julio salí de casa a cavar unas viñas de la tía Isabel, hermana de mi difunto abuelo. En el camino encontré a varios obreros de mi pueblo que me aconsejaron volviera a casa, pues había follón en Madrid y los socialistas se habían tirado a la calle. Cuando llegué a casa mi abuela me recriminó el abandono del trabajo. En mi pueblo continuaba el alcalde socialista junto a los concejales, que creo también lo eran en su mayoría. Aquel día llegaron mi hermano mayor también con permiso y mi hermano el pequeño. Mi madre hacía unos meses que estaba en La Línea de la Concepción como matrona de aduanas¹⁴, cargo que le dieron por ser viuda de carabinero, así que el alzamiento nos cogió a los tres hermanos en Bernardos y a los cuatro en “zona nacional”, como así se decía donde Franco mandaba.

Pasaron los días 19, 20, 21 y 22. El día 23 marchó la Guardia Civil de mi pueblo concentrada a Segovia; esto ya no me gustó tanto. El alcalde socialista al verlos marchar hostigó a mi hermano y a mí para que nos hiciésemos cargo del cuartel de la Benemérita, a lo que nos negamos rotundamente, diciéndole que estábamos disfrutando un permiso y no teníamos porque inmiscuirnos en asuntos de política. Cuando llegó el coche de línea a la parada esa misma

14 Cuerpo especial de aduanas de los Carabineros (y más adelante de la Guardia Civil), cuya función era registrar a las mujeres.

tarde, lo requisó un grupo que pertenecía a La Casa del Pueblo¹⁵ y el chofer los trasladó a la estación de Bernardos. No sé lo que hicieron allí, pero se detuvo la circulación de trenes entre Medina del Campo y Segovia (de Medina y Valladolid salían trenes con tropas del ejército en dirección a Segovia y San Rafael).

El jefe de estación de mi pueblo avisó a la capital del corte de la vía y aquella misma noche cercó el pueblo una batería del regimiento de Artillería de Segovia. Yo no me enteré hasta el amanecer, cuando miré por una ventana de la parte trasera de casa y vi por un campo próximo algún soldado; por la puerta trasera mi dirigí a ellos, quienes me encañonaron con sus fusiles, invitándome a que me metiera en casa y no me moviera, cosa que hice inmediatamente. Llamé a mi hermano, que aún dormía, y después de unas horas nos presentamos en la plaza del pueblo a fisgar lo que pasaba. Un amigo nos dijo que algunos de la “gestora” habían detenido al alcalde¹⁶. Vimos que había guardias civiles y algún que otro falangista. Con las mismas nos fuimos a casa de mi tío Paulino, casado con una hermana de mi madre, quien nos recomendó que no nos moviéramos de allí.

Las fuerzas las mandaba un capitán de Artillería, que nombró a los miembros de la gestora, y como alcalde a un tal Luis el Serrano. Naturalmente no había ninguno de izquierdas. Mal recuerdo dejaron en el pueblo los primeros tiempos de su mandato¹⁷. He de hacer constar que era una villa muy familiar y sin grandes latifundios, no existía el paro, y las fiestas, bares, tabernas y cafés eran frecuentadas por todos sin distinción de clase. Existía un casino donde los algo más pudientes, la mayoría de la tercera edad, acudían a sus tertulias, pero sin mayor importancia; hacía tantísimos años que existía que

15 La Casa del Pueblo es el nombre de las sedes locales de la agrupación política del Partido Socialista Obrero Español. En estos años era un espacio de formación e información importante.

16 Tanto en las zonas bajo gobierno Republicano como en las ocupadas por el ejército franquista, desde el inicio de la guerra se constituyeron comisiones gestoras provisionales que ejercían el poder local, denominadas gestoras o comités.

17 Este comentario se supone referido al asesinato de algunas personas de izquierda.

se consideraba un centro más de expansión del pueblo (hoy continúa igual).

Mi hermano y yo continuamos en el pueblo sin saber qué hacer: yo no me podía incorporar a Madrid porque ya las comunicaciones estaban cerradas entre Segovia y la capital, y mi hermano no podía incorporarse a su puesto porque también estaba ocupado por fuerzas de San Sebastián. Pasados tres o cuatro días mi hermano pudo comunicar con la comandancia de Navarra y le ordenaron que se incorporara inmediatamente. Como los soldados del regimiento de Medina sí podían ir a su destino, yo me quedé solo en Bernardos.

Creí que de aquel despacho pasaba a la cárcel

Debía ser el 7 u 8 de agosto cuando se personó en mi casa un guardia civil muy joven, hijo del pueblo, que estaba prestando sus servicios en otro próximo desde hacía muy poco. Me dijo, “¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que no te has incorporado a Segovia? ¿No sabes que si te descubren las puedes pasar de aquí?” “¿Por qué?”, le dije, “Yo no me he significado en nada, que bien sabes tú que siempre fuimos amigos y de política no me gusta ni la letra ni la música”.

Me puso al corriente de una orden que había dictado el general Orgaz por la que todos los soldados que se encontraran de permiso cuyas unidades estuviesen bajo dominio de la República debían incorporarse a la sección de Transeúntes del regimiento más próximo. A mí me correspondía Segovia Artillería. Quise esperar cuatro días más, pues aún pensaba que la cosa no duraría y mi puesto estaba en Madrid. ¿Qué diría mi general si servía a los insurrectos? Pero visto el cariz que tomaba el follón (ya se hablaba de la batalla de El Alto de los Leones en Guadarrama y de otras), decidí presentarme en Segovia y que fuera lo que Dios quisiera.

Cuando entré en la capital me dirigí a casa de un tal señor Gómez, que pertenecía al Cuerpo de Carabineros, a quien yo conocía por haber estado de

puesto con mi difunto padre en Cuéllar. Me amonestó por no haberme incorporado antes y se brindó a acompañarme al regimiento de Artillería; ¡santa decisión!

Serían las once de la mañana cuando el señor Gómez y yo entrábamos por la puerta principal. Un centinela nos preguntó lo que deseábamos, el carabinero se lo medio explicó y otro guardia nos acompañó hasta el despacho de un



»La tía Leandra, hermana de Regina Ramos (madre de Martín) con manton de Manila. Años 1930.

teniente jefe de la sección de Transeúntes; ¡qué cara de pocos amigos y menos modales tenía el pobre! Sentado en una mesa, ni se dignó a levantar la cabeza a los que nos poníamos a sus órdenes cuadrados militarmente ante él. Al fin esbozó un “¿Qué quieren ustedes?”. El señor Gómez en pocas y sabias palabras le dijo de mis circunstancias.

Cuando terminó, aquel hereje pegó un puñetazo en la mesa y los insultos contra mí fluían de su boca a velocidad de vértigo. Yo, clavado en el suelo como una estatua, pensaba en la caballería de mi general al que tenía el honor de servir, mientras aguantaba las vejaciones de ese simple teniente. Me pidió el pase que acreditaba mi permiso y la unidad a la que pertenecía, y cuando aquel energúmeno vio que estaba firmado por don José Miaja, le entraron unas convulsiones que creímos se volvía demente. ¡Qué piropos le dedicó a mi general! Desde hijo de puta, hasta todas las letanías del mal hablar. Yo creí que de aquel despacho pasaba a la cárcel como criminal de guerra.

El señor Gómez le dijo que él respondía por mí, pues conocía a mi familia, y que no me había incorporado antes porque en el pueblo se carecía de noticias. La fiera se calmó como cuando le tiran la carnada y me ordenó que me incorporara a la sección de Transeúntes. Nunca volví a ver aquel antipático teniente. Agradecí al señor Gómez su magistral intervención, nos dimos un abrazo y él marchó contento para su casa. Yo me instalé en aquella nave cuartel que servía de refugio a los muchos que esperábamos que nos destinaran para ser carne de cañón, y nunca mejor expresado.

Para la guerra todo es bueno

Al día siguiente bien de mañana nos hicieron formar a todos los transeúntes y un sargento acompañado de dos cabos y algún soldado nos trasladaron a pie hasta la estación de Segovia, nos metieron en vagones de carga y el tren salió pitando para Valladolid, nuestro destino. Llegamos a la capital del Pisuerga

al caer la tarde y nos trasladaron al regimiento de Infantería San Quintín nº 25, de mal nombre “la incubadora”, debido al enorme trasiego de tropas que por él pasaban. El coronel Valverde lo mandaba. Nuestra misión fue enseñar a los que no sabían un pijo de instrucción; lo que poco duraba, pues inmediatamente salían para los frentes. La prisa también nos tocó a los instructores, pues se ve que éramos más necesarios dando tiros: nos facturaron para veranear en San Rafael (Alto de los Leones). Verano caliente fue aquel del 36 en la Sierra de Guadarrama.

El 16 de septiembre del 36 me incorporé al primer batallón de San Quintín, que guarnecía una posición llamada Cabeza Lijar, a una altura de 1820 metros, que había sido tomada al enemigo el día anterior al mando del comandante Valle. Me destinaron a la tercera compañía, que era mandada por el capitán Evaristo Matute, burgalés, soltero y ya mayorcito, un poco desaseado pero competente en el mando y sin pretensiones de grandeza. Nunca le vi usar un arma, ni pistola le vi lucir al cinto. Me destinaron a una escuadra cuyo cabo, además de expresarse deficientemente y ser semianalfabeto, no tenía ni la menor noción de organización. Un inepto. Y no digo nada del sargento Tomero, que no conocía ni las piezas del fusil máuser que tenía asignado. Para la guerra todo es bueno, pensé yo. Pude comprobar al correr del tiempo que los analfabetos eran los que más munición gastaban, lo que para algunos jefes era un mérito y una valentía; ¡qué aberración!

Marchó el capitán Valle y tomó el mando el capitán de ametralladoras, el más antiguo en el empleo; señor de pocas palabras que pasaba de los cincuenta abriles, sin contextura atlética y militar, que mejor hubiera estado en servicios burocráticos.

El frente no daba ningún problema; apenas si se disparaba un tiro y el que lo hacía era por capricho. Los de enfrente intentaron alguna incursión sin resultado y todo se concretó a esperar el invierno, que hasta primeros de enero allí me tocó pasarlo. Fue infernal, empezó a nevar y la faena era nuestra para

tapar las goteras que filtraban en las chabolas cubiertas de ramilla de pino y tierra. Las dos horas que pasábamos en el parapeto de centinela se hacían años, abrigados con una manta que a los cinco minutos estaba como si la hubieran sacado del lavadero, con temperaturas de varios grados bajo cero y la ventisca que te cortaba la respiración. Montaron unas cocinas de campaña detrás de unas rocas para darnos la comida caliente, pero poco duró la instalación, porque las baterías republicanas las desmontaron; y el mando optó por el rancho en frío, sin paliativos.

El día primero del año 1937 nos relevó en las posiciones a mi compañía una centuria de la Falange, creo. El resto del batallón se quedó allí. A mi sección la mandaron a Fresnedillas de la Oliva y a la otra sección a Navalagamella. Aquel sector estaba totalmente desguarnecido, ya que allí no relevamos a ninguna fuerza. Solamente había una centuria de Falange en un cerro, mandada por cierto individuo de Segovia que se llamaba Julián Reguera. Supe después de acabadas las hostilidades que este falangista estaba de gobernador civil en Sevilla.

En este sector la tranquilidad era absoluta. Más que del enemigo nos preocupábamos de la caza, conejos y liebres, que poca había. Yo cacé la pieza mayor que jamás a tiro de fusil se había cazado por aquellos lugares, y me explico. Hacía ya unos días que estábamos instalados en las nuevas chabolas y desde el parapeto observamos cierto número de reses, vacas y toros, que al estallar la guerra debieron quedar en aquel pago y a sus dueños o pastores no les dio tiempo a retirarlas. Quedaron a merced de ambos bandos: tan pronto estaban cerca de nuestras líneas como se trasladaban a la otra, en baile continuo. Cierta día nos revestimos de valor Manuel el Gallego y el que suscribe, saltamos el parapeto fusil en bandolera y nos dirigimos al lugar donde pastaban, como si de un safari se tratara.

Ocultándonos entre las numerosas carrascas (encinas) y con el viento a nuestro favor nos aproximamos a las reses a una distancia prudencial, apoyamos

los fusiles en una tapia y eligiendo el becerro que más seguridad ofrecía, a él apuntamos. Los dos primeros disparos debieron tocarle, porque el becerro dio un gran salto e inmediatamente empezó a correr y lo perdimos de vista. Las demás reses, al sentir los disparos marcharon corriendo. Yo le dije al Gallego, “¿y si fuéramos al otro lado de la cerca a dar un vistazo?”. No me quería acompañar, pues las fuerzas contrarias no estaban muy distantes y era peligroso arrimarse, máxime cuando bien debieron oír las detonaciones del fusil. Con muchas precauciones llegamos al lugar donde estaba el becerro, más muerto que Carracuca¹⁸.

Yo calculé que debía pesar unos trescientos kilos. El sargento Tomero y los demás compañeros nos estaban viendo desde las posiciones, así como los falangistas del cerro, que eran los que mejor dominaban el terreno. Aireando un pañuelo, que era la señal que habíamos acordado si dábamos muerte al bicho, acudieron a ayudarnos en su traslado siete u ocho. Tras confeccionar una parihuela atravesamos al becerro en la misma y con no poca dificultad llegamos a la posición. El sargento Tomero tenía un poco de miedo a la bronca del capitán. Para calmar su posible disgusto se abrió el ternero con un cuchillo, de uno de los lomos se cortó un buen trozo y yo mismo lo llevé a Fresnedillas, a la casa donde el capitán estaba alojado. Cuando vio la carne me preguntó estupefacto, “¿Quién lo ha matado?”. “Un servidor y Manuel el Gallego” contesté. “Bien”, dijo, “pues a partir de esta fecha tanto usted como el Gallego no se moverán de la posición mientras la compañía esté en este sector, y al sargento Tomero le dice que se presente a mí, que también habrá tomate para él, y la carne se la comen ustedes, que yo no quiero nada”. Marché con la cola entre las piernas.

Una bala se introdujo en mi espalda

¹⁸ Carracuca es un personaje del imaginario popular, mentado en comparaciones de edad o fealdad.

Pocos días después de la matanza del ternero caí enfermo de anginas con fiebres altas (siempre fui propenso a este tipo de dolencia). El médico de Fresnedillas ordenó que fuera ingresado en una pequeña habitación que tenía habilitada en dicho pueblo de clínica, con seis camas. Al segundo día de mi permanencia (primeros de febrero del 37) llegó la orden de marchar de aquel sector toda la compañía, pues el resto del batallón nos esperaba en Ávila para un nuevo destino.

En Ávila estuvimos pocos días. Un día al amanecer nos trasladaron al sector de Madrid, frente de El Jarama, y aquí se acabó la tranquilidad. Mientras mi compañía estaba en Fresnedillas había venido a mandar el batallón el comandante Arance. Éste sí tenía estampa de militar: joven, enérgico y con buenas dotes de mando, como lo demostró en las operaciones del día 23 de febrero 1937. Nunca se borrará de mi memoria el día más sangriento que sufrió aquel frente en la batalla de El Pingarrón, montículo de un valor estratégico extraordinario por su situación y altura, codiciado por los dos bandos.

De madrugada el fuego cruzado era infernal. Operábamos allí tres columnas de la división reforzada de Madrid (mandadas por el general Varela y como segundo el general García Escámez) al mando de tres tenientes coroneles habilitados a coronel, Sáez de Buruaga, Asensio y Barrón. Mi batallón iba en la columna de Asensio por el centro, en el flanco derecho lo hacía Sáez de Buruaga y en el flanco izquierdo Barrón. Estábamos metidos en un olivar de extensión enorme que pertenecía al término de Morata de Tajuña, y los olivos nos servían de parapeto en el avance. Con las primeras luces del alba vimos varios tanques enfilando su boca de fuego contra nuestra posición, que empezaron a producir las primeras bajas de aquella madrugada. Más tarde todo o parte se centró en el ataque a El Pingarrón, posición que guarnecía un batallón de Zamora al mando del comandante Mariano Gómez Zamalloa, al que adornaban todos los componentes de un gran militar. Por los méritos contraídos en aquel fatídico día le fue concedida la “Laureada de San Fernando”.

Pero volvamos a mi situación. Cuando ya gozábamos de la presencia del sol, el sargento Casín, que mandaba la sección por falta de oficiales, pidió si habría algún voluntario para ir a la vaguada a buscar pan y chocolate (el desayuno) y unas cantimploras de agua, pues por allí en aquellos días se sentía el calor. La situación desde luego era peligrosa y salir de los pozos de tirador o dejar el olivo podía acarrear algún disgusto, pero no explico aquí esto como un mérito de guerra, no. Me ofrecí yo y me acompañaron tres componentes de la escuadra, un tal Catalina que era de Mojados (Valladolid), Herrero, natural de Carbonero (Segovia) y Manuel Suiras Piñón (Manolo el Gallego), de La Coruña.

Saltamos del pozo de tirador y como alma que lleva el diablo corrimos en zigzag hasta el pequeño terraplén que formaba la orilla de la carretera de Morata. Las ráfagas de ametralladora segaban el aire por encima de nuestras cabezas y en aquel pequeño ribazo estábamos a salvo. Acordamos cruzar la carretera de uno en uno, pues estaba completamente batida por el enemigo. Llegamos al puesto de mando en la vaguada, nos dio la intendencia del batallón el desayuno, y mis compañeros fueron al aljibe, pero no había ni una gota de agua. Volvimos a la posición sin novedad.

El fuego se hacía cada vez más fluido y cuando llegó la hora de la comida volvimos a salir para la vaguada a buscar el chorizo en latas. En el puesto de mando nos dijeron que los de El Pingarrón habían logrado detener el avance de las tropas y en aquel momento el coronel Asensio daba instrucciones al jefe de un grupo de seis tanquetas italianas que iban a reforzar un flanco del mismo sector. Las bajas en mi batallón ya eran muchas entre muertos y heridos, entre ellos el comandante, el sargento Casín y también un teniente.

A las cuatro y media de la tarde, tercera vez de salir a buscar la cena. Salimos igualmente los cuatro mosqueteros, pero en esta una bala se introdujo en mi espalda. “¡Me han tocado!”, grité. Mis compañeros, como me veían de pie, en lugar de acercarse echaron a correr; creo que fue el pánico lo que les hizo

dar el bote. Yo, corriendo más que andando, me dirigí al puesto del botiquín. La bala había penetrado por la región escapular derecha, rompió la correa de las cartucheras y se quedó dentro. El practicante me dijo, “Chico, un tiro de suerte”. Le contesté, “Si quieres te lo regalo”. Hasta pasados unos momentos no empezó a doler la herida. A pie me trasladé al puesto de socorro de la columna. Desde las cinco que estuve allí esperando que nos evacuaran en alguna ambulancia, hasta las diez de la noche, vi cosas horrosas: la cantidad que morían cuando los camilleros los trasladaban, y muchos heridos esperando en camillas, pues las ambulancias no eran suficientes para asistir a tantos.



»La tía Leandra asomada al balcón de su academia de corte y confección con sus alumnas. Madrid, años 50. Debajo de la academia su marido, cocinero, tenía un restaurante familiar.

Me acuerdo que cuando llevaron al comandante Zamalloa al puesto de socorro no se esperó a ninguna ambulancia: marchó para Pinto con su chofer y su coche. Igualmente se hizo con el comandante de mi batallón. Aquella noche pregunté a los choferes si las heridas de ambos eran graves y me dijeron que Zamalloa tenía más de una, pero que no debían ser peligrosas porque no le privaban de andar. No le debían hacer mucho mal porque a la madrugada de aquella noche Zamalloa hizo avisar al chofer y se escapó del hospital a mandar el batallón. Tuvo que volver inmediatamente, cuando los médicos le avisaron de que las heridas se le podían gangrenar.

La ofensiva o batalla de El Jarama, como luego se denominó, fue una de las más sangrientas de la Guerra Civil española, pues tuvimos que luchar contra las Brigadas Internacionales unidas, bien pertrechadas y preparadas para el combate. El frente ocupaba desde La Marañososa hasta El Pingarrón; una estación de veinticinco kilómetros. Uno de los pueblos que más sufrió los rigores de la ofensiva fue San Martín de la Vega, junto al río Jarama. A partir de aquellas fechas el frente del Jarama quedó estabilizado, pues la tenaz resistencia de las Brigadas Internacionales junto al gran fracaso de las fuerzas italianas en el frente de Guadalajara (concretamente en Brihuega y su sector), debieron aconsejar al mando la paralización de la ofensiva¹⁹.

En el hospital nos trataban a cuerpo de rey

Nos llevaron a Griñón. El hospital de urgencias en el que hacían las operaciones era un convento de monjas, y las celdas o dormitorios de las monjitas servían de habitaciones clínicas. Tan pronto nos introdujeron en el mismo pasé al quirófano. Me examinó la entrada del proyectil el doctor Cantos. Me pusieron anestesia local, rajaron mi carne con los bisturís y el doctor me enseñó el

¹⁹ La batalla de Guadalajara en marzo de 1937 supuso una gran derrota para las tropas italianas, formadas por milicianos fascistas con escasa instrucción militar.

plomo que había sacado. Me cosieron e inmediatamente salí a la calle, donde estaban esperando unas ambulancias, que nos trasladaron a la estación del ferrocarril. Allí se formó un tren de heridos de guerra, acompañados por algún sanitario, que se dirigía a Sevilla. En la estación de Talavera de la Reina nos tuvieron parados bastante rato. Empezaban a verse las primeras luces de fluido eléctrico cuando el tren arrancó; vimos después el motivo de la espera.

No habíamos recorrido treinta kilómetros cuando los sanitarios nos dijeron que los que podíamos valernos por nuestro pie nos tumbáramos en el suelo, pues íbamos a entrar en una zona batida por el enemigo. Sentimos vagamente el característico tableteo de las ametralladoras (nos lo impedía el traqueteo del convoy). Duró solo unos segundos pero fue suficiente para privar de la vida a un sanitario y algunos heridos. ¡Mira que tiene guasa la cosa, que no te han liquidado en el frente y lo hagan en la retaguardia!, pensé yo. En el empalme de Plasencia nos esperaban varias ambulancias que nos llevaron al hospital, también de aspecto conventual. Allí nos revisaron las heridas, nos pusieron vendajes nuevos y volvimos al tren, que salió pitando para Sevilla.

Con la llegada a la capital del Guadalquivir, a los que podíamos caminar nos metieron en autobuses y nos trasladaron al Hospital Central (barrio de La Macarena). Nos destinaron a cada uno a nuestra cama correspondiente e inmediatamente pasó el médico de guardia acompañado de dos enfermeras y una monjita. Nos tomaron la filiación, hicieron los correspondientes apuntes en una tablilla que había en el cabezal de la cama, nos tomaron la temperatura y nos sacaron los vendajes. En aquel momento se presentó el doctor Navarro, que era el jefe de la sala. Después de ver mi herida le advirtió a la monja que al día siguiente no me dieran desayuno, pues había de pasar al quirófano.

Entraron en el quirófano a las nueve de la mañana una enfermera (por cierto muy bonita y simpática) y el doctor, organizaron todos los trastos y la enfermera me sacó la guerrera, la camisa y camiseta, y quedé desnudo de cintura

para arriba. Me ofreció un taburete sin respaldo y empezó a cortar las vendas que tapaban mi herida. Una vez terminó se sentó frente a mí y me explicó que la herida estaba en malas condiciones y que el doctor tenía miedo no hiciera presencia la gangrena, por lo que habían de volver a operar. Me volvieron a aplicar anestesia local y sentado el doctor empezó a pinchar, después cortar y acabó con la aguja. Mientras, la enfermera me daba conversación; que supuse era para distraerme de los manejos del doctor. Una vez acabó el mancebo, le dije a la enfermera, “¡Oye guapa, si me operas tú, vuelvo mañana!”; y río la ocurrencia.

Mi madre, que estaba de matrona en la aduana de La Línea de la Concepción, tan pronto supo que me encontraba herido en Sevilla allí se presentó. Recuerdo que llegó a la hora de visita de los médicos, no la dejaban pasar y yo la veía a través de la vidriera de la puerta. Cuando al fin entró y vio que andaba se puso a llorar, pues pensaba que me habían dejado “pa’ el arrastre”. Juntos comimos aquel día y alguno más, pues el jefe de la aduana le concedió ocho días de permiso; cosa estupenda, porque de nada me faltó. Las acciones de mi quebrantada economía subieron algunos enteros, así como mi estómago, que cada día gozó de manjares diferentes.

En el hospital nos trataban a cuerpo de rey. Además de los muchos regalos de diversas señoras y señoritas que nos visitaban (pasteles, dulces y tabaco) teníamos entrada gratis en cines, teatros, canódromo y frontón. Mi estancia en aquel centro hospitalario duró treinta y nueve días que se pasaron volando, por tanto cariño puesto en el estupendo trato que nos daban, la simpatía de todas las personas y las diversiones que en Sevilla conocí. Casi lloré el día que lo abandoné, y no puede extrañar que tanto dolor me causara salir de la tierra de María santísima, como dicen los pobladores de aquella simpática región. El día 30 de abril nos dieron de alta a un grupo, diciéndonos que en el hospital ya no hacíamos nada y que en el frente eran necesarios nuestros servicios. “¡Maldita guerra!”; dijimos, “¡Con lo bien que lo pasábamos!”; pero el deber se impuso.

Para no perder mi relación con aquella ciudad que tan bien se portó conmigo, pedí a una de las enfermeras que me asistió si quería ser mi madrina de guerra, cosa muy corriente (había soldados que las tenían a pares). Yo a decir verdad no tuve más que la sevillana. No era ninguna Venus; más bien baja de estatura, pero con la gracia por arrobas y más simpática que el Papus. Me mandó al frente algún paquetito y sus cartas me daban mucha moral y me ayudaban a superar las fatigas de la guerra. Se acabó la contienda, se acabó la madrina²⁰.

El soldado Manuel García

Prestaba servicio en la escuadra que yo mandé durante dos años de la Guerra Civil un soldado llamado Manuel García, natural de Arganda del Rey, provincia de Madrid. Madriles era el apodo por el que se le conocía. Pertenecía a dicho regimiento por el reemplazo del 35, por lo que la contienda le sorprendió en “zona nacional”. Sus padres y hermanos estaban todos en “zona republicana”. A principios de febrero del 37 formábamos con otras fuerzas la división reforzada de Madrid, llamada así por ser la principal que operaba en aquel sector. Según “radio macuto” estaba destinada a la “liberación” de la capital de la República. Cuando operábamos en la ofensiva de El Jarama yo le dije, “Madriles, estamos cerca de tu patria chica”. “No me lo mientes, conozco esto como mi propia casa; ¡tan cerca y nada se de los míos!”. Cuando regresé al batallón tras mi estancia en el hospital allí estaba el amigo y compañero; había tenido suerte, pues no le tocó la china como a otros muchos que caímos heridos o abandonaron este mundo para siempre.

Guarnecimos después parte del sector de La Casa de Campo y el puente de

²⁰ Martín explica con claridad la función de las madras de guerra, que voluntariamente apoyaban la moral de los soldados, sobre todo del frente franquista. Papus era el nombre popular de Gérard Anacleto Vincent Encausse (1865 - 1916), médico y ocultista francés de origen español. También es el nombre de un semanario satírico muy popular en los años setenta y ochenta.

Los Franceses, nos relevaron por exceso de bajas y volvimos una vez reorganizado el batallón al sector de El Jarama. En estas posiciones pude comprobar el valor, la entereza, la abnegación y el sufrir de aquel soldado, que a escasos metros de su domicilio, se puede decir, cumplía su servicio de centinela; en alguna ocasión dentro mismo de una de las fincas de su propiedad, donde había un puesto de escucha. Los relevos de los centinelas se hacían cuando el reloj de su pueblo daba las horas. Llegamos a preguntarnos cómo aguantaba en la posición, pues ocasión para pasar al otro bando la tenían cada noche. Se intentó darle el destino de ranchero, ya que no hacen servicio y están siempre en retaguardia, pero jamás quiso ninguna clase de enchufe. ¿Quién, digo yo, habría aguantado sin saber nada de sus padres teniendo el pueblo tan cerca?

Cuando marché a la academia de sargentos no supe más de él. Antes de marchar me dijo, “Me has de hacer unos versos que entregaré a la novia”. Durante su estancia en Valladolid antes del “Movimiento”, ella le había abandonado por otro de mejor posición social. Le dije, “Cuando esto acabe, que no sé cuándo será, ya ni te acordarás de ella”. Me insistió y, como a mí me gustaba mucho la poesía, le redacté los versos que a continuación expongo:

*A mí tú no me quisiste
porque de nada tenía,
despreciaste la honradez
de un pobre que te ofrecía
cariño, futuro y vida,
adornos de un gran querer.*

*Tomaste el camino fácil,
el lujo cegó tu vista,
te congeló el corazón
y no pasaste revista;
desechando aquel Amor*

*que fue flor de nuestras vidas.
Ignoro tu bienestar,
tu felicidad deseo,
aunque sé que nunca más
podré ofrecerte el Amor
de un corazón que está seco,
sangrante por el dolor
de tus amores secretos.*

*Mi ilusión de juventud
estaba centrada en ti,
¡Tiempos felices aquellos*

cuando yo te conocí

corriendo por los barbechos!

Las charlas nocturnas entre los dos bandos

Al salir del hospital me pasaportaron a Cáceres, donde me tenían que informar de la posición exacta donde estaba mi unidad. Me dijeron que mi batallón se encontraba descansando en Fuenlabrada, un pueblo cercano a Madrid. Macuto en ristre, pasaporte nuevo y a coger el chopo (que así se llamaba el fusil máuser). Llegué a la unidad a las cinco de la tarde del 3 de abril de 1937. El capitán Matute me dijo que tomara aquellos días en Fuenlabrada como descanso, puesto que no me habían dado ningún día de convalecencia. Dura poco la alegría en casa de los pobres, pues al segundo día se recibió orden de ponernos en marcha hacia Móstoles. Allí descansamos unas horas y en columna de viaje nos metieron en el barrio Lucero, cerca de La Casa de Campo. Caminamos ya en orden de aproximación hasta unas posiciones que estaban guarnecidas por la primera bandera de la Legión, a la que relevamos. Cuando se hizo de día vimos el panorama donde nos habían dejado. “Estamos en Madrid”, dije, pues se dominaba desde allí el Palacio Real, La Casa de Campo y el Puente de Los Franceses, lugares que conocía. Había sitios donde al enemigo no le separaba de nosotros más que la anchura de la calle. Destacaron una de las compañías en La Casa de Campo. Cerca estaba el Hospital Clínico, de amargo recuerdo en aquellas fechas, ya que una mina lo devastó cuando en su interior lo guarnecían algunas fuerzas.

La primera noche no se oyó un disparo. Al levantarme del santo suelo que era nuestro lecho me sentí todo mojado por la espalda, me saqué la guerrera y le dije a un soldado de mi escuadra, “Mira a ver de dónde sale esta humedad”.

El chico me dijo asustado, “¡Cabo, lleva usted la espalda llena de sangre!”. El médico del batallón quedó estupefacto al ver que me habían enviado desde el hospital con la herida sin cerrar, me puso un vendaje y me recomendó que fuera a curarme al botiquín de la compañía cada día. Pasamos ocho días justos en aquellas posiciones; si no sacan el batallón de aquel infierno no quedamos ni uno. La aviación nos castigó mucho con fuego de ametralladora en vuelos rasantes y los bombarderos. La bandera de la Legión que nos sacó de



»Lluisa Pujolar Balaguer, esposa de Martín. Alrededor de sus 18 años.

las posiciones fue la cuarta, con el doble de efectivos de material y de hombres. A las diez de la noche el mando dispuso nuestro traslado a Móstoles (población de renombre por la actuación de su alcalde cuando la ocupación francesa). Para ello empleamos el coche de San Fernando. Llegamos ya casi de día. Desde allí sentíamos el follón que había en las posiciones que habíamos dejado. Al tratarse del 14 de abril los madrileños quisieron festejarlo y los fuegos, no de artificio sino bien reales, causaron estragos en la cuarta bandera, según supimos después. En Móstoles estuvimos dos o tres días, hasta que nos trasladaron en camiones otra vez al sector de El Jarama, en esta ocasión más cerca de La Marañosá (flanco izquierdo).

Un tabor de regulares de Larache, el séptimo, nos cedió muy gentilmente sus chabolas llenas de habitantes (piojos); que si te sacabas la camisa y la dejabas en tierra, andaba sola. Nunca tuvimos que soportar tanto, y es que los marroquíes se ve que los alimentaban bien. Aseamos las trincheras, limpiamos bien las chabolas, los nidos de ametralladora... en fin todo lo que había por limpiar, que buena falta hacía. El sector era tranquilo; lo único que escaseaba era el agua, que nos la llevaban en aljibes. Allí se nos incorporaron a cubrir bajas los quintos del 38. A los veteranos les vino de perillas, pues los quintos hacían la limpieza de trincheras, chabolas e iban a buscar el agua, que estaba bastante distante de las posiciones y era lo más pesado.

Desde que hirieron al comandante Arance el mismo día que a mí, el jefe del batallón volvió a ser el capitán de la compañía de ametralladoras, Tejero. Mi capitán, don Evaristo Matute, ascendió a comandante y también causó baja, y se hizo cargo el teniente Reseco, cacereño. En contraste con lo sangriento que había sido aquel sector, en esta ocasión era de lo más tranquilo. Justificación de lo que digo fue lo que aconteció el día 25 de mayo. Todos los que por suerte o desgracia intervinieron en esta contienda saben que las charlas por la noche entre los dos bandos eran normales: insultos a veces, cachondeo otras, amenazas también. La noche del 24 al 25 acordamos que por la mañana nos

habíamos de cambiar la prensa, que también nos darían ellos papel de fumar y nosotros tabaco (nosotros carecíamos de papel y ellos de tabaco), y en el centro entre ambas líneas hacer la entrega.

A las diez u once horas empezamos a salir soldados de una banda y de la otra; parecía que la guerra había terminado. No fuimos sólo los de mi batallón, sino toda la brigada que guarnecía aquellas líneas. El comandante sabía lo del encuentro y no puso ningún impedimento. Hubo oficiales, suboficiales y tropa de las dos fuerzas contendientes charlando en plan amistoso y de camaradería durante unas horas. Hasta que la noticia llegó a sabiendas del teniente coronel que mandaba nuestra brigada, quien ordenó a los jefes de batallón que se replegaran a sus posiciones, y cada mochuelo a su olivo.

No duró la tranquilidad ni veinticuatro horas. Aquel encuentro se ve que sirvió para que unos cuantos soldados, en total catorce, se fijaran en una vaguada que conducía a nuestras líneas y a la madrugada siguiente se presentaron en nuestra posición. Huelga decir que cuando los de enfrente notaron su falta echaban fuego por la boca de sus fusiles y ametralladoras; pero ya no había remedio. A la noche siguiente la letanía de insultos fue para los evadidos. Siguió después otra vez la calma, y a las pocas noches volvió a pasar un caso parecido. Esta vez el protagonista fue un teniente.

Serían las diez de la noche, mi escuadra daba la centinela del puesto avanzado o de escucha, que siempre está unos metros más adelantado que la línea principal; esto según la distancia a la que se encuentra el enemigo. Aquella hora yo tenía allí de puesto a un chico asturiano que siempre me hablaba del Pozo de El Fondón, es decir que era minero, valiente, noblote y forzado. Empieza el himno de Riego a sonar por los altavoces, a los pocos momentos se oye la voz de alto del centinela, “¡No tiréis! ¡Viva Franco! ¡Me uno a vuestras fuerzas!”. Salta a nuestra trinchera, lo observo todo desde el parapeto, ordeno al asturiano que siga en su puesto, me hago cargo del evadido y veo que en la bocamanga de la guerrera lleva las insignias de teniente (dos barras paralelas).

“Hombre” le dije, “Usted es teniente del ejército republicano”. “Sí”, me contestó, “soy el teniente jefe de Propaganda de la brigada que ustedes tienen al frente”. Lo conduje ante la presencia del teniente de mi sección, quien dispuso por orden del capitán su traslado al puesto de mando del jefe del batallón, capitán Tejero. Nuestra posición estaba a unos mil metros del puesto de mando. Un soldado de mi escuadra me acompañó en la conducción de aquel señor, que siempre demostró una gran entereza.

Por el camino me dijo que él era actor de teatro. Me contó que trabajaba en la compañía de María Fernanda Ladrón de Guevara, y hasta quisiera asegurar que dijo era el primer actor de la compañía. Trabajaba en Madrid cuando estalló el “Movimiento” y debido a su profesión le habían dado el grado de teniente y nombrado jefe de propaganda de aquella brigada. Cada noche antes de las charlas solían poner unos altavoces encima de las trincheras o cerca de las alambradas (se entiende de sus líneas), tocaban el himno de Riego y a continuación este teniente, que por cierto tenía excelente expresión de palabra, nos dirigía algunas frases con arreglo al gusto de su paladar, cogía los trastos y con la música a otra parte. Me preguntó si le respetaríamos la vida, yo le contesté que yo tenía órdenes de presentarlo al comandante del batallón y que no creía que hubiera de sufrir ninguna agresión.

Llegué al puesto de mando sobre las once de aquella noche. ¡Cómo se puso el capitán Tejero cuando supo que se trataba del locutor de la “radio macuto” del lado contrario!²¹ Tan excitado se puso, que a los gritos que éste daba se personó el teniente ayudante que estaba en la chabola contigua. Feliz aparición, porque nuestro teniente ayudante y el teniente evadido se conocían y eran amigos de mucho antes de la guerra, igual que sus familias respectivas. Se fundieron en un abrazo y el capitán Tejero quedó estupefacto al ver aquella escena. Al darme la mano para despedirnos me dijo, “Cabo, si alguna vez corriendo por esos mundos ve usted mi nombre en alguna cartelera de teatro,

²¹ La expresión “radio macuto” suele referirse a los rumores que circulan boca a boca.

no dude en que estaré contentísimo de poderle saludar”. Esto jamás se olvida.

Los gritos de alegría se multiplicaban

Fui ascendido a sargento tras pasar tres meses en una academia militar que estaba en Fuente Caliente (Burgos), un balneario de término municipal de Miranda de Ebro. El coronel jefe, don Ladislao Visier Zubiri, nos destinó a un grupo de mi promoción al ejército del Centro, con sede en Valladolid. Pensábamos que nos darían algún día de permiso al acabar el curso, pero ni hablar. Lo comentamos y nos pusimos de acuerdo para marchar a casa unos días y después presentarnos todos juntos en las oficinas donde nos habían de destinar. Algunos lo hicimos, pero otros se rajaron. El teniente nos preguntó por qué no habíamos hecho la presentación antes y le dijimos que habíamos ido a ver a la familia. Se ve que lo comprendió y más a nuestra edad: yo era un crío de veinte años y mis compañeros tenían veintitrés o veinticuatro.

Fui destinado al décimo octavo batallón de San Quintín, lo que me proporcionó una gran alegría, pues de esta manera no salía del regimiento de origen. Me incorporé en la provincia de Guadalajara, en las posiciones próximas a un pueblecito llamado Saelices de la Sal, lindando ya con la provincia de Teruel. Guarnece mi compañía la posición denominada Calabazas y la cota 1080. Terreno de cabras y picachos donde la vegetación brillaba por su ausencia, inhóspito y muy poco poblado, pero de una tranquilidad pasmosa. Sabíamos dónde estaba el enemigo por el humo que producían sus fogatas, pues era el invierno del 38 al 39 y allí apretaba el frío de lo lindo.

Aquel batallón lo mandaba don Antonio Suárez Abilleira, que pertenecía a la marina. Mi compañía la regía un teniente de la escala de complemento natural de un pueblo de Valladolid llamado La Seca, famoso por sus vinos, dos alféreces provisionales, el señor Del Rosal, gaditano y Roves, de Asturias; al que por cierto le gustaba el morapio algo más de lo normal. Como militar

dejó mucho que desear, pero ya digo y repito que en guerra todo vale. El número del batallón paso a ser el vigésimo, y así se denominó hasta después de finalizar la guerra, el día 28 de marzo del 39.

Ese día de madrugada estaba yo de sargento de cuarto, o sea, de vigilancia de los centinelas que estaban en los parapetos, que guarnecían mi compañía. Fui a visitar al de la avanzadilla de mi pelotón, que se llamaba Honorato Gómez



»Martin y Lluisa paseando frente al Parque del Retiro en Madrid, en su viaje de bodas.

Aguado. Le pregunté, “¿Cómo va la centinela, Honorato?”. “Sin novedad, mi sargento”. “¿No tiene frío?”. “No señor”, me respondió. Siempre fue un gran soldado, según me informaron. Estuvimos charlando unos momentos, cuando ya las primeras luces del alba se dejaban ver en el firmamento. Juntos observamos que no se distinguía ninguna columna de humo de las que acostumbraban salir de las posiciones enemigas, lo comentamos extrañados y yo lo comuniqué a mi inmediato superior, el alférez Roves, quien me contestó, “Hoy no deben de tener frío”. En estas condiciones pasaron unas horas y ya era comentario general en todo el sector.

Serían las nueve de la mañana cuando recibimos la orden de salir de las trincheras en orden de combate por si las moscas; aunque creo que el mando ya sabía alguna cosa. Nos fuimos aproximando a la línea enemiga y cuál no sería nuestra sorpresa que al asaltar las posiciones no encontramos ni un alma. Los gritos de alegría se multiplicaban entre todos, “¡La guerra ha terminado!”, decíamos, “Pero, ¿dónde se han metido esta gente?”. Cifuentes, que era uno de los pueblos más próximos, fue explorado así como otro más pequeño, y no había un alma.

Pernoctamos por aquellos parajes y de madrugada nos metieron una caminata de cuarenta kilómetros hasta un pueblo llamado Las Inviernas. Al día siguiente otra de las mismas características hasta Hontanares. El segundo día aterrizamos en Brihuega, en cuya entrada había cañones de los que el ejército republicano había tomado a los italianos en la ofensiva del mes de marzo de 37. Aquí pasamos quizá dos días y salimos en “el coche de San Fernando”²² hacia Lupiana, otro pueblecito donde la poca gente que había se escondía de nosotros igual que alma que lleva el diablo. El capitán me ordenó acercarme con mi pelotón a un edificio grande en las inmediaciones del pueblo, que resultó ser una fábrica de harinas. “Vaya usted con precaución, no sea que le reciban a tiros”, me dijo, mientras ellos rodeaban el pueblo. No encontré más

22 La expresión “el coche de San Fernando” continúa así: “... un poquito a pie y otro andando”.

que una familia: el molinero era un señor de unos sesenta años, y vivía con sus dos chicas ya mozas y su esposa. Me dijo el molinero que ya hacía algunos días que los republicanos habían abandonado el pueblo con dirección a Guadalajara y que la mayoría ya no llevaban ni armamento. Le aconsejé que no salieran de casa hasta que la ocupación del pueblo fuera total.

Una vez se penetró en el interior de Lupiana el comandante hizo correr la voz por medio de un vecino de que todo aquel que quisiera rancho en frío o tabaco acudiera a la plaza del pueblo (nuestras dos ambulancias estaban llenas de tabaco: cajetillas de picadura y cigarrillos). Pronto se congregaron allí junto a las ambulancias hombres todos en edad madura y algún joven a quien no le habían alcanzado las quintas. Las mujeres se congregaron al lado del camión de las latas de sardinas, carne de búfalo (que nunca me gustó), pan y vino. Cuando se acabó el reparto se ocupó la iglesia para alojamiento de la tropa, y creo que también los almacenes de la fábrica de harinas. Se estableció un servicio de vigilancia de extramuros y se asignó alojamiento a los sargentos y oficiales.

Fui alojado junto con otro sargento de diferente compañía en la casa de una viejecita que disponía de dos camas; santa mujer. Nada más entrar nos la enseñó toda y nos dijo que desde que a su hijo lo llamaron por la quinta vivía sola. Tenía una hija, pero casada y vivía en Madrid. De su hijo no sabía nada hacía tiempo, por lo que la pobre mujer estaba muy apenada. La animamos diciéndole que no le habría pasado nada y que pronto lo tendría a su lado, pues eran días de confusión. Quedó más conformada la tal señora e inmediatamente nos dijo que aquel día teníamos que cenar en su casa, que ella nos prepararía la cena al igual que si su hijo le acompañara; pues igual trato le debían dar a su hijo allá donde se encontrara. Me acordaré siempre del menú que aquella simpática abuela nos puso: una buena sopa castellana, que a mí siempre me gustó, y un par de huevos fritos con patatas y chorizo, que nos dijo guardaba para cuando su retoño estuviera con ella. Aunque no era ningún extraordinario a los dos nos agradó, porque hartos estábamos ya de

tanto rancho en frío.

Cataluña había de ser nuestro destino

Pasamos varios días en aquel pueblo, y nos trasladaron primero a Horche y luego a Guadalajara. Por tener familia en Madrid me dieron dos días de permiso para ir a verlos y cuando llegué ya estaba el batallón preparado para salir en dirección a Cataluña, que había de ser nuestro nuevo destino²³. Salimos de Guadalajara en un tren de carga. No sé las horas que llevábamos en Lérida cuando dijimos, “ya estamos en tierras catalanas”. Siguió el tren su ruta y cuando debían de ser las nueve de la mañana entrábamos en la estación de Manresa; final de trayecto. La tropa fue alojada en unas naves de lo que nos dijeron era la fábrica de paños; enorme y con igual número de ventanas que días tiene el año. Recuerdo que los soldados se atrevieron a reventar unas dependencias cerradas y aparecieron llenas de colchones, edredones, sábanas, mantas y almohadas; lo que nos sugirió que aquellas naves ya habían servido de alojamiento a otras tropas. Nada se estropeó de lo encontrado allí porque se dio parte al mando del hallazgo y lo retiró la brigada de recuperación.

Tras ocho días de estancia en Manresa salió la unidad una mañana con dirección a Berga, se nos dio la comida en Balsareny y marcha otra vez, para llegar a Berga a las siete de la tarde aproximadamente. Bella población, un parque, un paseo denominado de la Industria, que contrasta con la actividad textil que reina por toda la comarca. Fábricas muy importantes, como la que tuve ocasión de visitar en Gironella (en la Colonia Rosal), gran atractivo para los que jamás habíamos visto batanes, mecheras, continuas, telares automáticos, etcétera. Las máquinas que componían todo aquel complejo industrial eran movidas por una turbina que funcionaba por las aguas del río Llobregat. En Berga se instaló el batallón en lo que parecía un balneario, que disponía de

23 Los topónimos se han conservado en la lengua en que Martín los escribió.

espacio suficiente para el total de la tropa. A la salida de la población, en la carretera, había un pueblecito pequeño pero bonito, y en frente del cuartel el parque con sus cuidados jardines y paseos, pulmón de la villa, que a mí me gustó mucho.

Allí vi por primera vez bailar sardanas, y también en el paseo de la Industria, cuando fue el Corpus Christi, me recreé viendo la fiesta de la Patum con su Mula Guita; baile de ángeles y demonios y otros festejos de rancio abolengo en aquella ciudad²⁴. Después de algunos meses en esta plaza salimos en camiones a Puigcerdá, villa de la provincia de Gerona fronteriza con Francia. A renglón seguido y andando nos trasladamos a Martinet, comarca de la Cerdaña, en la provincia de Lérida, bañada por las aguas del río Segre, espina dorsal del referido pueblo. Zona montañosa por estar próxima la Sierra del Cadi, de solera veraniega pues ya entonces aumentaba su población en los meses de calor. Aquí comí las primeras truchas, por cierto riquísimas y que tan bien las condimentaban las femeninas de la villa.

Nuestro servicio se denominaba “de acantonamiento de fronteras”. Estábamos diseminados por los diferentes pueblecitos próximos a Francia. A mi pelotón le tocó un villorrio de quince vecinos llamado Estamariu, sin luz eléctrica, sin tiendas ni taberna; los habitantes tenían que ir a comprar sus artículos a La Seo de Urgell. El pan, de centeno, lo hacían en cada casa. Yo llegué a comer más de un día ese pan, que no era nada bueno pero a falta del otro, bien que sabía. Por las madrugadas salíamos a cazar con el fusil y más de un conejo alegró la sartén. Y un día abatí una zorra, a la que no pudimos localizar después de seguir el rastro de sangre; debió refugiarse en la maleza, abundante en aquellos inmensos bosques del Pirineo. Pasé allí el resto del verano del 39 y en el mes de septiembre nos trasladaron a la ciudad de Cervera. Unas grandes naves industriales que había junto a la estación del ferrocarril dieron cobijo al batallón.

²⁴ La Mula Guita es un asustachicos catalán en forma de mula.

A mediados de octubre el mando dispuso la formación en Lérida del regimiento de Infantería de Montaña 16, con un batallón de Lugo, otro de Arapiles, de Estella (Navarra) y el nuestro. Su primer coronel jefe se llamó don Miguel Díez Olavarría. Además de los servicios propios de la unidad también se daba guardia en la cárcel provincial y en el seminario viejo habilitado para igual fin²⁵.

En el verano del año 1940 hubo concurso de traslados y solicité el regimiento Pavía número 7, que estaba de guarnición en Algeciras. Inmediatamente vino aprobado mi nuevo destino y marché a incorporarme contento, porque iba cerca de mi madre. Cuando solicité este cambio tenía también solicitado el ingreso en la Guardia Civil y estando en Algeciras me comunicaron que venía en el boletín mi ingreso en la Benemérita y por lo tanto era baja en el ejército. Había sido destinado a la comandancia de Lérida, donde debía presentarme en el improrrogable tiempo de ocho días. Otra vez contento para Cataluña, tierra a la que ya le tenía gran apego pues, ya que todo se ha de decir, había dejado allí buenos amigos y amigas.

25 Catalunya acaba de ser ocupada por las tropas franquistas y hay movimientos de población en direcciones opuestas: por una parte el retorno de los exiliados a Francia durante la guerra y por otra el exilio de miles de civiles y militares que habían vivido o llegado a esta zona durante la guerra. Son tiempos de represión a la población civil; de detenciones, registros y saqueos. Martín nunca comentó a la familia su experiencia en este aspecto.

III. MIS SERVICIOS EN LA BENEMÉRITA

“Suspiros que el viento lleva se estrellan contra los riscos...”

Prestaba vigilancia en trenes y carreteras

El día 1 de septiembre de 1940 ingrese en la academia del Cuerpo en Mollerussa, provincia de Lérida. Su jefe era el teniente coronel don José del Valle Marijuan. Teníamos que hacer un curso de seis meses y la mayor parte de las materias debían de ser memorizadas. ¡Cuántas cosas aprendí en este centro! Trato de personas fuera de la ley, cómo son los servicios fiscales (que abarcan infinidad de artículos), la ley de contrabando y defraudación, renta de alcoholes, bienes semovientes, servicios rurales, vigilancia de propiedades, extramuros en las ciudades, escolta de presos, vigilancia de trenes y sus escoltas, guardias en prisiones, oficinas de recaudación fiscal, bancos, protección de caudales y su conducción, vigilancia de ferrocarriles, caminos vecinales, autopistas y carreteras, código penal ordinario, código de justicia militar, código penal, sentencias del Tribunal Supremo para casos que podían presentarse en el curso de un servicio, extensión de atestados, partes por escrito y composición orgánica del Instituto. Además de instrucción, esgrima, y manejo del fusil y la pistola. Para ser un buen guardia civil se ha de conocer más materia que cualquier abogado en funciones, pues éste hace la defensa de un cliente con el libro en la mano y el guardia civil no puede consultar tantos casos como se le pueden presentar en las horas de servicio. Su libro de consulta

ha de ser su capacidad de inteligencia.

Fui un alumno aventajado, por el interés que siempre he puesto en lo que se me ha encomendado. El día de los exámenes finales todos quedamos aprobados. El teniente profesor de mi sección me dijo que, por ser el que mejor había realizado los ejercicios, me quedaría como monitor seis meses más instruyendo a los nuevos guardias civiles de la segunda promoción. En la academia también prestaba vigilancia en trenes y carreteras, máxime cuando en ese tiempo de escasez de alimento imperaba el estraperlo. Hubo noches en las que el teniente Domingo y yo no podíamos, como aquel que dice, dormir. A continuación



»Plaza de la Iglesia en Alguaire. La casa con el toldo fue vivienda familiar (alquilada), almacén en dónde esta la tienda y en la parte trasera corral de cerdos, gallinas y conejos. Ahí vivimos con nuestros padres hasta la construcción de la nueva casa, granja y almacén.

doy relato a alguno de los muchos casos que el servicio nos deparó.

Un día cualquiera del mes de marzo de 1941 el teniente me dijo, “Escolar, esta noche a las diez me viene usted a buscar a la fonda; vamos a dar un paseo por la carretera de Linyola. “A sus órdenes, mi teniente; aquí estaré”. No estaba muy lejos la hora de la cena y mientras llegaba solía estudiar un rato para no quedarme mirando al techo cuando al día siguiente me preguntaran algún artículo de la cartilla o del código de justicia militar. Llegó la hora señalada y con la pistola al cinto me encaminé a buscar al teniente. Entramos en el café La Amistad y nos sirvieron una taza. Un rato después salimos enfilando la carretera de Linyola; hacía una noche estupenda aunque algo fresca, paramos cuando llevábamos unos tres kilómetros recorridos e hicimos un cigarro. Serían las doce cuando oímos el motor de un camión que se acercaba hacia nosotros con dirección a Mollerussa. El teniente me hizo avanzar unos treinta metros para detener al vehículo; si no obedecía mis órdenes, más atrás le esperaba él con la pistola en la mano. El chofer al verme frenó.

Me acerqué al camión y cuál no sería mi sorpresa que al preguntar al conductor por la documentación del vehículo éste encendió la luz de la cabina y allí dentro como único viajero estaba sentado un capitán del Cuerpo. Me cuadré y le saludé militarmente, y mientras el teniente se iba acercando pregunté por la mercancía. “Transportan maíz, mi teniente, y el de la cabina es un oficial del Instituto”. Pegó un brinco y pistola en mano ordenó al viajero que abandonara la cabina inmediatamente, le enfocó al rostro con la linterna que siempre llevaba y le dijo: “Hombre, yo a ti te conozco, hace tres meses fuiste baja en el Cuerpo y ya sabes que no puedes usar el traje que llevas, pues lo estás deshonorando. Tengo que detenerte y espero que no pongas la menor resistencia, porque te juro que saldrías mal parado”. El capitán empezó con las consabidas lamentaciones: “Mi mujer, mis hijos, mis antiguos compañeros, ¿qué dirán de mi actuación?”. “Eso lo habrías de haber mirado antes”. Hizo entrar en la cabina al que ya no era capitán y andando para el cuartel de Mollerussa.

El falso capitán, el teniente y un servidor salimos del cuartel con dirección a la fonda Jardín, hoy hotel Jardín, donde estaba alojado mi teniente. Su habitación, en la segunda planta, daba a la plaza de la Estación. Indicó al antiguo capitán la ventana de su dormitorio y le dijo: “Esta noche vas a ocupar mi cama, pues yo pediré a la dueña otra. Te voy a dejar la puerta abierta y la ventana igual. Si te apetece darte el bote lo haces, pero no te lo aconsejo. Dentro de unas horas te despertaré, aunque dudo que estés dormido, y empezaremos la confección del atestado. Una pareja te trasladará detenido a Lérida junto a tu chofer. Lo siento, pero sabes mejor que nadie que cumplo con mi deber”. Fui encargado de su conducción. El juez de Tasas los condenó e ingresaron en el seminario de Lérida, viejo edificio habilitado como prisión.

Otro servicio que por poco me cuesta el destino fue el siguiente. Como en los anteriores, hora de ir a buscar al teniente y en esta ocasión fue cuando regresábamos a Mollerussa por la Nacional II desde la parte de Golmés. Había un bar en el centro del pueblo que los guardias llamábamos Chamberlain, por el parecido tan extraordinario que su dueño tenía con el célebre político extranjero. Permanecía abierto noche y día. De día era asistido por una hija de nombre África, morena, graciosa, simpática y además bonita; y por su hermano, que atendía las mesas. Los guardias, en horas fuera de servicio éramos asiduos clientes de este bar, más que por la consumición que tomábamos, por echar algún piropo a la niña; que a la puñetera le gustaban, máxime cuando en Cataluña el piropo no se llevaba y en realidad no hay mujer que no le gusten los requiebros. Vimos un camión parado delante de la puerta del bar y nos aproximamos. La inmediata y contundente pregunta: “¿Qué transporta en este vehículo que tan tapado lo lleva usted?”. “No lo sé, porque me lo han entregado cargado en el garaje; mi compañero, que es el dueño de la mercancía, se lo dirá; está ahí dentro tomando un café”. “¿Y cómo es que han parado aquí?”. “El radiador echaba humo y hemos parado para poner agua”.

El teniente me ordena que haga salir al otro individuo, que al verme cambia de color. Eran las cuatro de la madrugada. Dice llevar en el camión cuatro

mil kilos de azúcar en sacos de cincuenta, no llevan guía de abastecimiento y transportes, por lo que el teniente les conmina a dirigirse al cuartel con el camión para examinar la carga; donde quedaría intervenida y los dos conductores detenidos. Al ver el cariz que tomaba el asunto el dueño de la mercancía tira de cartera y ofrece al teniente todo su contenido, unas cuarenta mil pesetas, según el infractor. “Qué risa”, dice el teniente, “cuando a mí me dan esta cantidad es seguro que usted se va a ganar mucho más y eso no es correcto”. “Es que no llevo más encima”. “Pues yo le voy a dar a usted una cantidad mayor que no sé si sus espaldas podrán con ella, métase en la cabina”, ordenó. Acompañamos al camión al cuartel y los dos señores se sentaron en la sala de armas a esperar que se hiciera de día para empezar las diligencias.

No se les tocó ni un pelo, aunque ellos esperaban la gran paliza; el teniente nunca pegó a nadie. Sin embargo fue un servicio frustrado. Cuando nos disponíamos a levantar el acta de la aprehensión se personó en el cuartel un señor que dijo venía de Lérida, portando unas guías de Abastos para amparar aquella partida de azúcar, que iba al abastecimiento de Tárrega. El teniente llamó a la Delegación y le confirmaron que aquel señor había dejado olvidado el referido documento en la oficina de Abastos. Quedó todo anulado y se tuvo que dejar en libertad a los detenidos. Se me ocurrió decir al teniente, “Con tanto dinero que le daban, ahora ni una perra y se llevan la mercancía”. A lo que mi jefe respondió que si le volvía a decir una cosa así daba parte de mí, pues él consideraba que el haber obrado de la manera que lo hicimos era nuestro deber y que no se hablara más del asunto.

En otra ocasión al detener otro camión éste iba también escoltado por un teniente de la Cruz Roja de uniforme impecable, con unas estrellas que brillaban más que el lucero del alba. Pobre señor, cuando vio las de mi teniente, que por viejas apenas si se conocían sobre la bocamanga de su guerrera. Este camión no conducía azúcar ni maíz; su carga era aceite puro de oliva, ya que en aquellas fechas no se conocía otro; bien camuflado en bidones. Los responsables fueron empapelados.

Tenía en gran estima a mi teniente

Cuando acabó el segundo curso o promoción de guardias de nuevo ingreso, la academia pasó a la localidad de Sabadell. Al teniente lo destinaron a Lérida como ayudante del coronel de tercio don Julián de la Sierra Luis, guardia civil de piedra picada, y que tenía en gran estima a mi teniente, por haber estado los dos diez años prestando servicio en Guinea Ecuatorial. El teniente me dijo que yo pasaría a la Brigadilla de Información, de la cual él también sería jefe. No pudimos ni él ni yo llegar a desempeñar estos cargos, ya que el día anterior de trasladarnos de Mollerussa a Lérida, unos atracadores privaron de la vida al teniente en los Campos Elíseos de la capital del Segre.

Aquel día el teniente me encargó le facturara en la estación de Renfe sus libros. Dieron un resultado de ochenta kilos, pues era un señor que dominaba ocho idiomas y estaba estudiando el ruso. Salió de Mollerussa con destino a Lérida a buscar los pases de presentación a nuestros nuevos destinos y quedamos que aquella noche volvería para marchar al día siguiente. Ya no regresó. Se encontró con tres individuos que le debieron infundir sospecha y al pedirles que se identificaran uno de ellos sacó una pistola y a bocajarro le pegó un tiro detrás de la oreja, que fue mortal. El teniente descargó su pistola cuando los maleantes huían. Un sereno que oyó los disparos se acercó al herido, que ya no pudo más que murmurar, “¡A ellos!”. Se le dio sepultura al día siguiente en el cementerio de Lérida.

Vino a recoger sus pertenencias un hermano suyo, vecino de Ginzo de Limia (Pontevedra), quien se extrañó de que el teniente no tuviera ni una perra. Vicios no le conocí ninguno. Su afición era la lotería: la paga le marchaba toda en la rifa semanal, mensual o anual, como fuera. Fue siempre considerado como uno de los mejores oficiales de la Benemérita, con infinidad de felicitaciones por servicios prestados de directores generales y demás jefes superiores. Era soltero y nunca me habló de mujeres. Yo en una ocasión le pregunté cómo era que no estaba casado y me contestó que nunca tuvo tiempo de

dedicarse a la búsqueda de una mujer.

Los asesinos del teniente fueron detenidos y las primeras investigaciones las llevó el muerto. Verán por qué. Él cuando pedía la documentación de una persona, siempre antes de mirarla se la ponía en el bolsillo de la guerrera, después le interrogaba sobre su dedicación. De igual modo hacía con los conductores de vehículos pues, si el infractor se escapaba, la documentación era una gran pista para su detención. Al mirar la guerrera se encontró en el bolsillo de la víctima la documentación de uno de ellos, recuerdo que su apellido



»Nuestros padres delante de la casa de la Plaza de la Iglesia con Manél y el primo Ramón. Año 1962-1963. Alguaire.

era Combelles. Dentro de los papeles que contenía aquella cartera había un carnet de conductor militar perteneciente al regimiento de Automovilismo de Zaragoza, con su fotografía. Las pesquisas en el cuartel de automovilismo de Zaragoza confirmaron que ya había orden de busca y captura contra él y dos más, por desertión y por el asesinato de un dependiente de farmacia de Zaragoza, a la que atracaron con pistolas del ejército.

En el plazo de cuarenta y ocho horas todas las comisarías, puestos de la Guardia Civil y policía armada de Cataluña poseían copia de la foto de aquel individuo. Se vigilaron estaciones, el aeropuerto del Prat, coches de línea, trenes, carreteras, es decir todo. A los pocos días el sargento de la Guardia Civil jefe de la brigadilla de la comandancia de Barcelona detenía en el café Moca de las Ramblas a dos individuos, uno de los cuales era el de la foto. El sargento de Barcelona les puso las manillas (esposas) y los condujo a la comandancia. En el primer interrogatorio se confesaron autores de dichos asesinatos. El tercero de la cuadrilla cayó en manos de la justicia en la localidad tarraconense de Amposta, de donde era natural.

Una vez los tres forajidos estuvieron en la prisión provincial de Lérida convictos y confesos se celebró el juicio, que les condenó a la pena máxima, muerte por garrote vil. Uno de ellos se apellidaba Álvarez de Lara, y el apellido del tercero creo que era Riera. Los conocí a los tres en las dependencias de la comandancia de Lérida. Recuerdo la cara del verdugo, que vino de Burgos escoltado por una pareja de la Guardia Civil de Valladolid, y que estuvo tomando unas copas en la cantina de la comandancia, pues tenía prohibido salir a pasear por la calle. Le pregunté si vivía en Burgos y me dijo que ni él mismo sabía donde vivía.

El jefe de la comandancia se portó maravillosamente conmigo. Le dije que ya no me interesaba pertenecer a la Brigadilla y que quería estar en un puesto rural. Presté servicio de escolta a trenes de conducción de presos, de transporte de CAMPSA, en bancos, en Hacienda, para recaudadores y otros; y

cuando se formó el puesto de Alguaire en la colonia textil La Mata de Piñana, a él fui destinado.

Un cuartel inhabitable

La víspera del día del Pilar (patrona de España y de la Guardia Civil) me incorporé al puesto de Alguaire. La colonia textil era una empresa de don José Mata, propietario también del edificio del cuartel. Legué a las cuatro de la tarde en el coche de línea que hacía el trayecto Lérida-Camporrélls. Me esperaba en la parada el señor Bosch, director de la fábrica, quien me acompañó al cuartel. Cuando lo avisté no me hizo una grata impresión, por su estado de solidez y porque tenía más aspecto de una casa de labranza que de un local donde se habían de alojar tres parejas de guardia civiles con sus respectivo cabos.

Aquella vivienda tenía tres pabellones para casados, uno en la planta baja y dos en la superior, además de dos habitaciones para los solteros. Abrió la puerta principal con una llave que era un trofeo de grande y ante mi vista aparecieron infinidad de cucarachas, que con nuestra presencia se diseminaron y escondieron a gran velocidad en rendijas y fisuras de la pared. Se notaba que algún pintor de brocha gorda había dado alguna pincelada; más por el olor que arrojaba la pintura que por la uniformidad con que ésta había sido impregnada en la pared. Me enseñó el pabellón de la planta baja y me quedé petrificado al observar la cantidad de humedad que desprendían aquellas paredes. Dos habitaciones, un pequeño comedor y una diminuta cocina componían aquel habitaje inmundo. Así se lo hice ver al director, aunque es de suponer que él no tenía ninguna culpa.

La primera noche la pasé solo. A la mañana siguiente se presentó el cabo Leoncio Bares de Miguel procedente como yo de Lérida, casado y con dos hijos. Después llegó Sánchez, casado y con tres hijos. Más tarde se incorporó

Juan López Miguel, procedente del puesto de Almacellas. Y luego lo hicieron los solteros Eudilio Secane Rodríguez, Germán Freige Ferreiro y Antón de Frutos, todos de nuevo ingreso.

Ya con el puesto en marcha acompañé al cabo a visitar a las autoridades vivas de los pueblos de la demarcación: Alguaire y La Portella. Recuerdo que le expusimos al señor Giró, el alcalde que entonces regía los destinos del pueblo de Alguaire, la perentoria necesidad de la construcción de un nuevo cuartel. Él dijo que estaba en marcha un proyecto para la construcción de una casa cuartel en la carretera de acceso al pueblo, promesa que nunca se cumplió. En la primera revista que el jefe de la comandancia realizó al puesto dijo que ese puesto había sido concedido con la condición de que antes de dos años se edificara un nuevo edificio.

La primera consecuencia de la insalubridad del pabellón de la planta baja fue que antes de pasar un año el hijo pequeño del matrimonio que habitaba allí, una criatura de tres años, angelito robusto y precioso cuando llegó con sus padres y hermanas al cuartel, cayó enfermo y no hubo salvación para él. El médico dijo que la humedad le había afectado mucho y que aquel pabellón era inhabitable. No por eso se dio de baja y el guardia Sánchez continuó viviendo en el pabellón, pues los que lo mandaban no le dieron mayor importancia al asunto.

Un infierno para los presos

Como la paga era mísera, todos queríamos ir a las concentraciones establecidas en las centrales eléctricas, a la represión del estraperlo o al túnel de Viella, no porque se estuviera mejor sino porque se cobraba un duro más cada día, ¡y eso era paga de capitán! Salí concentrado para el túnel de Viella en el mes de noviembre. Aquella noche dormimos en Pont de Suert, en el hostel Cotoria. Con el coche de línea fuimos a Vilaller, donde desayunamos en la fonda Mas,

y nos fuimos hacia Viella con todo el equipo a cuestras: mantas, cartuchera, fusil, macuto atestado de ropa, mudas y un buen par de botas (que buena falta nos hizo).

En Vilaller había una señorita que tenía que trasladarse a Gausac, pues estaba destinada allí como maestra. La pobre chica se quería volver a su pueblo de Navarra, pero si no hacía la presentación perdía la plaza. Vio los cielos abiertos cuando se enteró que los guardias íbamos al túnel y nos preguntó si podía hacer el viaje con nosotros. “Sí, mujer”, le dijimos. “Es que tengo una maleta y aquí no la puedo dejar”; lo que quería decir que a ratos habíamos de cargar con la misma. La distancia de Vilaller a la boca sur del túnel no es menos de diecisiete kilómetros y a la boca norte, veintitrés. Hasta Gausac, ella tenía veintiséis. Hicimos todo el trayecto andando por la nieve. Salimos de Vilaller a las nueve de la mañana, pasamos por Bono y Aneto, y llegamos a comer a una fonda de Senté, donde nos dieron lo único que tenían: butifarra y patatas fritas.

Serían las seis de la tarde cuando nuestros cansados pinreles pisaban las proximidades del túnel. Dado lo avanzado de la hora, el cabo jefe del destacamento de la boca sur nos dijo que no podíamos continuar. Aquella noche la pasamos en el refugio u hospital, que así lo denominaban los habitantes de aquellos contornos, cenamos y dormimos en aquel refugio y a la mañana siguiente a cruzar el túnel, que fue más pesado que todo el trayecto anterior. El agua nos caía encima, en algunos sitios en cantidades horrosas. Nos dieron un traje de goma pero estaba lleno de rotos, y llegamos a la boca norte como un bizcocho en una piscina. Con aquella mollina y la temperatura que hacía no sé cómo no nos congelamos como una merluza en las Malvinas. La señorita maestra nos agradeció la ayuda y se fue a su destino, que se veía desde el túnel. No la volvimos a ver.

Nos presentamos al cabo García Castro, que había de ser el jefe del destacamento mientras durara la concentración, quien nos explicó la minuta del

servicio. Los trabajos del túnel eran realizados en su mayoría por presos políticos de la Modelo de Barcelona, en unas condiciones que dejaban mucho que desear. Estos presos estaban acogidos a la redención de pena por el trabajo, es decir, que de cada día trabajado se les bajaba la pena tres, pero ha de saberse que había muchos de treinta años de condena. Estaban instalados en barracones de madera que nosotros vigilábamos. Además, teníamos como



» Antonio María Escolar Pujolar. Dedicado a la abuela Regina el día de su santo. Año 1952.

servicio acompañar en los turnos a los que entraban al túnel y esperar el turno saliente, al que igualmente acompañábamos al barracón donde descansaban. Esto sucedió los primeros días. Después se comprobó que no se escapaban sin vigilancia: la gran cantidad de nieve y el insoportable frío no invitaba a exponerse.

La colonia de presos estaba regida por un jefe de servicios de la prisión Modelo, auxiliado por tres funcionarios. La comida no era abundante, y se quejaban de las condiciones del trabajo y de las horas que permanecían dentro de aquel infierno. Si alguno caía enfermo, en el barracón no tenían el menor sistema para no pasar frío: vi a uno que tenía, según me dijo, pulmonía y estaba completamente desasistido. Nosotros no podíamos intervenir, porque era responsabilidad de los empleados de prisiones. Recuerdo que tenían un barbero que también era recluso, valenciano de nacimiento, de unos cincuenta años de edad. Siempre que este señor necesitaba agua caliente para afeitarse, tenía que venir a buscarla a nuestro barracón, porque no tenían un triste brasero. Al mismo tiempo, los presos de la faena tenían que ir a buscar y cortar la leña para que en las dependencias del destacamento y viviendas de los funcionarios no faltara el fuego. Para transportar la leña pasaban mil fatigas y los pinos estaban cuajados de nieve que les caía encima cuando con el hacha los abatían.

El día 30 de enero, como otros días, salió de la colonia el convoy del suministro, que lo componían algunos reclusos, un funcionario, un capataz (un vecino de Vilaller que se apellidaba Franco) y varios mulos con sus correspondientes basters (albardas), con dirección a Viella, donde estaba el almacén de víveres. Normalmente el convoy estaba de regreso a las seis de la tarde pero serían las nueve y el suministro aún no había dado señal de vida. El jefe de prisiones lo puso en conocimiento del cabo Castro, quien nos ordenó a los guardias libres de servicio ir en su busca. Salimos cuatro guardias con el cabo, el jefe, dos funcionarios y algunos reclusos del turno de la mañana siguiente, provistos de palas, linternas y alguna botella de coñac. Hacía una noche que

jamás olvidaré: treinta y un grados bajo cero, con una ventisca que cegaba la vista. Yo pensé que de aquella no salíamos ninguno. Teníamos que abrirnos paso con las palas, de la cantidad tan enorme de nieve que había y la que estaba cayendo. Suerte del coñac, que nos reanimaba.

A las once aproximadamente divisamos en la hondonada y a unos dos mil metros una luz que hacía señas de su posición. Podía tratarse de ellos, pero nuestras posibilidades de llegar hasta allí eran escasas. Hicimos señas también con las linternas para que vieran que íbamos en su busca y auxilio. Nosotros llevábamos buen equipo de abrigo y botas, pero los pobres reclusos carecían de todo. Al fin vimos el motivo por el cual el convoy estaba detenido: un alud de nieve y piedras les sorprendió en la mitad del camino. Desgracias personales no se produjeron, pero más de un mulo sufrió las consecuencias. Ahora venía lo peor, los mulos que aún quedaban no podían salir de aquel atasco; y allí estaban el pan, la carne y otras viandas de urgencia para el mantenimiento de la colonia.

Para poder llegar donde estaba el suministro teníamos que atravesar el río Negro, que aunque estaba completamente helado, había peligro de romperse con nuestro peso. Digno de mención es lo que realizó un recluso navarro: cruzó medio descalzo el río, llegó donde estaban los del convoy y cuando regresó ya llevaba a sus espaldas un saco de pan. Se organizó el paso de uno en uno. El navarro llegó a rescatar cinco sacos de pan y la mayor parte de la mercancía llegó al campamento, así como los componentes del convoy. Los mulos quedaron en la hondonada y al otro día, que ya amaneció con la ventisca en descenso, fueron otros obreros a rescatarlos. Me acuerdo que cuando llegamos al barracón nos sacamos el capote y quedó plantado como si fuera de madera, pues tenía una corteza de hielo. Juramos no volver por aquellos parajes el día que lo abandonáramos. Desde luego yo no lo cumplí, porque desde entonces, que ya hace años, he vuelto más de una vez; ¡es tan bello aquel valle...!

La concentración en aquel dichoso túnel duró cuatro meses, todo el invierno de punta a punta. ¡Y qué invierno! Los trabajos en el interior de aquel embudo eran muy peligrosos y más de una persona dejó la vida. Yo conocí a dos pobres viudas que se dedicaban a lavar la ropa de muchos obreros, así como la nuestra, y a la limpieza de los barracones que no eran habitados por los internos. Cuando llegaba el verano también hacían algunos trabajos en Viella, pues se negaban a abandonar la tierra que cubría el cuerpo de sus maridos. La empresa les dejó habitar los cuartos del barracón de que disponían en vida del esposo. Eran las únicas mujeres que se veían en aquellos andurriales.

La empresa se llamaba Bullich, que era el apellido del jefazo de la misma, y decían que este señor vivía en Tárrega. En lo poco que de él conocí se trataba de una buena persona. Supe más tarde que la empresa hizo quiebra, pues el túnel se cayó. Ninguna empresa quiso después hacerse cargo de la construcción y tuvo que cogerlo Obras Públicas de Lérida (como si fuera del estado). Así se acabó uno de los túneles mayores de Europa en aquel tiempo, que está construido en piedra viva.

En la vertical del centro del túnel existe un lago, por lo que durante su construcción las filtraciones de agua eran numerosísimas y muy caudalosas. En el punto donde había más filtraciones se hizo bóveda artificial que vertía aquellas aguas en dos zanjas, que la conducían a una centralita edificada en el camino viejo de la vaguada que conduce a Viella. Cuando dicha central entró en servicio generaba la energía necesaria para los compresores de la destroza o avance. Además, ya no eran necesarias las mulas para arrastrar las mesillas o vagonetas con los escombros. La destroza era la parte o corte donde se daba la altura normal del túnel y el avance era el corte de altura media después del cale. Pocas veces estuve presenciando los trabajos, pues no resistía aquel tormento. No sé cómo podían aguantar los ruidos ensordecedores de los martillos de los compresores y aquella nube de polvo que los barrenos originaban.

Correrías en el puesto de Alguaire

Fui relevado de aquella concentración a finales de febrero o primeros de marzo. Recuerdo que ya no era tan crudo el tiempo y la nieve no caía con tanta intensidad. Otra vez en el puesto del Alguaire. Correrías, servicio de carreteras, puertas y demás componentes del servicio rural como vigilancia de mercancías en los coches de línea. Hacíamos la vista gorda, porque se trataba de cantidades pequeñas, la mayor parte de las veces propiedad del chofer o cobrador. Con sus ganancias engordaban el sueldo que, como el nuestro, padecía pulmonía doble.

A los dos meses de haber llegado de Viella, una noche el cabo nos dijo que tenía noticia de que un individuo de Benavent se dedicaba al estraperlo con un camión y que después de cenar saldríamos a la carretera de La Portella, que dicho “negociante” empleaba con frecuencia, ya que cargaba la mercancía en Albesa. Salimos hacia las diez dos parejas, el guardia López y Freige, y el cabo Bares y un servidor. Al llegar a La Portella la otra pareja se apostó en el camino de Corregó y nosotros nos situamos en la carretera dirección a Lérida, a uno quinientos metros de La Portella. Nos resguardamos en una rocas al lado de la cuneta, pues la noche era fresquita, y a esperar como el gato al ratón.

Serían las dos de la madrugada cuando detectamos una conversación de varias personas. Salí del refugio de las peñas y di el grito de “¡Alto a la Guardia Civil!”. Si hubiera sido un Miura seguro no corren tanto. Hice un disparo al aire con el fusil para que se detuvieran y cuál no sería mi reacción cuando uno de aquellos noctámbulos caminantes me contestó con un tiro de pistola. Entonces no tiré al aire sino al bulto, pero ya ni los veía porque la noche era muy oscura. Los perseguimos unos cuantos metros y lo único que vimos fue conejos, gallinas, patos que revoloteaban por allí. Ladrones de corral.

Cuando se hizo de día pudimos saber que aquellos animalitos pertenecían a

una señora de Albesa. Hoy en día no lo habrían hecho, porque un pollo no vale una caminata como la que se dieron. Entregamos los animales domésticos a su dueña; pero el pez del camión no picó el anzuelo. Supimos luego que aquel montaje del estraperlista de Benavent fue debido a un chivato de La Portella, para congraciarse con el cabo y operar igual que el otro, ya que mientras vigilábamos al del camión él lo hacía con caballerías. Como él había muchos y era imposible descubrirlos o sorprenderlos con las manos en la masa. El hambre era mucha y también la necesidad de ganarse unas pesetas.

Cuando el coronel del tercio se enteró de que en el percance del robo de las gallinas el guardia Escolar había efectuado tres disparos en contestación al uso de una pistola por los forajidos, se personó en el puesto de revista extraordinaria, acompañado por su teniente ayudante, el señor Tomé, y por el teniente jefe de la línea, el señor Belinchón. Al haber consumido munición, el jefe de la línea debía haber informado. Después de dar la bronca al cabo el coronel se dirigió a mí: “Que sea la última vez que en un caso como éste hace uso usted del arma, pues hasta que no le agujereen usted no puede repeler la agresión”. El teniente Belinchón me miró, dándome a entender que no hiciera caso de aquella garrafal advertencia. Cuando el coronel marchó el teniente me dijo que tantas veces como ocurriera un caso así, hiciera uso del fusil, y que allí estaba él, que era quien había de abrir la información.

Los franceses cruzaban huyendo de los nazis

Yo que no quería ver más el Valle de Aran, por lo mal que lo había pasado en el túnel, pero la comandancia ordenó que dos guardias del puesto de Alguaire y dos de Roselló debían concentrar en Bossòst, Así, junto a Germán, Freige y Ferreiro, salí de nuevo para el Valle. En esta ocasión nos trasladó un camión del Cuerpo, pues se trataba de una concentración importante: la Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo.

El puesto de Bossòst lo mandaba el cabo Aradilla, brutote de poca cultura y menos conocimiento de los deberes de un guardia civil. Nos alojamos como pudimos y se nos presentó enseguida el problema de la comida. El cabo dijo que allí no se comían más que farinetes y que cada uno se las arreglara como pudiera, que el cuartel no era el Auxilio Social²⁶. El delegado de abastecimiento era el alcalde; buena persona, pero dijo que sólo era propietario de una zapatería y que si no comíamos zapatos, él no tenía otra cosa. Los suministros a su ayuntamiento eran tan pocos que negras las pasaba para contentar al pueblo. “Lo único que les puedo dar a ustedes es café sin tostar, de lo cual tengo ocho sacos, y alguna pastilla de chocolate”. Al menos el desayuno lo teníamos asegurado. La familia del cabo Aradilla nos solucionó un poco el asunto, ya que una hermana del mismo tenía una carnicería. Nos vendía alguna carne y junto a las farinetas íbamos sacando el estómago adelante.

Teníamos que estar ocho horas en un paso al que llamaban el Puente del Lobo. En aquellas fechas empezaban a cruzar la frontera muchos franceses que venían huyendo de la presencia en su territorio de los alemanes; éste era el motivo del establecimiento de varios controles en pasos forzados, que así se denominaban. Otros estaban en El Portillón, Canejan, Les, etcétera.

Una mañana oímos por la radio que parte de la escuadra que estaba fondeada en el puerto de Tolón había sido hundida por los franceses. Lo hicieron, claro está, para que no cayera en manos de los alemanes que estaban a escasa distancia. Tolón está a una distancia enorme de donde nosotros estábamos y nunca pensamos que los alemanes cruzaran Francia tan rápidamente. Pero al poco tiempo los nazis ya estaban en la frontera española. Tanto es así que en el mismo Bossòst se presentaron dos land rovers con varios oficiales de las SS y de la Gestapo²⁷. Se puso en conocimiento de la dirección general en Madrid

26 Los farinetes son un plato catalán y aragonés típico del invierno y muy económico. Es parecido a una polenta de maíz, aunque pueden hacerse con otras harinas. El Auxilio Social era una institución de beneficencia ligada a Falange.

27 Las SS son una organización militar y de seguridad del partido nazi alemán que operó como un segundo ejército. La Gestapo era el nombre de los servicios secretos alemanes, al mando de las SS.

por medio de la emisora de radio y a las dos horas ya teníamos la orden de desalojar a los alemanes, invitándoles a que abandonaran el territorio español y recomendándoles que no pasaran más a España. Antes de marchar camino de Francia nos rogaron que les hiciéramos alguna visita, que lo agradecerían mucho. “Los visitaremos si los jefes nuestros lo autorizan”, les contestamos. No los volvimos a ver.

En ese tiempo el paso de personas por los controles huyendo de los nazis era impresionante. Como es de suponer, cruzaban la frontera clandestinamente,



»Martín y Lluisa, junto con su hermana Trinidad y su esposo Domingo (Mingo). Fiestas de fin de año. Final años 40.

en su mayoría acompañadas por españoles que conocían la montaña como la cabra montesa. Cuando se detenía a los evadidos, principalmente los carabineros, los entregaban a la policía en la aduana de Les, y el comisario señor Palomo los devolvía a Francia, para lo cual los entregaba a los alemanes. Esto era comentado por los guardias civiles y carabineros de los puestos de aquella zona fronteriza. El destino posterior de estas personas creo no debía ser un jardín de rosas. En mi puesto, lo puedo asegurar porque lo viví, muchas almas fueron las que detuvimos y sólo una persona, una joven francesa casada con un español, fue conducida ante la presencia de aquel energúmeno.

El guardia Rafael Chía Avalos, andaluz, y yo fuimos los encargados de llevarla a Les, a las dos de la madrugada; porque el cabo Aradilla nos lo ordenó. Como encargado de pareja, exigí al comisario un recibo de la entrega de aquella persona. Nunca entregué un detenido sin recibo de su entrega; de esta forma saldaba mi responsabilidad y acreditaba que el servicio se había realizado. El comisario, que estaba durmiendo cuando nos presentamos en la aduana, se levantó y extendió el recibo de la entrega. Yo le dije al compañero, “A ver si este tío tendrá cojones de entregar esta señora a los alemanes”. Si lo hacía lo sabría y si no la había de volver a ver, porqué a todos los evadidos se les concentraba en Viella desde donde el capitán ordenaba las expediciones. Aquella mañana salí a vigilar el coche de línea que procedía de Les. Efectivamente la referida señora estaba allí sentada, muy contenta por cierto, ya que se había marchado de Francia porque su marido, que también era un evadido huyendo de los nazis, hacía días que estaba esperándola en Madrid.

Nuestro cuartel se convirtió en refugio seguro

Otro día llamó por teléfono al cuartel el alcalde. Desde su terraza y auxiliado por unos grandes prismáticos, acababa de ver un grupo numeroso de personas que caminaba por un calvero del terreno con dirección a la vaguada

de Arres de Sus, pueblecito muy pequeño que está en el corazón de aquellas montañas, de los de más altura del valle de Aran. “Escolar, póngase las correas y con los guardias Frige, Muñoz y Chia, peinen ustedes la vaguada de Arres”. Me indicó dónde podíamos localizar a la partida de evadidos y fusil en ristre salimos.

Caminamos por sendas y vericuetos durante tres horas y, cuando ya estábamos acercándonos al fondo de la vaguada, di a los guardias orden de que se dispersaran más, con precaución y el arma a punto, pues ignorábamos si ellos también iban armados. Empezamos el peinado de aquella parte muy boscosa y al dar vista al fondo por donde discurría un arroyuelo, vimos un gran grupo de hombres que, sentados a la orilla de aquel aprendiz de río, devoraban algunas vituallas. Nuestra aproximación fue sigilosa y cuando se dieron cuenta ya tenían, como aquel que dice, las bocas de nuestros fusiles en los riñones. “Manos a la nuca y todos en pie”, ordené yo. Hubo más de uno a quien se cayó el pan de las manos, por cierto muy negro.

Entre aquellos jóvenes había uno que sabía hablar español y les dijo lo que debían hacer. Procedimos al cacheo. No llevaban más que alguna navaja o cuchillo que les era necesario para cortar el pan. Estaban temblando de miedo y cuando pregunté quién sabía hablar español salió del grupo con las manos en la nuca este chaval, que no debía tener más de los dieciocho años. Les dije que bajaran los brazos y este chico me manifestó su alegría, porque se habían pensado que éramos alemanes. No era extraño, porque el gorro de campaña que en aquellas fechas usaba la Guardia Civil era casi una copia del que usaban los alemanes. Les comunicó a sus compañeros que podían estar tranquilos y una sonrisa de felicidad se dibujó en sus temblorosos labios, con unas palabras, “Merçi, oui, oui, oui...”, que entendimos a la perfección.

Los franchutes recogieron sus escasas valijas, consumieron los pocos alimentos que les quedaban por suspensión de nuestra inoportuna visita, y en columna de a uno salimos de aquel bosque hasta llegar a una senda de pastores

que nos condujo al pueblo de Bossòst. Por el camino el chaval que hablaba español me explicó que su padre era natural de Seròs y estaba en Francia a consecuencia de la Guerra Civil española. La partida había sido organizada en territorio francés y con la ayuda de un guía cruzaron la frontera (el guía les abandonó tan pronto pisaron tierra española). El chico hablaba muy mal de los nazis y tampoco dejó en muy buen lugar a Pétain y Laval. Sin embargo, hablaba bien de Darlan y De Gaulle; cosa natural, al ser los opositores de los alemanes²⁸. Me contó la situación de los españoles exiliados, cómo eran tratados por el nazismo, perseguidos y deportados a campos de concentración. Y que ellos se habían confabulado para, una vez en España, pasar al África francesa²⁹ e incorporarse a las fuerzas del general francés; cuestión a la que el gobierno español no ponía pegas.

Llegamos al cuartel, los mandamos pasar a la sala de armas y yo mismo tuve que hacer los trípticos de todos y el inventario de lo que llevaban: dinero, joyas y algún objeto que valiera la pena reseñar. Los trípticos recogían todos los datos personales del individuo. Punto de origen y deseo de destino: todos decían África. Algunos pedían ingresar en la Legión francesa y varios pidieron el ingreso en la Legión española; siempre creí que lo hacían por estar más cerca y al tiempo librarse de la guerra (los que pedían la francesa habían de coger las armas a su incorporación y los frentes les esperaban). El hispano francés quedose en España, pues dijo no querer saber nada de guerras, además de ser muy joven.

Estos documentos se enviaban al jefe de la comandancia, al gobernador civil de la provincia y a la sección bis de estado mayor de Capitanía de Barcelona. Se hacían por cuadruplicado, pues otra copia quedaba archivada en el puesto. ¡Casi nada, las que llegué a confeccionar! Era cometido del comandante del puesto esta tarea, pero la había tomando conmigo. Suerte tuve con el español

28 Pétain y Laval aceptaron la ocupación nazi de Francia en 1940 y firmaron con Alemania un armisticio; y Darlan y De Gaulle llamaron a la resistencia.

29 Se refiere a los países del norte de África ocupados por Francia, en régimen colonial.

en segundas nupcias, que sirvió de intérprete; y la máquina de escribir era mi fiel compañera. Después de este trámite los evadidos eran conducidos a los hoteles o fondas de la localidad, hasta que había número suficiente para la expedición. Hubo de treinta, de cincuenta y de sesenta, según como lo dispusiera el capitán de Viella.

Tan pronto como los enlaces hicieron correr la noticia por el país francés de que la Guardia Civil no entregaba a los evadidos a la policía de Les, nuestro cuartel se convirtió en refugio seguro para aquellas personas que elegían su libertad de la operación de las fuerzas ocupantes, y que no tenían más remedio que pasar clandestinamente la frontera. No nos hacía falta salir del puesto para su detención o localización: los mismos guías nos los traían a las puertas del cuartel y a cualquier hora de la noche. ¡Cuántas noches me tocó dormir poco, debido a que tan pronto les introducíamos en la sala de armas tenía que darle a la máquina de escribir para los trípticos y demás zarandajas!

Nos tocó pasar el puerto a pie

A mí me tocó conducir la siguiente expedición. La noche a la que me refiero fue de las más movidas. Los guías debieron hacer un buen agosto, pues aquella noche el grupo era bastante numeroso y compuesto por personas de mediana edad. Recuerdo que entre los evadidos había un capitán de las reales fuerzas inglesas. Me explicó que era jefe de una escuadra de paracaidistas inglesa y que pertenecía a la resistencia francesa a partir de su lanzamiento en territorio francés (comprobé por sus documentos que no me engañaba en absoluto). ¡Qué regalito para los alemanes, si lo hubieran capturado!, pensé yo cuando le interrogaba. Hablaba el español deficientemente, pero lo suficiente para entenderle.

Dentro de los componentes de la partida había una sola mujer, francesa, que debía rondar los cincuenta abriles, elegante en sus ademanes y mascullando

el español; acompañada de su marido (así se identificó), de mayor edad. Llegó al cuartel con los pies llenos de ampollas y completamente hinchados (hasta sangre observé en ellos). Fue interrogada de las primeras y seguidamente alojada en el hotel Mases, pues la convenía más el descanso que un cocido. Acabé de realizar el trabajo de oficina cuando ya era bien de día. El capitán de Viella ordenó pasaportarlos a Esterri d'Àneu, a donde conducíamos todas las expediciones. Desde aquí otras parejas del Cuerpo los conducían a Lérida.

El cabo Aradilla me encargó la conducción de esta expedición. Llegamos a Viella a las nueve de la mañana, el capitán hizo algunas preguntas a los evadidos y me manifestó que el puerto de La Bonaigua estaba en malas condiciones para cruzarlo con vehículo mecánico, que el coche de línea no circulaba debido a la nieve y que se podía intentar requisando un camión en la población más próxima. Vi un camión cuyo dueño era de Betrén y le pregunté si podía hacer el viaje hasta Esterri. Dijo que con cadenas se podía intentar, pero que lo veía difícil. Pusimos el camión cerca del cuartel donde esperaba el grupo y les ordené que se acomodaran como pudieran en su caja. Una vez puestas las cadenas enfilamos con dirección al puerto.

Al pasar por Salardú un camionero nos dijo que cruzar la Bonaigua era imposible. ¡Vaya un problema que se me presentaba! Menos mal que en Viella habíamos cogido comida. Me preocupaba aquella pobre señora, que no tenía los pies en condiciones para emprender una caminata de aquella envergadura: nos separaban quince o veinte kilómetros de Esterri y todo el camino con nieve. Su marido dijo que la ayudaría hasta que sus fuerzas resistieran, y a pie emprendimos la marcha. Al llegar a la central productora pedí que me dejaran telefonar a València d' Àneu, pues conocía allí a un transportista. Le pedí que saliera con su camión a recibirnos hasta donde pudiera, aclarándole que estaríamos tres o cuatro horas cruzando el puerto, porque llevaba una mujer en no muy buenas condiciones. Me dijo que lo haría su chofer.

Con mil penas y trabajos llegamos a La Mare de Déu, un refugio que estaba

en la mitad del puerto, habitado por el cartero, que también se dedicaba a la confección de algún plato, principalmente carne a la brasa. En este refugio



»Vista general de Alguaire (Lleida). Al final de la calle asfaltada que se observa, a la derecha, esta la que sería la nueva casa, granja y almacén (señalada con una X). Al fondo la zona de regadío, la huerta.

repusimos fuerzas vitamínicas y a caminar, porque en aquellas fechas la noche aparecía pronto y lo que menos quería yo es que nos sorprendiera la oscuridad. ¡Cuántas veces hubimos de llevar a la espalda a la francesa! Serían las cinco de la tarde cuando avistamos el camión de València d'Àneu. Tuvimos una gran alegría, pues ya considerábamos el camino vencido. Subimos todos a la caja. Uno de los guardias me pidió le dejara ponerse en la cabina, ya que el mal de muelas que le hacían mucho daño y le afectaba a la cabeza. Le dije que por ir al lado del chofer no le marcharía el dolor y que la cabina era para la señora.

Llegamos a Esterri y la Guardia Civil de aquel puesto ya tenía un telegrama de la delegación en Barcelona re-expedido por la capitania de Barcelona, que literalmente decía: “Ruego que por las fuerzas a sus órdenes se den toda clase de facilidades para el traslado a este plaza del Capitán X poniendo a su disposición el medio más rápido taxi o coche particular; la delegación pagará importe”. Firmas, etcétera. Los componentes de la expedición se alojaron en los hoteles de Esterri. El marido de la señora francesa quería gratificarme por el comportamiento que habíamos tenido con su esposa, cosa que rehusé. Entonces me ofreció una tarjeta para que fuera a hacerles una visita si algún día, una vez acabada la guerra, iba a París. Tampoco se la acepté. Después me pesó, pero entonces no se pensaba en eso. Para regresar al puesto nos tocó pasar el puerto otra vez a pie, pero lo cogimos con calma y todo salió bien.

Así continuamos hasta que la concentración se terminó y otros guardias vinieron a relevarnos. El camarada Frige y yo regresamos al puesto de Alguaire, a la rutina de cada día.

Un pueblo en permanente centinela

Corría el verano de 1944, concretamente a primeros de junio. El mando montó una concentración en Sant Guim de la Manresana para la represión

del mercado negro. Sant Guim ofrecía muchas garantías para este comercio, por ser límite de provincia. Las guías provinciales de circulación de mercancías: cerdos, terneros, vacas, pollos, conejos y otras carnes, forrajes y cereales (pienso) tenían validez para circular dentro de la provincia. Sant Guim era la localidad donde se hacían más transacciones de estos artículos: una vez los géneros se depositaba en el pueblo venían los de Barcelona con guías de su respectiva provincia y cargaban en camiones la mercancía. Cuando te dabas cuenta ya estaban en su propia provincia, donde legalmente circulaban con su guía y nadie podía decirles nada.

Igual nos pasaba a nosotros con los negociantes de Sant Guim, que acudían a sus cuadras cargados de animales, se ponían de acuerdo con los compradores de Barcelona provistos de las guías de su provincia y durante la noche hacían sus transacciones; nada les podíamos decir porque les amparaba la guía provincial de circulación. Era difícilísimo sorprenderles, porque no escapábamos tampoco nosotros a su vigilancia, que era más efectiva: nosotros no nos jugábamos nada y ellos se jugaban miles de pesetas; nosotros éramos seis guardias y ellos eran un pueblo entero en permanente centinela.

Hicimos alguna aprehensión, pero de poca monta. Una fue buena: en la estación del ferrocarril aparcaron un día un vagón desenganchado de un tren de mercancías procedentes de Zaragoza, en una vía que por su situación nos infundió sospecha. Fuimos a ver si las tarjetas de embarque expresaban el contenido de la mercancía y no encontramos nada que indicara la clase de carga. Sin embargo el vagón estaba precintado. Invitamos al factor de servicio de la estación a que nos enseñara el contenido del mismo y nos dijera a la persona que se había de hacer cargo de su contenido. Confesó que se traba de un vagón cargado en Zuera, provincia de Zaragoza, que contenía diez mil kilos de trigo con destino al fabricante señor Canela, propietario de la harinera.

También sorprendimos a algunos vecinos de la comarca con carros en los que transportaban sacos de trigo, que manifestaban lo llevaban al Servicio

Nacional del Trigo, que el jefe de Panera ya lo sabía y que por lo tanto lo consideraban legal. El jefe contestó que no sabía ni pío, pero no nos lo tragamos. El servicio de vigilancia dio como resultado la intervención de varios cientos de kilos de trigo; el funcionario implicado quiso sobornar a uno de los guardias, pero se dio parte de dicho funcionario y no se le volvió a ver por Sant Guim.

Habían aparecido partidas del maquis

Estábamos en esta concentración como pez en el agua, pues el servicio no era duro y teníamos mucha libertad de movimiento. Hasta nos dedicábamos a la caza, bastante abundante en aquella zona y en aquel tiempo. Empieza a correr el rumor de que en los Pirineos habían aparecido partidas del maquis procedentes de Francia. Para desgracia nuestra pocos días después recibimos un telegrama que nos ordenaba abandonar la concentración y presentarnos en el cuartel de Lérida para un servicio especial.

Nada más llegar nos presentamos al jefe (el comandante Verges, leridano, pues el teniente coronel Del Valle Marijuan había ascendido a coronel). Éste nos dijo muy serio: “Mala papeleta les ha tocado a ustedes, a partir de hoy pasan a prestar servicio de vigilancia de huidos en la comarca de Tremp, concretamente van destinados como destacamento a Benavent de Tremp (en la sierra de Comiols, demarcación de Isona)”. Camino de Benavent, en Artesa, los guardias del puesto nos pusieron al corriente, pues ya habían detectado alguna partida por los montes. Si los maquis empleaban aquel paso, forzosamente habrían de pasar por delante de nuestras narices. Buena papeleta, pensamos. Serían las siete de la tarde, ya de noche, cuando llegamos al pueblo, un día de noviembre del año 1944.

Nos presentamos al alcalde, quien esperaba que el servicio durara poco, pues pensaba que aquello de los maquis era pasajero. Nos acompañó a la casa que

había de servirnos de alojamiento, situada en las afueras de la villa. Era una casa grande de nueva construcción y su dueño, el señor Juan Carulla, que también era el juez de paz, nos recibió agradablemente. Dijo que no nos habíamos de preocupar de nada y que su hija, que habitaba en la casa, casada y con hijos, se cuidaría de hacernos la comida, nos lavaría la ropa, haría las camas y limpiaría las habitaciones. Más que buena voluntad lo que aquella gente mostraba era su necesidad de protección directa, por miedo a los maquis. El viejo nos dijo que tenía un par de escopetas de caza y que era si era necesario también las emplearían. Se organizó el servicio de vigilancia con turnos de noche cada dos horas en la terraza de la misma casa, desde donde se dominaba estupendamente el paso forzado.

Pasaron unos días y allí no se veía ni una rata. A Isona llegó una compañía del ejército y al siguiente día nos visitó una sección al mando de un alférez. Iban de servicio de descubierta, bien pertrechados con fusiles, ametralladoras y bombas de manos. Cuando el oficial vio las espingardas o fusiles que teníamos nosotros se extrañó y nos dijo, “¿Qué danza van a hacer ustedes con esas cañas de pescar?”. “Es lo único que tenemos y dudo que nos la cambien”, le dijimos nosotros. “Diré al capitán que les provea de unas cuantas bombas de mano siquiera”. Se marchó con sus soldados y no lo vimos más; por lo tanto las bombas fueron de agua y jabón.

De vez en cuando salíamos en servicio de reconocimiento al bosque de Comiols, preguntando a los labradores y pastores si habían notado la presencia de alguna partida de huidos. No fue la contestación más frecuente, por miedo a las represalias de los huidos; eso es lo que les servía para su camuflaje y penetración en nuestro territorio. Algún pastor sí se quejó, porque le habían robado alguna de sus ovejas; que si no, nada habría dicho.

En cierta ocasión vino a casa de Carulla uno de estos pastores, diciendo que un grupo de unos treinta le había robado seis ovejas cerca de la Baronía de Rialb. Le prometimos dar una batida por aquel pago y al día siguiente por

la mañana partimos para el lugar indicado. Estaba bastante separado del pueblo, unos ocho kilómetros por caminos de herradura y vericuetos, que acababas con los pies hechos cisco. Examinamos la zona y hablamos con unos agricultores que estaban sacando patatas ocultas en zulos o escondrijos. No habían visto ni rastro de personas extrañas. Más distante vimos un pastor y cerca de donde apacentaba sus ovejas había una paridera. El guardia Sanabria sugirió nos acercáramos a preguntarle, a lo que el guardia primero contestó que no estaba dispuesto a caminar más.

Aquella misma noche se personó en la casa cuartel el pastor que habíamos divisado, quien nos manifestó que nos había visto y que sufrió lo indecible, porque en la paridera próxima a él había apostados ocho maquis con las metralletas esperando nuestra aparición. Según le dijeron los huidos, si



»Lluisa con su hijo Antonio y su amigo Josep Maria del “Sangre”. Palco del entoldado en la Fiesta Mayor. Año 1954.

hubiéramos intentado aproximarnos no habrían tenido más remedio que acabar con nosotros. Y lo habrían logrado, porque el armamento que ellos poseían era más seguro y efectivo que el nuestro.

A partir de aquel día poco salimos, pues sabíamos que si lo hacíamos éramos carne de cañón. Tengo que hacer constar que los maquis que merodeaban por aquellos lares no creo quisieran pelea, ya que huían de los sitios de donde sabían había Guardia Civil. Para sus desplazamientos empleaban la noche y por veredas y trochas nada frecuentadas, lo que demostraba que no querían enfrentamientos con fuerzas armadas. Para su avituallamiento entraban en los pueblos donde la vecindad era escasa y con malas comunicaciones, y pedían pan, carne... en fin, lo que pudieran darles. Las pasaban canutas, porque la gente cerraba las puertas a cal y canto, primero por el miedo y segundo porque la comida era escasa. Por eso robaban ovejas.

Una noche cundió la alarma en la pequeña villa de Benavent de Tremp hacia las once de la noche. Yo dormía en la habitación central del pasillo y la cama contigua la ocupaba el guardia Narciso Sanabria. Siempre tuve un sueño muy ligero y al menor ruido despertaba, así que sentí claramente las voces características de “¡Alto a la Guardia Civil!”, repetidas dos o tres veces por el centinela, y a continuación varios disparos. Narciso gritó, “¡Ya los tenemos aquí!”, cogió la pistola y salió al pasillo, pensando que estaban dentro de la casa. En aquel momento el yerno del dueño salía de su habitación con la escopeta en las manos, descalzo y a medio vestir. El guardia pensó que aquel hombre era un maquis, y si no hubiera sido por mi rápida intervención se lo carga. Quedó petrificado cuando le dije, “No tires, que es el dueño”. No estaba aún bien despierto y esto, junto al nerviosismo, le debió cegar la vista.

Pero volvamos a lo que en realidad fue una falsa alarma. Inspeccionamos la zona cercana a la casa y encontramos a un individuo que todo lo aclaró. En la parte norte de nuestra posición había una casa solitaria que durante el día se dedicaba a taberna, más que a cafetería. A las diez ya estaba cerrada, lo que

nosotros sabíamos positivamente, porque a partir de aquella hora nadie podía circular por el pueblo. Aquella noche se puso muy grave un vecino del mismo, creo que se habló de infarto, y como médico no existía, se ve que la familia acordó ir al bar en busca de una botella de coñac para reanimarlo. El hombre que fue a buscar la bebida pasó corriendo por delante de la casa y el guardia al divisarlo, ni corto ni perezoso hizo uso de la lengua y a continuación del fusil. Cuanto más chillaba el guardia, más corría aquel hombre.

Noticias de maquis extraviados

Pocos días más estuvimos en Benavent de Tremp, ya que fuimos requeridos por la autoridad municipal de Vilanova de Meià, no muy distante de Benavent en línea recta, y con el Montseny al fondo. Sierra pelada con algunos pequeños bosques de pinos y encinares de no muy fácil acceso; de esto supieron mucho nuestros pantalones y calzado, por las largas caminatas que nos tocó realizar. El día antes de nuestra llegada los maquis habían asaltado en pleno día las tiendas y panaderías, así como el cuartel de la Guardia Civil. Una de las tiendas asaltadas era propiedad del alcalde, y unas de las panaderías de un hermano suyo. Huelga decir que cuando el alcalde vio a aquellos inesperados clientes que con toda la tranquilidad escogieron los artículos y se llevaron llenas las alforjas, lo puso en conocimiento.

En el cuartel no hicieron más que cortar el hilo telefónico y llevarse algunas prendas y botas de los guardias; cosa que hicieron con toda la tranquilidad, pues los guardias estaban concentrados en Orgañá y allí solo estaban sus esposas y sus chiquillos. El alcalde dijo lo del cuartel primero, para que hiciera más efecto. Aquí ya no tuvimos que buscar casa, pues ocupamos el cuartel y convertimos la sala de armas en dormitorio colectivo, con camas que nos ofrecieron las esposas de nuestros compañeros ausentes. Pude comprobar que un puesto de la Guardia Civil sin sus números es un hospital robado. Volvió

a tomar vida el cuartel: los críos jugaban con más libertad y alegría, y las señoras empezaron a cantar por seguidillas, ya que la mayoría eran de la tierra de María santísima.

El servicio en este puesto era complicado. Tenía una demarcación estructurada que se había de vigilar con mayor celo debido a su gran extensión. Incluía a Montargull, Folquer, La Clua, Santa María de Meià y otros con sus correspondientes baronías³⁰, así que la mayoría de los días no quedaba en el cuartel más que el guardia de puertas. Todos los servicios se hacían en grupo, pues por parejas, de sorprender a alguna cuadrilla de huidos habría sido lamentable.

Un día se presentó en el pueblo un batallón de soldados al mando de un comandante y nos dijo que tenía órdenes de realizar unas operaciones de limpieza por aquella sierra, conjuntamente con otras fuerzas que saldrían de Tremp; moros y legionarios. Se constituyó en comandante militar de la plaza y nosotros pasamos a sus órdenes directas. Las compañías de Infantería ocuparían el flanco izquierdo y centro, y los guardias, junto con unos treinta paisanos voluntarios, ocuparíamos el flanco derecho. Todo el sector debía tener diez kilómetros en línea. A la hora indicada salimos hacia la ermita de Santa María de Meià y la parte derecha de la misma, el centro partió de las inmediaciones del pueblo de Santa María y el izquierdo en La Baronia de Sant Oisme, aguas arriba del pantano de Camarasa. Rancho en frío en las mochilas como si se tratara de una operación de guerra, de lo que yo sabía algo.

Peinamos aquellos montes y serían las tres o las cuatro de la tarde cuando avistamos a las fuerzas procedentes de Tremp, que al igual que nosotros no habían visto ni conejos, a pesar de que era terreno de ellos. Regresamos al puesto con el consabido cansancio y el camastro pagó las consecuencias. Los militares deambularon por aquellos parajes un par de días y levantaron el vuelo con dirección a Ponts.

30 Una baronía es una división administrativa de origen medieval que no tiene valor en la actualidad.

En una ocasión posterior nos dirigimos servicio a la ermita antes mencionada, pues tuvimos noticias de que habían visto por allí algunos maquis extraviados. Detuvimos a uno que, por cierto, no llevaba ni armamento; dijo que lo había tirado en las aguas del pantano de Camarasa. Le registré una mochila que en bandolera llevaba y no encontré más que una maquinilla de afeitar, una brocha, una camisa y unas patatas crudas. Me dijo pertenecía a una brigada del maquis español que se organizó en Toulouse (Francia), que según sus jefes toda Cataluña estaba ocupada por ellos y que sería un paseo la ocupación total de la nación. “Yo me di cuenta del engaño”, dijo, “cuando en las primeras localidades de la frontera, pueblecitos pequeños, no nos abrían ni las puertas. Siempre habíamos de caminar de noche y pedir por las casas como pobres de solemnidad”.

Al principio temió por su vida, pues se pensaba le íbamos a jugar una mala pasada. Había nacido y vivido hasta la terminación de la Guerra Civil en Rapariegos, un pueblo de la provincia de Segovia. Yo le dije que también era segoviano y su semblante cambió. Me insinuó si lo condenarían a muerte. “Si no ha tomado parte usted en ningún asesinato, de aquí a tres o cuatro meses podría estar en su pueblo”. Me dijo que lo único que había hecho era asistir con varios vecinos de su pueblo a la quema del templo parroquial. Lo condujimos a Vilanova de Meià y desde allí a Balaguer.

No sé qué sería de aquel pobre hombre. Cuando se le hizo el atestado manifestó que pertenecía a una brigada de treinta milicianos, que su jefe les llevó hasta las inmediaciones del pantano de Camarasa y les dijo, “Sálvese quien pueda, porque ya veis que no tenemos nada que hacer. Yo voy a ver si puedo llegar a mi pueblo a escondidas; el que lo desee que se vuelva para Francia”. Cuando le sorprendimos en el monte este individuo intentaba volver a Francia. Cada uno marchó por su lado y el mismo jefe les ordenó tirar las armas a las aguas del pantano. Y allí estarán, creo yo.

Dos días más tarde tuvimos noticia de que otro maquis rondada por las

inmediaciones de Santa María de Meià. Salimos tres guardias con dirección al pueblo y al llegar a las primeras casas nos dijeron que era verdad. Unos vecinos lo habían llevado a la entrada de la iglesia en un cañizo a modo de camilla, pues estaba herido en una pierna y no podía andar.

Tenía la pierna que era un desastre, tan hinchada que parecía que iba a reventar a la altura del muslo. Le preguntamos cómo se lo había hecho y de mala gana nos contestó que había caído por un precipicio, que los vecinos del pueblo le habían auxiliado y llevado comida durante dos días hasta que vio que no podía aguantar más en aquel lugar. “No se preocupe, que nosotros nos vamos a cuidar de que venga una ambulancia, lo trasladarán al hospital de Lérida y verá como le curarán”. Dijo ser andaluz y haber trabajado de minero en las minas de sal de Cardona, donde estuvo parte de la Guerra Civil, y que una vez entraron las tropas de Franco en Cataluña pasó a Francia.

Se veía lo que padecía y un guardia fue a dar cuenta a la autoridad militar de Balaguer por teléfono, para que enviaran una ambulancia. Le preguntamos por su familia para avisarles y nos dijo que no tenía a nadie y que lo que habíamos de hacer era acabar con él. Yo le dije que no matábamos a nadie, que para eso estaba la justicia y contestó que le era igual, que él ya se había llevado muchos por delante y que en ningún caso haríamos la paz. Achaqué su valentónada al estado crítico en que se encontraba. Lo acompañamos hasta que llegó la ambulancia y se lo llevó. Lo internaron en Balaguer, según dijeron los sanitarios.

Al día siguiente comprobamos que otra partida de unos treinta maquis había acampado en el Pas Nou, dentro del bosque. En el suelo había piedras en círculo, que debieron servir para asiento, y el fuego aún hacía humo y tenía rescoldo; también había latas de sardinas vacías y papeles de envolver. Debían ser las tres de la tarde. Dimos una vuelta por los alrededores, llegamos a las inmediaciones de San Salvador de Tolo y ni rastro; cuando notaban nuestra presencia se largaban. La batida era algo peligrosa, porque un pastor nos

había dicho en otra ocasión que por el Pas Nou se solían ver varias partidas de milicianos armados hasta los dientes, que empleaban el paso para internarse por la parte de San Salvador de Tolo. Regresamos al puesto ya de noche y, como siempre, con más ganas de coger la cama que la comida.

Esto ocurría el 11 de noviembre, día de San Martín, mi patrón; por eso no se me olvida la fecha. Yo no tenía que salir ese día, no por ser mi santo sino porque estaba de servicio de puertas. La casualidad hizo que el día anterior un guardia casado, un navarro que pertenecía al puesto de Algerri; había recibido carta de su esposa en la que le mandaba una foto de la única hija que tenía y que apenas conocía, porque nació cuando él estaba ya concentrado. Cuando le dijo el guardia primero que se pusiera las correas para salir al monte, comentó muy compungido, “¡Mira que si tuviéramos un enfrentamiento y me tocara la china, no podría ver a mi niña!”. A lo que le contesté, “No te preocupes, iré yo en tu puesto y tú te quedas de puertas”.

Centinela nocturno dentro mismo del cementerio

A primeros de enero desconcentraron a los guardias del puesto que estaban en Orgañá y nos relevaron. Ya nos tenía el jefe de la comandancia preparado un nuevo destino; esta vez a la comarca de Seo de Urgell a un pueblo que se puede decir estaba dentro de Andorra.

La concentración que habíamos salido de Lérida se diseminó por varios destacamentos. A mí me tocó Asnurri, pueblo de doce vecinos. La carretera no llegaba más que hasta Sant Joan Fumat (San Juan Fumar) y para acceder al aprendizaje de pueblo se empleaban mulos por camino de herradura. Así subí yo la maleta, pero a mí como a los demás nos tocó a pinrel. En aquel destacamento había un puesto de carabineros mandados por un sargento y el jefe del sector era el teniente García Prieto, que procedía del ejército así que del servicio de la Guardia Civil estaba pez canutos; percebe limpio. Él estaba más

que orgulloso de mandar aquellas fuerzas, porque no tenía que tratar con mandos superiores y además mandaba un sector de fronteras, lo que para él era fardar de lo grande.

Dicho teniente me alojó en una de las pocas casas de aquel villorrio. Pertenecía a Juan Aché y en ella vivían su esposa, los padres de la señora y un hermano de veinte años de edad que se dedicaba, yo creo, al contrabando con Andorra.



»Juanito con el tío Lluís y la tía Trini, hermanos de nuestra madre, Lluïsa Pujolar. En Manresa la fiesta de la palma.

Medio de vida éste que era normal en aquellos pueblos, pues no había ninguna industria ni trabajo para el empleo de los pocos jóvenes que por allí mero-deaban. Teníamos luz eléctrica las dos primeras horas de la noche; después el carburo y el aceite eran los auxiliares, así que si no teníamos servicio teníamos que ir a dormir como las gallinas. El servicio preferente era un centinela nocturno dentro mismo del cementerio (que por cierto no tenía ni tapia) relevado cada dos horas; porque el único camino que comunicaba Asnurri con Civis pasaba tocando este lugar.

No lo pasábamos mal de servicio, pero de comida sí que añoraba el imperio que teníamos en Vilanova de Meià. A mí no me ha gustado nunca la leche y allí hasta la hora de la comida, que también dejaba bastante que desear, no me tocaba nada más. La comida cada día se concretaba a lo mismo: vianda, que decían ellos, que era una especie de cocido, que te lo servía aquella pobre señora y que para mí de cocido no tenía más que lo caliente. Claro que nos cobraban poco, cinco pesetas diarias. El teniente y el señor cura abatían con sus escopetas algún conejo, y si la cacería había sido abundante nos daban uno.

Estando aquí conocí lo que era el servicio de Vigilancia de Fronteras y Contrabando. Por aquel entonces lo más rentable para los matuteros era introducir en España ruedas de coche o camión que procedían de Andorra. El que lograba pasar una rueda ganaba más que nosotros en todo el año. Este servicio era reservado a los carabineros y el nuestro se limitaba al paso clandestino de personas, pues Andorra era refugio de los huidos. Este principado también fue ocupado por fuerzas de la Guardia Civil procedentes de Madrid. Costó convencer al síndico y a los copríncipes español y francés, pero se logró³¹. Llegó una compañía expedicionaria mandada por el capitán Rodríguez Cueto y Andorra se llenó de guardias civiles que limpiaron el diminuto país sólo con su presencia.

31 El síndico ejerce como presidente de Andorra y es nombrado en acuerdo entre España y Francia.

Ya empezaba yo a estar harto

Ya empezaba yo a estar harto de tantos desplazamientos y servicios fuera de mi puesto. Tenía la novia en Alguaire y pasaban meses enteros que no la veía, pues los permisos siempre estaban suspendidos. El servicio cada día era más incómodo y se empezó a gestar en mi interior la salida del Instituto. Otra razón importante era el poco sueldo que cobrábamos: mi paga mensual, al igual que la de mis compañeros, era de la irrisoria cantidad de trescientas pesetas al mes y de éstas quita los descuentos correspondientes de mutua, casa, etcétera. Había meses que recibía en mano doscientas cincuenta pesetas. Díganme los entendidos y economistas las ecuaciones de álgebra que yo había de hacer para estirar aquella cantidad durante treinta días; y eso que la pensión era relativamente barata y algo quedaba para el lavado de la ropa, tabaco y algún cafelito. De centros de diversión no hablo porque lo teníamos prohibido, pero si no hubiera sido así habríamos tenido que entrar por la puerta falsa.

Pedí permiso al teniente para que me dejara ir al puesto a buscar la paga, ya que a Asnurri no me la podían enviar. Una vez en Alguaire le conté a mi novia mis intenciones y se llenó de alegría, ya que a ella no le gustaba mucho la vida militar y menos las mezclas de un cuartel. El problema era dónde me metería yo, que como aquel que dice no sabía hacer nada más. Salimos de paseo por la carretera y al llegar a las inmediaciones de la harinera encontramos a su dueño, a quien saludé sin más. Él me dijo a continuación que si me iba de la Guardia Civil me daría trabajo, pues le marchaba el escribiente a vivir a Lérida; y que si yo lo aceptaba no lo diría a nadie más. Me dijo que tenía tiempo hasta mayo para pensármelo y así nos despedimos. La oferta no cayó en saco roto.

Recogí la paga y marché a incorporarme al destacamento de Asnurri. Al pasar por el cuartel de Seo de Urgell un guardia me comunicó que habían detenido al guardia navarro Bernardino Gorraiz, que había estado concentrado conmigo en Sant Guim. Este guardia había sido destinado al destacamento

de Guils del Cantó y se le alojó en casa del alcalde, gente de buena posición social. Allí también fue destinado el guardia navarro a quien yo libré del servicio del Pas Nou.

Nunca en la Guardia Civil había oído una cosa parecida: aprovechando un descuido del dueño de la casa, este guardia se apoderó de catorce mil pesetas que tenía en un cajón del armario. Lo que menos pensó el alcalde es que el ladrón fuera él. Su compañero de destacamento le acosó a preguntas hasta que confesó que lo había escondido en una tapia fuera del pueblo. Fueron los dos a recuperar el dinero pero allí ya no había ni cinco. Con las mismas, el compañero puso el caso en conocimiento del capitán señor Mur y éste ordenó la detención del ladrón. Entré en la sala de armas para verle, se puso a llorar y estuve hablando con él unos momentos.

El comandante Verges había venido a la Seo de revista extraordinaria. Al verme me preguntó qué hacía yo allí y le contesté que acababa de llegar del puesto de Alguaire de recoger mis haberes y que saldría hacia Asnurri en unos momentos. “No”, me ordenó, “usted solo, sin más escolta, lo conducirá a Lérida mañana por la mañana en el coche de línea para ingresarlo en prisión”. Me quedé helado; no lo habría hecho por nada del mundo pero no me podía negar. A la mañana siguiente, él sin correa ni tricornio, y yo, ocupamos dos asientos en el coche de línea y otra vez para Lérida. Bueno, me dije, volveré a ver a la novia, que estará contenta ya que no me espera. En el coche iba un sacerdote y el guardia me pidió ponerse a su lado. Sabía que era católico, como son la mayoría de los navarros, y se lo concedí. Todo el camino desde la Seo a Lérida se fue confesando o desahogando. Supe después que una vez estuvo en libertad se tiró al tren y acabó con su existencia.

Pasé dos días más en el puesto de Alguaire y la novia no paró de decirme que marchara de la Guardia Civil, que aquello no era vida. Cuando me incorporé a la concentración, otra vez a la vianda y a la leche de las mañanas, pero paciencia que la noche es larga. Fueron pasando los días, hasta que en el mes

de febrero del año 1945 determiné solicitar la rescisión de compromiso en el Cuerpo. Me la concedió la dirección general con fecha del 5 de abril del mismo año. Es así como terminó mi profesión de guardia civil, con una hoja de servicio más limpia que una patena. Esa fue mi vida militar en el ejército y en las fuerzas de seguridad del Estado. Tiempo de permanencia en la Guardia Civil, cuatro años y un mes; tiempo de permanencia en el ejército, cinco años. ¿Son suficientes?

IV. ADIOS A LA GUARDIA CIVIL. ESTRAPERLO EN LA HARINERA

“El verde trigo de la noche espera el sutil rocío...”

Pasé a ser el perseguido

Pasé a la vida civil con veintiocho años de edad, soltero y con domicilio en La Mata de Piñana, colonia textil perteneciente al término municipal de Alguaire (Lérida). Aquí había conocido a la que después había de ser la madre de mis hijos. Sus padres regentaban el economato de la empresa Mata y Pons, que constaba de tienda de comestibles, vinos, carnicería y panadería; mucho ruido y pocas nueces, como ya expresaré a su tiempo. También los guardias solteros teníamos allí nuestra media pensión, pues por seis pesetas diarias mi futura suegra nos daba las tres comidas del día. Era una gran cocinera, pues sabía hacer una tortilla francesa para tres con un huevo solo. Supe después la trampa y no se lo critiqué, porque las seis pesetas no debían darle ni para la compra de una escoba.

Cuando salí de la Guardia Civil seguí viviendo en la colonia: en casa de mi novia me habilitaron una habitación y allí dormía, comía y festejaba. Todo lo tenía allí menos el trabajo: cada día había de recorrer los dos kilómetros que separan la colonia con la fábrica de harinas a lomos del acero de mi bicicleta. Era la misma bicicleta que me compraron cuando trabajaba en Vías y Obras de Renfe; tan pronto dije a mi abuela que me la enviaran les faltó tiempo para

cumplir mi petición.

Cambió mi vida como de la noche al día. De agente oficial en la persecución del estraperlo pasé a ser el perseguido, claro está que con un poco de influencia por tarde de mis antiguos compañeros; que siempre me tuvieron algo de consideración. De vez en cuando me tocaba llevar a casa de mi futuro suegro



»Antonio vestido de monaguillo (escolar... escolanet). 1954

en la bici cincuenta kilos de harina. Como todas las panaderías de aquel tiempo, ellos hacían dos clases de pan: el negro (de harina integral legal) y el blanco (de harina no integral no autorizada)³². Realizaba la faena siempre de noche y vigilando para no ser sorprendido por los encargados de la represión de dicho comercio, de lo que yo sabía un rato largo.

Yo no hacía el estraperlo para engordar mi peculio, sino a las órdenes de mi patrón, el señor Piqué, que de esta actividad sabía un rato. Como reza el dicho, “Quien paga manda”. Mi sueldo mensual en la Fábrica de Harinas del Segriá (así se denominaba la razón social) ascendía a cuatrocientas pesetas; cien más que no ganaba en la benemérita y sin descuentos de ninguna clase, dos pagas extras y alguna gabela que siempre salía. Total, que ahorraba alguna pesetilla, pensando en que pronto había de formar una familia y un rinconcito en la libreta de ahorros era un buen aval.

En julio de 1945 empezó la campaña triguera. El abastecimiento de la fábrica se lograba haciendo las compras al Servicio Nacional del Trigo, organismo que dependía del Ministerio de Agricultura. El documento denominado “C-8” acreditaba al fabricante que el importe de la compra se había ingresado en la cuenta de este servicio. Con dicho documento el jefe de Panera entregaba el trigo y reflejaba la entrada en el libro oficial de movimiento de trigo y harinas, con los subproductos (el salvado y restos de limpia). Aquella cantidad servía para cubrir las órdenes de entrega de harina a los panaderos, que extendía la comisaría de Abastecimientos y Transportes. ¡Cuánto fraude pude ver en estos trapicheos, madre mía! Conocí a algunos señores que le vendían al mismo fabricante la harina destinada para el racionamiento de la población, así como jefes de hermandades sindicales que vendían el trigo destinado a siembra a precios tres veces más altos que el de coste³³. Pero yo a callar, porque me iba el chusco.

32 La harina blanca requiere más elaboración y por lo tanto es más cara.

33 Sobre estas hermandades se hablará luego.

Había un secretario de ayuntamiento que cada vez que le llevaba los cuartos de la estraperlada, me gratificaba con 50 ó 75 pesetas. Desde luego yo lo agradecía, porque me ayudaban a subir la cuesta del mes. Otro no lo habría podido hacer mejor, ya que él recibía las órdenes de retirada de la harina de la fábrica. Si lo vamos a analizar, igual infractor era el vendedor que el comprador, porque los dos hacían una operación fuera de la ley.

Yo me reconozco cómplice sin participar en el festín. Era el tiempo de la escasez y las privaciones, y quien tenía la paella por el mango era el que mejor hacía los guisos; según el cargo que desempeñaba así era la cuantía de las trapisondas. Cumpliendo con el trabajo de oficina y ocultando lo que podía las infracciones de mi patrón llegué al año siguiente, en que acordamos fecha para la celebración de nuestro matrimonio. Fue fijada para la segunda quincena del mes de mayo de 1946.

Mi futura esposa empezó a prepararse la ropa y demás condimentos y mi suegro encargó al ebanista del pueblo los pocos y más necesarios muebles que habían de decorar nuestro futuro nido. El presupuesto ascendía a tres mil pesetas y se componía de una cama, un pequeño armario, dos butacas, seis sillas, una mesa y un bufet. Mi madre, a la que puse al corriente de la fecha del acontecimiento, empezó a mandarme algunas ropas que había comprado tiempo atrás, cuando estaba de matrona en La Línea de la Concepción: mudas interiores, mantas, sábanas, pijamas, calcetines, pañuelos y demás aditivos, que mi novia puso a buen recaudo en el armario de soltera que poseía³⁴.

Primer feliz viaje en matrimonio

El día señalado nos unió en matrimonio el cura párroco de Vilanova del Segriá, don Marcelino. No lo hizo el párroco del pueblo porque en aquella fecha estaba ausente. El banquete de bodas se efectuó en la casa de mis suegros,

³⁴ Caras y preciosas prendas para aquel tiempo, que había comprado en Gibraltar.

que era bastante grande; y al término del ágape salimos con dirección a Lérida, primera etapa de aquel feliz viaje. La primera noche la pasamos en la pensión Segre, enclavada en la calle Anselmo Clavé. Al día siguiente y utilizando el tren como medio de transporte, nos presentamos en Manresa, de donde mi ya esposa era natural. Pasamos la segunda noche en casa de unos amigos que asistieron a la boda, los Esparbé, que tenían una imprenta, de igual nombre. Era obligación perentoria visitar el monasterio de Montserrat, a un paso de Manresa. Por la tarde con el tren cremallera, que era una institución, nos trasladamos a la estación de Monistrol y un tren de cercanías nos llevó a Barcelona, que es bona si la bolsa sona.

Un maletero nos acompañó a la pensión Urgell, económica y no muy distante de la estación, cuyos dueños eran leridanos. Tomamos posesión de la habitación, quedamos de acuerdo en el importe de pensión completa, salimos a dar un paseo y pronto a cenar, pues empezaba a oscurecer. La cena no estuvo mal por el precio y a dormir; mejor dicho, a jugar a la gallinita ciega un ratito y a dormir. Pasamos cuatro o cinco días maravillosos, paseando por el puerto, las Ramblas, la plaza Real y demás. Quedamos saciados, no así de los espectáculos, porque la perdiz de la cartera se iba quedando afónica y cada día cantaba menos.

Salimos después en tren con dirección a Madrid. En la capital de España tenía yo suficiente familia para agasajarnos y darnos cobijo todo el tiempo que hubiéramos deseado. Mis tíos tenían un restaurante en la calle Juanelo número 13, que aún hoy existe. Mis parientes lo traspasaron al fallecer mi pobre tío Teófilo, que siempre demostró querernos mucho. Nuestra tía en realidad era su esposa Leandra, hermana de mi madre, a quien nunca podremos pagar lo que por nosotros hizo a la muerte de mi padre.

En Madrid fuimos a más de un teatro, porque el presupuesto destinado a comida y cama nada nos costaba. Y también a Valdemoro, donde yo tenía un primo hermano que era músico de la banda del colegio de Guardias Jóvenes;

hijo de mi tía Piedad, que entonces vivía en Bernardos. No quise regresar a Barcelona sin que mi esposa conociera el pueblo que nos dio cobijo parte de mi juventud. Primero que nada fuimos a visitar el santuario ermita de la Virgen del Castillo, patrona de Bernardos y especial devoción de sus habitantes. Está a unos tres kilómetros del pueblo en un cerro de una belleza incomparable, rodeada de inmensos encinares bañados por las aguas del río Eresma, afluente del Duero que nace en las inmediaciones del santuario de la Virgen de Fuencisla, patrona de Segovia.

Allí pasamos días de convivencia y sabor familiar, para regresar a Madrid e inmediatamente a Lérida: el permiso de la empresa empezaba a agonizar y la cartera ya casi estaba difunta: al llegar a Lérida el capital de reserva ascendía a tres pesetas con setenta y cinco céntimos, lo justo para el billete del coche de línea a Alguaire. Suerte que al llegar me esperaban las cuatrocientas pesetas del mes y algún regalo de acción retardada, que bien nos vino para empezar la batalla por la vida.

Convenimos montar una carnicería

Mi esposa tenía el oficio de carnicera, practicado durante años en su casa, y le gustaba el trabajo; así que convenimos montar una mini carnicería en el pueblo. Si resultaba, ya era una ayuda más a la causa, y eran tiempos de no amilanarse. En los bajos de la casa de alquiler había un localito que, aunque pequeño, podía servir. Hablamos con la dueña y ajustamos el precio en treinta pesetas mensuales. Mi suegro nos compró unas balanzas, reparamos el mostrador (pues en tiempos hubo una farmacia), se compraron cuchillos y el carpintero nos hizo el banco de matar.

Yo compraba los corderos y hasta llegué a comprar a ojo sin equivocarme. A mí, que no había matado una mosca, me tocó matar los corderos cada día. Cuando había de matar se me ponía una nube delante de los ojos; me

causaba pena ver aquellos animalitos que aun no les ponía encima del banco ya torcían el cuello como diciendo, “Va, clava el cuchillo cuanto antes y no me hagas sufrir”. Nunca maté uno con los ojos abiertos. Aunque para mí era un calvario lo tenía que hacer, pues a mi esposa le agradaba mucho aquel pequeño negocio.

Los primeros días contábamos hasta lo que valía una servilleta. En realidad no se trabajaba más que por los menudos (panza y patas, hígado y piel) y, si se descuidaba en el peso, ni eso. Entonces en los pueblos había mucha competencia. En un pueblo como Alguaire éramos cinco carnicerías y no había manera de arreglar los precios, porque todos queríamos vender cuanto más mejor; error que no comprendían.

En Lérida yo tenía algunas amistades con restaurantes que consumían bastante carne de cordero. Uno estaba junto a la estación, Casa Luis. Un día que fui a Lérida a por cosas de la fábrica de harinas lo visité y le planteé el asunto. “Hombre, ahora estoy comprometido; cada día me sirven carne, y buena”, me contestó. Le insistí en que probara con la mitad del cordero. Se quedó pensativo y me dijo, “Mira, vamos a hacer lo siguiente: un día sí y otro no me bajas cinco o seis kilos de costillas”. Le pregunté qué haría yo con cabeza, cuello y demás desperdicios. Al final aceptó lo que yo le planteé y convenimos el precio y días a servir.

Me aseguró que si pasaba algo con los de Tasas o Abastos, él no quería ninguna responsabilidad. Le prometí que me haría cargo de todo y que no cobraría hasta que la carne estuviera en su poder. Como en Lérida lo vendía a buen precio no me importaba el riesgo. Desde casa Luis me trasladé al Moderno de la calle Clavé, donde también tenía un poco de recomendación. Con más pena que trabajo logré vender otro medio cordero al mismo precio que a casa Luis. Aquello me suponía un ingreso de unas cien pesetas cada dos días, así que si no me la intervenían ganaría más que lo que en la fábrica. Preparé la burra (bici), ajusté en el portabultos un capazo que tenía espacio suficiente

para albergar un cordero, ¡y a la faena!

Salí de casa a las tres de la madrugada, era verano y en la bici no faltaba de nada: tubular de recambio, parches, llaves... Al llegar donde el vigilante de consumos éste me paró y me preguntó por lo que llevaba en el portabultos. Le dije que iba al trabajo y se lo tragó. Llegué a los puestos del despacho de la carne, lo entregué y la miraron. Como era la primera entrega no me extrañó su desconfianza. Cuando me la pagaron ambos, pitando para Alguaire, que a las ocho había de entrar al trabajo en la fábrica. “Ya me he ganado el jornal”, le dije a la esposa cuando llegué a casa; y le di los cuartos.

Muchos fueron los viajes que realicé a Lérida con la bici, porque aquello fue en aumento. Un día el vigilante de los árbitros municipales me amenazó diciéndome que si no le llevaba un kilo de carne me denunciaría, y le prometí que el próximo viaje le haría un regalo. No pasé más por allí, pues descubrí otra entrada a Lérida por el secano de Sant Pere. Aquel se quedó sin lo prometido como yo me quedé sin abuela.

Mi esposa quedó embarazada y cuando su estado era ya bastante avanzado tuvimos que tomar la determinación de cerrar la carnicería. Era imposible que ella la pudiera atender. Además vivíamos en un segundo piso y las escaleras para ella no eran recomendables. No me causó el más mínimo disgusto pues en verdad nunca me gustó el oficio de carnicero. Sin embargo, a mi esposa le costó mucho dejar lo que era para ella una vocación.

El dueño fue dejando las cosas a mi cargo

El trabajo en la fábrica ya en campaña era más activo. Al señor Piqué no le gustaba estar al frente del negocio y fue dejando las cosas a mi cargo. En un principio no sabía cómo resolver las visitas de inspectores del Servicio del Trigo o de agentes de Tasas, que a menudo querían saber los movimientos de

mercancías y preguntaban por el dueño. Yo tenía que decir que estaba ausente y ellos no se lo creían. Miraban los libros y comprobaban las existencias, que yo tenía mucho cuidado en que cuadraran. Cuando fui más veterano entendí que el jefe les había prometido alguna cosa.

Recibiendo el trigo directamente del agricultor y no del almacén del Servicio Nacional se podía evitar un gasto. Como el jefe de Panera (el señor Rodríguez)



»Bautizo del Manél Escolar Pujolar. En la foto aparecen sus dos hermanos, Joan y Antonio, junto a su padre, la abuela Brígida (madre de nuestra madre), la tía Trini, el Mingo, y la Juanita, prima por parte de nuestra madre.

tenía autoridad suficiente para permitirlo, se le planteó el caso y puso como condición una gratificación, ya que el fabricante se iba a ahorrar muchos cuartos en el transporte y el envasado. Le pregunté cuánto se le había de abonar por kilo que entraba y contestó que ya me lo diría en su próximo turno de recepción. No se fiaba del fabricante, al que tenía por un charlatán, y no estaba dispuesto a perder su profesión si él se chivaba.

El día de la recepción me trasladé al almacén, separado de la fábrica por unos cuantos metros, y le pregunté al jefe de Panera si estaba decidido a autorizar la recogida en fábrica. Me dijo que lo concedería si yo le entregaba los dineros que él pretendía, siete pesetas y media por quintal métrico de trigo recibido en fábrica; recalando que el trato lo hacía conmigo, pues con el fabricante no quería saber nada. A mi patrono le pareció bien. Para nosotros representaba un ahorro de más de diez pesetas y nos evitábamos mucho trabajo. Aquella campaña fue de maravilla. Con el trigo de canje, el que los agricultores entregaban para su racionamiento en harina, se hicieron los mismos tratos.

Tras la campaña del 45 al 46 vino el precintaje de la fábrica. Ya no podía trabajar hasta la próxima, pues así estaba legislado. Entonces venían los trabajos de cría de cerdos. El patrón tenía cientos en la finca de su propiedad, donde también hacíamos trabajos de labor. Yo poco asistía a ellos, pero algunas veces lo hacía por no aburrirme, ya que en la fábrica no había más movimiento que alguna venta de desperdicios y reparación de alguna máquina. En estos casos también ayudaba al molinero.

El pan envenenado

Un acontecimiento extraordinario vino a pasar a últimos del mes de enero. Aquel día muy temprano me dijo el patrón que había de servir a un panadero de la villa mil kilos de harina que él ya había cobrado. Serían las diez de la mañana cuando se presentó en la fábrica un carro con el encargo de llevarse

la harina para el panadero. Ordené a unos mozos que le cargaran diez sacos de harina, los obreros fueron de prisa, porque la harina era de estraperlo y no convenía tener el carro allí si se presentaba algún inspector.

Al día siguiente se celebraba en el pueblo la fiesta de Santa Águeda; la regían las mujeres y se habían anunciado grandes bailes, por lo que nada más concluir la jornada marchamos a casa deprisa. Al llegar a casa me dijo la mujer, “¿No sabes qué se dice por el pueblo? Que mucha gente está enferma porque el pan de Casa Boldu está envenenado. Seguro que el pan no era del racionamiento, así que si le vendisteis harina ilegal”.

Nos arreglamos un poco mi esposa y yo y salimos de casa al baile. Aproximadamente a las diez regresamos. Hacía frío, encendí la estufa, mi mujer calentó en un hornillo de gas Firpe la cena y cuando nos disponíamos a dar final a la misma llamaron a la puerta. “¿Quién será a estas horas?”, dijo mi esposa. “Alguien que quiere bajar trigo de estraperlo para que le hagamos alguna saca de harina”, dije yo; pues era cosa corriente. Bajé las escaleras, abrí la puerta y ante mí había dos policías que me dijeron de sopetón que quedaba detenido y que les había de acompañar a Lérida.

Pregunté el motivo de mi detención y con no muy buenos modales uno de ellos me contestó, “Ya te lo dirán en Lérida”. No me amilané y le dije, “Si usted no me dice por qué, le ruego que me deje tranquilo”. El que aún no había intervenido me dijo: “Usted es un fresco y en Lérida le va a desaparecer la frescura”. Me excitó y les dije, “Mientras yo no vea una orden que explique por qué me detienen, ya lo he dicho que no me muevo de mi casa”. Mi mujer ya estaba llorando en la escalera con el consabido disgusto. Entonces uno de los policías me dijo si no estaba enterado de que la harina por mí despachada el día anterior a un panadero de la localidad de apellido Barberá, alias Boldu, había ocasionado varias intoxicaciones y que había personas en estado grave. Me enseñó la orden del comisario y les pedí me dejaran subir para coger una manta. Mi conciencia estaba tranquila, pero ignoraba lo que podían durar

aquellas diligencias y sus consecuencias. En esos tiempos aún se hablaba mucho de rojos y blancos y, si la encaminaban como un acto de sabotaje, la cosa iría para largo.

Antes de enfilear la carretera a Lérida pasamos por el domicilio del empacador de la fábrica, que también fue detenido. Ya estamos en Lérida. “Día de Santa Águeda, fiesta de las mujeres y martirio de unos hombres inocentes”, dije a mi compañero al entrar en comisaría. En una habitación contigua al despacho del comisario estaban el panadero, el fabricante (nuestro patrono) y el segundo molinero. Al pasar delante de él me dijo, “Yo no sé nada, a ver qué decís vosotros”. Lo que indicaba que de allí había de salir un chivo expiatorio y él no quería ser tal. Bien arreglado, si piensas que yo he de cargar con el mochuelo sin comerlo ni beberlo, me dije para mis adentros. Tú, los verdes en el bolsillo y nosotros, las colillas; no está mal.

El comisario estaba sentado frente a una mesa llena de papeles, que supuse eran las declaraciones de los demás presuntos implicados. Con cara de pocos amigos un policía empezó el interrogatorio, dirigiéndose a Miguel Triguell, el empacador. “Usted, ¿qué sabe del asunto que en estos momentos nos ocupa?”. “Yo no sé nada”. Dispuesto estaba el poli a largarle un mandado, y ya veía yo a mi compañero cuerpo a tierra, pues a la mínima le habrían flaqueado los escuálidos pilares que le aguantaban derecho. El comisario frenó la brutal acción de aquel agente y continuó el interrogatorio. Mi compañero se justificó diciendo que él lo único que hacía en la fábrica era llenar y pesar sacos de harina y que no sabía nada de nada. Aquel agente me miró como diciendo, “ya me debes dos” y observé la maldad en sus ojos. El comisario le hizo firmar la diligencia y le preguntó si quería leerla.

Empieza la fiesta conmigo. Al decirle de dónde era natural se paró: “Así que zamorano de nacimiento”. “Sí, zamorano, segoviano y catalán adoptivo”, le contesté. Continuó con las preguntas y cuando supo que pasé por la Guardia Civil volvió a desviar el interrogatorio: “¿Y por qué marchó del Cuerpo?”.

“Sencillamente porque no ganaba ni para pipas y no es muy simpático llevar el chopo al hombro con la barriga vacía, ¿no le parece?”. Referente a la intoxicación le dije que lo más probable es que algún saco empleado por los agricultores hubiera contenido alguna clase de veneno, ya que en las inmediaciones del grano almacenado solían poner raticidas o arseniato para evitar que fuera atacado por los antipáticos roedores.

Prosperó mi tesis y dijo, “Eso ya lo dirán los análisis que me están haciendo. Lo que le salva es que usted es zamorano y que ha sido de la Guardia Civil, porque usted fue quien despachó la harina”. ¡Qué táctica policial más ruin!, dije para mí. ¿Qué tenía que ver con los hechos que yo fuera de donde fuera y mi antigua profesión? ¿Y por qué iba yo a ser el responsable de una cosa que no había tocado con mis manos y que entregué al panadero por orden del dueño? Cuando nos mandaron a casa, alquilamos un taxi en la parada de la calle Fernando y a descansar.

Eran las cuatro de la madrugada cuando entré en mi casa. Una vecina había hecho compañía a mi mujer toda la noche. Así se acabó la pesadilla. Al día siguiente la preocupación empezó a hacer mella en el dueño, no por el envenenamiento sino por haber vendido mil kilos de harina a precios abusivos y sin ninguna guía o vale. La multa fue bastante abultada para aquellos tiempos (creo que fueron treinta mil pesetas). Nos autorizaron a molturar sólo el trigo que había oficialmente en la fábrica y que estaba destinado a la delegación provincial de Abastecimientos y Transportes para su distribución en harina. Cuando esto terminó, el Servicio del Trigo precintó las máquinas por tres meses, hasta la compañía 46-47. Fue un mazazo del que no se recuperó.

Las comisiones al jefe de Panera

A primeros de julio de 1946 se levantaron los precintos de las máquinas y el jefe de Panera continuó cobrando su saneada comisión. Yo notaba que

cada vez que el patrón había de apoquinar los verdes se ponía furioso, al ver que aquel funcionario se embolsaba sus buenas pesetas sin trabajo alguno. Cuando empezó la recepción, mi patrón me dijo que explotara la voluntad del referido a ver si podía lograr algo de rebaja en la comisión, pues había sido un mal año para él.

Cuando le expuse al señor Rodríguez las pretensiones del dueño se puso como una fiera. “Ya te lo dije yo, Escolar; este tío quiere todo para él. Yo sé que con este servicio se gana bien la vida, porque que descuento a los agricultores medio kilo por envase vacío y él, que está recibiendo directamente en fábrica,



»El abuelo Lluís, padre de nuestra madre, l'avi. En el mostrador de la droguerla de la que era dependiente y droguero en la ciudad de Manresa (Barcelona). Año 60.

les descuenta uno. Eso suma muchos duros al cabo de la campaña, además de lo que se ahorra en portes. Así que le dices que no rebajo ni un maravedí”. “Todo verdad”, le dije yo, que era quien hacía las cuentas. El jefe de Panera jamás se metió en los asuntos del estraperlo que en la fábrica se hacían, y no los ignoraba. Esto era de agradecer.

Las recepciones se sucedieron normalmente durante los primeros meses, no así cuando la campaña ya estaba avanzada. Ya el señor Piqué no me daba el importe de la comisión que el jefe de Panera esperaba. En cierta ocasión, hallándose mi patrón en Lérida se encontró en las inmediaciones del Banco Español de Crédito con el jefe de Panera. Éste le abordó. “Señor Piqué, ¿es que no me quiere liquidar mi comisión? No estoy dispuesto a perderla, así que mire usted de arreglar este asunto y al año próximo ya hablaremos”. “No he podido hacerlo antes por falta de efectivo”, le dijo mi jefe. “Dígame dónde quiere que le ingrese el dinero, se lo pago todo y tan amigos”. El señor Rodríguez le dijo que tenía cuenta en aquel banco. Entraron y el señor Piqué ordenó que de su cuenta transfirieran a la del señor Rodríguez las pesetas que le adeudaba.

Una vez recogió el justificante de la transferencia, el señor Piqué ni corto ni perezoso se fue a la Jefatura provincial y puso el caso en conocimiento del jefe del servicio, el señor Bachiller. Éste expedientó al señor Rodríguez con el documento que acreditaba que había recibido dinero del fabricante. Tan pronto como se enteró montó en cólera.

Un día se recibió en la fábrica un oficio de la jefatura ordenando mi presencia a causa del expediente abierto al jefe de Panera. El señor Piqué se vanagloriaba de la faena que había ocasionado a aquel señor y me dijo que fuera a prestar declaración ante el jefe provincial. En jefatura me esperaba don Joaquín Esteban Alcalde, inspector provincial encargado de realizar las diligencias del caso. Me mandó pasar a su despacho, sacó unos folios en blanco y después de ponerlos en la máquina de escribir empezó la tanda de preguntas. “Vamos

a ver Escolar, ¿qué es lo que ha pasado con Rodríguez; que el señor Bachiller está que echa fuego?”. Le conteste, “Mire don Joaquín, si yo he de firmar que le daba esos dineros al jefe de Panera, le digo desde aquí que no. Si no lo firmo le digo que sí, pero no firmaré mas declaración que la que exprese que nunca di nada al señor Rodríguez”. Se levantó de la mesa, me estrechó la mano y me dijo: “No esperaba menos de usted. Con esto queda a salvo un funcionario que aquí no tiene ninguna causa y este señor Piqué se va a acordar, porque ya me cuidaré yo que no reciba ni un grano en fábrica”.

Don Joaquín Esteban era una gran persona. Él procedía de la jefatura de Zaragoza y fue destinado a Lérida como inspector jefe. Realizó su primera inspección en esta fábrica. Hizo más de una visita siempre se las entendió conmigo, por eso me tenía algo de simpatía. Yo era el que llevaba los libros; a él lo que le interesaba es que todo funcionase correcto y a mí en las cuentas no me cogió nunca en un renuncio.

A partir de este acontecimiento las inspecciones aumentaron y al año siguiente nos hicieron la vida imposible; cuando no eran los del Servicio del Trigo, eran los de Abastecimientos, y después los de Tasas. Al jefe de Panera lo trasladaron a la provincia de Almería. Cuando nos despedimos en Lérida me dijo que iba muy a disgusto, porque aquella zona se daba poco al cultivo del trigo. El nuevo jefe de Panera se llamaba don Eugenio Tovar, natural de un pueblo cercano a Zaragoza, joven y recién casado. Nunca fue tan competente como el anterior, ni tan celoso en su trabajo; claro que éste era su primer destino y el señor Rodríguez tenía muchas horas de vuelo. Pronto nos entendimos en la mecánica servicio fábrica y la campaña 46-47 finalizó sin novedad.

Una fecha memorable

El día 26 de junio de 1947 fue una fecha memorable en la familia. A las doce del mediodía venía al mundo mi primer hijo, al que llamamos Juan, en la

ciudad de Manresa, en la casa número 5 de la calle Los Judíos, una de las partes más antiguas de la villa. Mi mujer fue a Manresa a ser madre porque tuvo un parto con complicaciones de hemorragia. La criatura se presentó al revés y a lo vivo se la tuvo que girar el ginecólogo de Lérida, doctor Balaguero (otros ginecólogos la visitaron después y censuraron la terapia empleada por el galeno de Lérida).

Para entonces mis suegros habían dejado el negocio del economato de la fábrica Mata y Pons y se habían regresado a Manresa, prácticamente arruinados. No por ser malos economistas sino porque en los tres o cuatro años que estuvieron allí las cosas les fueron mal y no pudieron aguantar las deudas que se les echaron encima. En Manresa mi suegro tenía buenas amistades. Mi suegra se tuvo que poner a trabajar fregando por las casas y mi padre político de viajante de droguería a comisión (pues había pasado su vida trabajando en droguerías de la zona); donde no ganaba ni para pipas.

En aquellos días yo también tenía resentido y bastante el bolsillo. Los pocos ahorros de que disponíamos se esfumaron para pagar algunas deudas de mis suegros, pues siempre intenté que pudieran ir por la calle con la vista alzada. Mi suegro siempre me lo reconoció. Las cosas se arreglaron y desapareció el fantasma de la escasez. Encontró un trabajo mejor remunerado como encargado en un almacén de droguería al por mayor, Casa señor Jaime (ya difunto), de reconocida fama en toda Manresa, que era regentada por dos hijas suyas solteras que debían rondar los cuarenta abriles. Allí mi suegro era prácticamente el dueño. “Las chicas”, como él decía, le apreciaron siempre mucho, pues era una persona honrada a carta cabal, además de muy trabajador. El único vicio que yo le conocí fue el tabaco en pipa, la cual no desaparecía de su boca más que en el momento de ingerir los alimentos. Tenía varias, cada una con un sabor diferente, según él decía.

Mi mujer quedó muy débil debido a la hemorragia en el parto, pero se fue recuperando. De la fecha del bautizo siempre me acordaré, porque fue el día

del referéndum “Franco si, Franco no”. Ganó el “sí”. ¿Cómo no? ¡Si no se hablaba de otra cosa! Política barata, pensé yo. Nunca fui franquista, a pesar de haber luchado durante la guerra en sus filas. Repito que de política no me ha gustado nunca ni la letra ni la música. A mí se me quedó grabado un dicho de mi abuelo Martín: “La política es para los políticos; ¡que se la hagan ellos!”. Desde luego que genera empleo, porque si no hubiera políticos díganme ustedes lo que aumentaría el número de parados.

Salí de Manresa contentísimo, pues ser padre era la recompensa mayor que la vida me entregaba, al tiempo que me exigía ser centinela constante de aquella vida nueva que el destino había puesto bajo mi tutela. En la fábrica de harinas, mis compañeros y los dueños me felicitaron por el nuevo acontecimiento familiar.

Buscando otras fuentes de abastecimiento

Ya las máquinas estaban a punto para la molienda del trigo que se había de convertir en harina y ésta en el pan de cada día. La plantilla estaba compuesta de siete trabajadores: primer molinero, don Agustín Vidal Capodarve, natural de Selgua (Huesca), segundo molinero, don Eloy Torné Borges, natural de Arbeca (Lérida), empacadores, Agustín Vidal Peruga, hijo del molinero y Miguel Triguell Seres, natural de Alpicat. Como cuidador de la limpia, Francisco Hortet, natural de Rosello. Además, para la carga y descarga se contrataban dos eventuales diferentes en cada campaña.

Las perspectivas se presentaban algo dudosas debido a que la cosecha no era muy abundante. Así como en otros años se habían establecido dos turnos, en éste el patrón no lo tenía tan seguro. Temía que la molienda extraoficial sufriera un parón y si no se podía hacer el estraperlillo las arcas de su menguada economía sufrirían las consecuencias, que de rebote a todos nos afectaba. Además, si no ganaba perras su carácter se volvía más agrio y aumentaban

las broncas sin motivo aparente.

La solución era espabilarse y buscar otras fuentes fuera del área normal de abastecimiento. Se hicieron las gestiones necesarias para buscar abastecedores ilegales, que de esto sí había en abundancia en los términos municipales de donde había de salir el trigo. Se eligió Castillonroy, Camporells, Peralta de la Sal, Albelda, Alcampell y Tamarite de Litera, la mayoría pertenecientes a la provincia de Huesca y no muy distantes. El estraperlista encargado de Castillonroy lo era también de Camporells, y el de Alcampell, de Tamarite y Albelda. El de Peralta de la Sal era un panadero de aquella villa.

Debido a la mayor distancia, los abastecimientos se habían de realizar por la noche y la mayoría de las veces en carros tirados por mulas o caballos. De eso se encargaban los abastecedores furtivos que conocían caminos y trochas por donde burlar la vigilancia de los encargados del tráfico clandestino (¡cuánto me tocó a mí este oficio!). Ya verán ustedes más adelante. Siempre tenía que estar cuando la mercancía entraba en fábrica, fuera la hora que fuera. Dormía poco, pero de aquella manera la cosa marchaba y la cara del jefe era más simpática. Se hacían más horas de trabajo, que ninguno llegamos a cobrar. Cuando el trigo ya estaba en mi poder, pagaba su importe al abastecedor y éste emprendía rápida huida a sus dominios como si nada hubiera pasado. Así un día y otro.

En una ocasión el panadero de Peralta se personó en la fábrica muy preocupado, porque nadie le quería hacer el transporte en carro de la mercancía que tenía comprada en su localidad. Nada de extraño, ya que era la mayor distancia y efectuarla en carro casi era un suicidio. Pedí a un transportista de Alguaire que tenían un camión que podía cargar cinco mil kilos si se atrevería a realizar este viaje. Como las pesetas que le ofrecí eran bastante tentadoras, lo aceptó al momento. Se señaló la hora del viaje para el día siguiente. El pago de la mercancía se había de hacer efectivo en Peralta, pues nosotros podíamos perder la mercancía y tener la correspondiente multa, pero el dueño

del camión se exponía a la intervención del camión y la multa también, que no había de ser manca.

Salimos de Alguaire a las once de la noche. Fuimos a cenar a la fonda café de Purroy, para despistar a los curiosos oscenses, que eran muy aficionados al chivateo. Pedimos que nos sirvieran unos huevos fritos con patatas. Los pocos clientes que allí había miraban nuestros rostros como si fuésemos el Pinales y su cuadrilla³⁵. Al final uno se atrevió a preguntar, “De paso, ¿no?”. “Sí, vamos al Valle de Aran, hemos parado a tomar un refrigerio, que aún nos queda mucho camino”, le contesté.

Este aprendiz de pueblo está situado en las inmediaciones de Benabarre, carretera nacional 230 de Tortosa a Francia por el Valle de Arán. Para llegar a Peralta, que distaba unos siete kilómetros, hay un camino vecinal. Serían las doce y media de la noche cuando entrábamos en el pueblo de Peralta. La entrada era cuesta abajo y entramos con el motor parado y las luces apagadas. A dos pasos teníamos la carga preparada: cien sacos de trigo de cincuenta kilos neto. Así se había convenido todo, y no costó cargarlos ni treinta minutos. Yo llevaba los cuartos justos y se los di al panadero, que ni los contó. Empezamos a observar que desde alguna ventana próxima encendían la luz y alargaban el cuello; a unos ciento cincuenta metros en la misma calle estaba el cuartel de la Guardia Civil, ¡y a aquel panadero no le llegaba la ropa al cuerpo, de pánico que tenía!

Subimos a la cabina y motor en marcha como el rayo enfilamos aquel repecho, pasando por Purroy a toda pastilla. Llegados a la fábrica sobre las dos y media de la madrugada, rápido se metió el camión dentro del almacén de la sección de Limpia, se vaciaron los sacos y a descansar. El señor Piqué contento, porque todo había salido a pedir de boca. Este transportista cogió gusto al asuntillo y lo tuvimos a nuestra disposición, previo pago, para muchas futuras

35 El Pinales es el apodo de Francisco Ríos González, mítico bandolero sevillano que fue abatido por la Guardia Civil en la Sierra de Alcaraz junto al Niño del Arahal, en 1907.

operaciones. La cosa marchaba viento en popa y todos lo celebrábamos.



»Entrega de regalos de los Reyes Magos. Estamos Antonio y el Manél (sentado). El Rey Mago es el Blanco, era Domino (Mingo), marido de nuestra tía Trini.

Un paquete de billetes en el bolsillo

En Lérida vivía por entonces un tal señor Florensa, abogado de fama nacional. Aunque ya era bastante viejecito y con muchas perras, el estraperlillo le gustaba, como a todo hijo de vecino. Este señor poseía fincas de grandes extensiones en Aragón y Cataluña, por lo que era un gran productor de cereales. Algunas estaban en el término de Bujaraloz, localidad enclavada en Los Monegros, cerca de Zaragoza. Es aquí a donde un día mi jefe me ordena me traslade para cargar un camión de cebada que había comprado al señor Florensa.

Constaba en el trato que el pago se había de hacer efectivo al contado y una vez el grano estuviera sobre el camión, por lo que me entregó el importe de la cebada en un paquete envuelto en un diario y me dijo: “Cuando llegues a Bujaraloz te presentas en casa del terrateniente señor Florensa, que ya te indicarán dónde vive. Una vez allí esperas a que llegue un camión de Alcolea de Cinca y cuando tengas cargada la cebada pagas y para casa”.

Con aquel montón de billetes en el bolsillo cogí el coche de línea a Lérida, empalmé con el de Zaragoza y al llegar a Bujaraloz me trasladé a casa del referido agricultor. Me enseñó la cebada y la encontré conforme en cuanto a calidad y limpieza. Juntos entramos en el comedor de aquella mansión, una casa de aspecto antiguo y bien acondicionada, tomamos unas copas y a esperar que se presentara el camión para la carga. Esperando llegó la hora de la comida y como es natural aquel señor no quiso que fuera a comer a casa ni fonda alguna sino que quiso con su familia. Tan pesado se puso, que no me quedó más remedio que aceptar su invitación.

El camión de Alcolea no daba señales de vida y pensamos que le habría pasado algo. Sentados un rato en el comedor y otro en la puerta de la casa, esperé hasta las seis de la tarde. Ya no podía regresar a Lérida en el coche de Zaragoza y suerte tuve de un camión de un tal Bean de Fraga que por allí

pasó me trasladó a Fraga. Aquel camión se dedicaba a la venta ambulante de cacharros de cerámica y paró en Peñalba y Candanos a recoger unos paquetes de loza, total que cuando llegué a Fraga ya eran las diez de la noche. En Fraga no quise entrar en ningún bar y me situé en las inmediaciones del hotel Castilla, junto a la gasolinera, a esperar algún transporte que me quisiera llevar hasta Lérida. Algunos pararon a repostar pero no querían viajeros por miedo a los motoristas (Guardia Civil de Tráfico).

Hacia las doce, al repostar un camión cargado de carbón que procedía de Mequinenza le pedí el favor pagando lo que fuera. El bolsillo estaba bien abastecido y andar a aquellas horas con tanto dinero que no era mío en el morral era precisamente mi preocupación mayor. Aquel camionero, que iba a descargar a la estación de Vilanoveta, me aceptó en la cabina y me dejó en Lérida sin cobrarme una perra. Le di mis más expresivas gracias y me encaminé a la carretera de Alguaire.

Como no pasaba ningún coche o camión que me pudiera llevar hasta el pueblo, me senté en la cuneta para cambiarme los zapatos por unas alpargatas que llevaba en el morral, e hice el trayecto de quince kilómetros a pie. No llevaba ni un mal palo para defenderme, y nadie sabe lo que pasé, por miedo a que alguien me saliera al paso y me quitara el dinero que llevaba encima. Llegué a casa a las cinco de la madrugada, hecho polvo.

Era muy curioso cómo se camuflaba el grano en los camiones que procedían de aquella parte de Aragón: una vez tenía los sacos en la caja se ponían cañizos encima y éstos se cubrían de carbón a granel, que más parecía un camión procedente de una mina cuando llegaban a fábrica. Tuve que más días a buscar cebada y trigo por aquellos parajes maños, pero no con tantas fatigas.

La usura en los ojos del secretario

Aterrizó un día por mi despacho el hijo del secretario del Ayuntamiento con ganas de hablar con mi jefe. Le dije que si era cosa de fábrica me lo podía decir a mí y yo se le transmitiría. No quiso dar su brazo a torcer y pensé que se trataba de algo relacionado con el trigo. Corría el rumor por el café que el Servicio del Trigo daría a la Hermandad sindical de Labradores y Ganaderos cierta cantidad de este grano para siembra, a dos pesetas y media por kilo (creo que la cantidad exacta fue diez mil pesetas)³⁶. Viendo que el fabricante no aparecía se despidió, asegurando que volvería al día siguiente. Cuando le dije al patrón que el hijo del secretario quería verlo, me dijo riéndose con sorna: “Ya sé lo que quiere, ya lo esperaré mañana”. Si era alguna estraperlada a su tiempo lo sabría yo.

No se habló más de aquel asunto hasta días después. El jefe me dijo tenía que bajar a las diez de la noche porque llegaba un camión con seis mil kilos de trigo y él no estaría presente (como no lo estaba nunca). No me dijo que se había de pagar, así que sospeché que se trababa de trigo de siembra. El transportista era un tal Ardiaca de Almenar, al que yo conocía ya de tiempo. Nada más finalizar la descarga me dijo que sólo sabía que había de descargarlo y que el vale del trigo decía “de siembra con destino Alguaire”. El chupón le debió advertir que no dijera nada.

Al otro día el fabricante me preguntó por los kilos entrados correspondientes al camión. Lo querían llevar en el mayor secreto. Yo, como siempre, punto en boca; aunque fuera repugnante que un señor que desempeñaba el cargo de secretario de la Hermandad Sindical se cepillara el trigo destinado a la siembra y que tan necesario les era a los agricultores. Compraba a dos cincuenta y sin ningún trabajo vendía a ocho; se embolsaba una cantidad que en aquel

36 La Hermandad sindical de Labradores y Ganaderos era una organización sindical para la protección y asistencia a los agricultores y ganaderos. Las Hermandades Sindicales se crearon a partir de 1944, eran de obligada sindicación y estaban encuadradas en la Central Nacional Sindicalista.

tiempo no tenían muchas casas de labranza. No fue una sola vez la que este mal español estafó, aprovechándose de su condición de secretario. ¡Y cuántos no hubo como él!

En los meses correspondientes a septiembre, octubre y noviembre de aquel año de 1946 volví a notar la presencia del estraperlista autorizado del trigo de siembra, que deambulaba por las inmediaciones de la fábrica esperando la tajada como león enjaulado. Lo noté nervioso y con rápidas y furtivas miradas a la vivienda del fabricante. No me equivoqué. En vista que los Reyes Magos de Oriente no aparecían con el codiciado regalo se acercó a la puerta exterior de mi oficina y con una disimulada sonrisa me preguntó: “¿Que no anda por aquí el señor Piqué?”. “Marchó muy de mañana a Lérida y al subir al coche que me ha dicho que no regresaría antes del medio día”. Mi jefe tenía un Renault tipo barqueta del año del rey Pepet, que le compró a un señor de Borjas Blancas. El pobre gastó más dinero en viajes para cobrar su importe que no valía aquel coche. El secretario marchó refunfuñando.

Cuando regresó el fabricante y supo de la visita, sin decirle el nombre farfulló, “No me lo sacaré de encima a este tío, así que antes de dejar el trabajo sube a casa, te daré un sobre y se lo llevas a su domicilio”. Allí me entregó un abultado paquetito cubierto por papel de periódico que contenía sesenta y seis mil pesetas, importe de una partida de trigo. De lo correspondiente a las demás nunca supe nada. En la casa del receptor me recibió la empleada de hogar y después el señor, con un batín de estar en casa. No dijo más que tres palabras, “¿Llevas los cuartos?”. Como ave de rapiña casi me los quitó de la mano, ni buenas tardes ni cuántos contiene el paquete, me cerró la puerta y yo me quedé como si me hubiera dado una bofetada.

No lo comenté con nadie, pues si se descubría el manejo, quien pagaría más cara la mercancía sería el patrón, que al fin y al cabo era el que nos daba de comer. Pensé en la poca educación del individuo y en la usura que vi en sus ojos al arrebatarme de las manos el paquete. Si yo no le hubiera entregado los

dineros, ¿a quién podía reclamar? De todos modos esta posibilidad no encajaba con mi conciencia.

La que el dueño auguraba como mala campaña fue de las mejores, porque el trabajo de extranjis sí que daba perras. A partir del final de aquel año algo me gratificó; le agradecí el regalo porque me dije, menos da una piedra. Las horas extras, que yo apuntaba en una libreta aparte, se iban acumulando. Nunca quiso que figuraran en el libro de salarios, pues de esta manera estaba libre de responsabilidad. Los empleados no perdíamos la esperanza de que nos las pagara porque lo había prometido.

Puso la fábrica en arriendo

Empezamos la temporada 1947-48, se pusieron los molinos en marcha, el comercio legal y el que no lo era tanto, y a sacar punta al lápiz. Mi jefe no era trigo limpio y le gustaba hacer dinero aunque para ello tuviera que inventar la mentira. Recuerdo especialmente dos canjes de trigo por la correspondiente harina. Había agricultores que preferían tener la harina en casa en vez del trigo. Yo sabía que a un vecino de Vilanova del Segrià, que era de los mejores a los que abastecía la empresa, se le adeudaban veinte sacos de harina (dos mil kilos), pues días hacía que el trigo correspondiente había entrado en fábrica (todo ilegal, se entiende). Este señor me dijo que necesitaba la harina y que ya era hora de dársela. “Si no me lo ordena el señor Piqué no se la puedo entregar”. “¿Dónde está él?”, me preguntó. “En su piso”.

Acudió el jefe antes de que subiera él, pues veía la tormenta que se avecinaba. Le negaba la entrega de la harina, asegurándole que ya se la había entregado hacía días. Yo no pude aguantar aquel vil atropello y sin excitarme le dije a mi patrón, “Yo tengo la entrada del trigo y sé positivamente que a este señor se le debe la harina”. Cuando vio mi actitud ordenó que aquella noche se le entregara los dos mil de harina. Nunca más se aproximó por la fábrica aquel

cliente.

Otro caso igual pasó con un vecino de Almenar. Se trataba de catorce mil cuatrocientos kilos. También vino a reclamar la entrega y encontró al dueño delante de la harinera. Desde el despacho sentía las exclamaciones de aquel pobre agricultor reclamando su mercancía y los gritos del otro diciendo que ya se la había dado. Dejé la faena y salí disparado: “Señor Piqué, este hombre lleva toda la razón. Venga usted al despacho, que yo se lo demostraré”. Se calmó: “Pues que la venga a buscar cuanto antes”. Al otro día de madrugada se le entregaba su harina y tampoco lo vimos más. Yo le decía: “Estamos perdiendo clientes por su mala memoria”. No la tenía mala; que va, lo que pasaba es que le gustaban los regalos.

El dueño cada día abandonaba más el negocio. Un día se presentó el inspector jefe, que tan poca simpatía tenía por el fabricante, y me explicó la calumnia que le había levantado y que le tenía fuera de sí: que en Navidad le había regalado un mueble de mucho dinero y que por eso trabaja tranquilo. Preguntó por él y le dije que no sabía dónde estaba, pues no paraba en la fábrica y no daba explicaciones. Encontró bien los libros, miró las existencias y comprobó que eran fiel reflejo de los libros y se marchó prometiendo volver. A partir de entonces cada día había inspecciones; no nos podíamos fiar y en estas condiciones era de todo punto imposible trabajar.

Como se pudo finalizamos la campaña. Al año siguiente puso la fábrica en arriendo y perdió la finca que poseía en Alguaire. A nosotros nos dijo que si el nuevo dueño nos quería como empleados bien, y si no nos dejaría en paro forzoso. La fábrica no se la quedaba nadie y pronto llegó la siega.

Con más pena que gloria empezó la campaña 1948-49. El desastre, la puntilla: se retrasó en el pago a la Seguridad Social y no cobrábamos el sueldo a su tiempo. Nos decía “mañana os pagaré”, al otro día no le veíamos el pelo y nuestras esposas tenían que pedir fiado en las tiendas. Contribuyó mucho a estos fracasos económicos la ganadería, pues se enredó en animales como

ovejas, terneros y cerdos, y no sabía nada de su cuidado; compraba a diez y vendía a nueve, y así se fue quedando sin camisa.

Un día de mayo del año 49 el dueño acudió a la fábrica acompañado de dos personas. Sentí cómo el jefe llamaba al molinero, quien inmediatamente se unió al grupo y deambularon por el interior de la fábrica durante mucho tiempo. Se trataba de dos hombres que no debían rebasar los treinta, bien vestidos, observé en sus ademanes que eran personas más cultas que mi jefe,



»Los tres hijos de Martín y Luisa, Antonio lleva una palma con rosario de caramelo y Juanito sujeta al Manel en Domingo de Ramos. (1956)

que de esto sabía muy poco. La preocupación por el puesto de trabajo la sentíamos todos y lo único que esperábamos era un ángel salvador que hiciera desaparecer aquella incógnita. Salí del despacho y encontré en grupo a mis compañeros Aloy, Miguel y el hijo del molinero Agustín. Sentimos cómo bajaban del piso superior (destinado a planchisters, sasores y recolectores) y nos dispersamos cada uno a su puesto: yo a poner al día el libro de salarios y los otros a limpiar y arreglar algún tubo de madera de los que en aquellas fábricas abundaban, o a cambiar alguna correa.

El molinero nos informó de la visita: efectivamente estaban interesados por el arriendo de la fábrica y aunque eran novatos harían visitar las máquinas por el molinero de la fábrica de Agramunt, que poseían en arriendo. Supimos que la próxima campaña la fábrica estaría en su poder y que el señor Piqué se iría a vivir a Lérida. El precio de arriendo por año era de treinta mil pesetas, que en aquellas fechas ya era dinero. Los nuevos arrendatarios aceptaban la totalidad de la plantilla y tenían intención de poner más personal y ampliar la capacidad de la moltura. Su capacidad era en aquellos momentos de siete mil, pero nosotros ya la hacíamos moler diez mil kilos, y podía duplicarse poniendo dos planchisters, aumentando la cepilladora de salvados y poniendo a la salida del trigo semimolturado un equipo de desatadores³⁷.

Cuando vino a verme el escribiente de Agramunt para que le explicara el movimiento contable que realizaba y el asunto de los seguros sociales, le mostré las liquidaciones sin abonar. Tuvieron que pagarlas los nuevos arrendatarios. Eran una sociedad formada por José Soteras y José Vidal, dos vecinos de Igualada simpáticos, trabajadores como rayos y con ganas de hacer funcionar aquello a toda pastilla.

Pronto se presentó un técnico en molinería procedente de la Casa Pané,

37 En la producción harinera industrial el desatador elimina las placas que se producen durante la comprensión de la harina, previamente al cernido. El planchister cierra la harina, dando lugar a varias categorías según el calibre del cedazo. La cepilladora de salvados es una centrifugadora que desprende la harina pegada al salvado tras el cernido. El sator limpia las sémolas y semolinas (eliminación de salvado y clasificación) y el recolector aspira el polvo.

dedicada a la montura de fábricas de harina; tomó muchas notas, inspeccionó todas las máquinas y con las mismas marchó a Barcelona. Se empezaron los trabajos de ampliación y nosotros ayudábamos en todo a los montadores, que trabajaban día y noche (quizás los tenían a un tanto alzado). Si querían que todo estuviera a punto no se podían amilanar, pues la campaña del 49-50 estaba a la vuelta de la esquina.

Tras la reparación se hicieron las primeras pruebas: con el cambio del sistema de empacada ya molíamos veinte mil kilos. ¡Aquello fue una gran novedad! La fábrica cambió como de la noche al día. Viento en popa, se establecieron tres turnos para trabajar las veinticuatro horas del día y no se paraba ni los domingos. Yo no había visto cosa igual: vendían harina en toda la zona de Barcelona y sus alrededores y aún tenían el valor de comprar mercancía a otras fábricas de Lérida; todo de estraperlo. Tenían varios camiones que no paraban ni para comer, sobre todo de noche. A mí me tocó escoltar algunos por las carreteras de la provincia de Huesca, Lérida y Barcelona. Las persecuciones, principalmente por parte de los agentes de Tasas, eran de película. Éstos llevaban buenos coches y choferes suicidas, y podían dar alcance a los camiones; yo supe que en más de una ocasión no respetaban ni la señal de alto, aunque se les pusieran delante.

Nunca fue descubierto el almacén de abastecimiento de Igualada que servía de depósito para la distribución de la harina. Y no digo ningún disparate si por aquel almacén no pasaron a miles las toneladas de harina y otros productos, porque para aquella gente no había fronteras; hacían igual a pelo que a lana. Me hicieron cambiar el sistema de contabilidad y lo supervisaba el director del Banco Central de Igualada, donde estaba la oficina general de la compañía.

Sabían mucho estos señores: el tratamiento a los encargados de vigilar las infracciones, los sobres fantasmas y las cenas de trabajo, que estaban a la orden del día. Se ve que conocían el paño del traje que vestían los agentes y ni

lo comentaban ni lo criticaban. Entre ellos decían, “¿No ves que con lo que ganan no pueden tirar adelante?”.

Llegó la hora de fabricar aceite

Hacían negocios de todo. Se anunció en un medio de información el arriendo de una fábrica de aceite en un pueblecito de esta provincia, cerca de Alguaire, y otra en esta villa. Se hicieron las gestiones ante los dueños de las mismas y ya las fábricas quedaron arrendadas a Soteras Vidal. En aquellas fechas el trabajo era mucho y sin yo pedirlo me pusieron un ayudante. Llegó la hora de fabricar aceite. Aunque yo no había visto nunca de más gordas, el señor Soteras me encargó regentar la fábrica de aceite de Benavent de Lérida, además de llevar la contabilidad del aceite y de la compra y venta del género; casi todo de estraperlo.

Se trabajaba en tres turnos de ocho horas. Yo elegí el turno de las diez de la noche a las seis de la mañana, porque de noche estás mas alerta. Durante los primeros diez días de campaña, en estas ocho horas había de moler tres mil kilos de aceituna y producir quinientos litros de aceite. Después con ese mismo peso había de producir quinientos treinta litros, y más tarde quinientos sesenta, pues la aceituna produce más aceite de mitad de campaña en adelante y Recursos nos lo fraccionaba en diez fechas. Esta producción legal se había de registrar en el libro de entradas y salidas, por lo que tenías que vigilar que no faltasen las existencias reflejadas en éste. Igualmente sucedía con la aceituna que entraba en fábrica.

La campaña aceitera se inició a últimos de noviembre de aquel año de 1950. Todas las almazaras de los alrededores pusieron al igual que yo las prensas en marcha. Yo tenía un molinero, Miguel se llamaba, que hacía muchos años que trabajaba en aquella fábrica y conocía su funcionamiento al dedillo. Pude comprobar sobre la marcha que no tiene grandes secretos. Completaban la

plantilla de trabajadores tres peones que auxiliaban al molinero y aseguraban la carga y descarga. Pronto fuimos un bloque en el que arrimamos el hombro al máximo, se remuneraba bien su trabajo y todo funcionaba a pedir de boca.

Mientras duró la temporada, ocupé con mi señora y mi hijo Juan la vivienda que había en la almazara. Para entonces mi esposa estaba en estado interesante y mi jefe no quiso que abandonara el trabajo para desplazarme a Alguaire. Sólo había de hacerlo dos días a la semana para poner en orden los libros oficiales de la fábrica de harinas, y el señor Soteras me llevaba en su coche. Ella atendía a las labores de la casa y yo no me movía de la fábrica.

La primera noche de molienda comprobé que en un turno de trabajo se podía molturar casi el doble de aceituna, lo que nos permitiría hacer la producción legal y el resto de “baraca estraperlillo”³⁸. Sólo de lo legal no habría ganado ni para la luz eléctrica. A la noche siguiente preparamos una partida de aceituna fuera de curso legal y su producción salió pitando para el mercado, ya que había más compradores que existencias. La primera inspección, que fue la segunda noche, se pasó sin novedad. Los inspectores me sugirieron que no me dejara cegar por el mercado negro: “Usted es novato en este asunto y a los novatos les gusta pagar la novatada”. Antes de despedirnos les invité a un café o una copa, pero no quisieron aceptar.

Aquella mañana se lo conté por teléfono a mi jefe. Nada más ajustarse el auricular a la oreja se pensó que ya estaba empapelado, y me advirtió que le pusiera al corriente inmediatamente si pasaba algo. Yo sabía que en Lérida tenía buenos “amigos“. Para el trasiego de aceite y aceitunas alquiló los bajos de una casa próxima techada y a media construcción (su dueño no la había podido acabar por falta de efectivo). Para mí fue la salvación por su proximidad a la almazara, donde depositaba el aceite y las aceitunas sobrantes; si no te sorprendían con las manos en la masa (cosa difícil), el género estaba a salvo.

38 La palabra “baraca” significa regalo o don en árabe. La expresión “baraca estraperlillo” tendría este mismo sentido.

Si por avería en las bombas o prensa se suspendía el trabajo de molturación, inmediatamente me había de trasladar al cuartel de la Guardia Civil de la demarcación de Roselló con el libro de producción, y el comandante del puesto hacía constar el motivo de la parada mediante una diligencia. Aunque tenía la obligación ineludible de personarse en la almazara y comprobar que existía la anomalía, previo acuerdo lo anotaba como si hubiese efectuado la visita, se ahorra la caminata y todos contentos. Dice el refranero que hecha la ley, hecha la trampa. De sobra sabía él que aquello podía ser un fraude, pero tenía que pagar de alguna manera el regalo de cincuenta litros de aceite gratis para todo el año.

Cada vez que llamaban a la puerta por la noche, mi esposa temblaba como bandera al viento, y después no podía dormir. El chiquillo al ver a su madre deambular por el piso, tan pequeño como era se ponía a llorar. De sentirnos hablar sobre los inspectores, en su media lengua pedía que le comprara una escopeta para matar a los de Recursos, porque hacían llorar mucho a su mamá. Yo tenía miedo de que aquellas rabetas no influyeran en lo que llevaba dentro del vientre, pero no pasó nada, gracias a Dios. Cuando los agentes abandonaban la fábrica, yo subía a consolar a madre e hijo. Para mí quedaba el lograrlo, pues mi señora siempre preguntaba por qué acepté el traslado, con lo tranquilos que estábamos en Alguaire.

No dio tiempo a parar las máquinas

Al poco tiempo se presentó el día más movido de la campaña. Debido a la gran demanda de aceite, cuando terminamos la jornada de ocho horas ordené al molinero que continuara con las bombas en marcha hasta las ocho, pues habían de venir a buscar bastante aceite. Mal resultó, porque a las siete en punto se personaron los de Recursos: el inspector Artacho acompañado de un guardia policía armada, que les servía de chofer en el coche oficial que

utilizaban para sus traslados. No nos dio tiempo ni a parar las máquinas. El señor Artacho dibujó en sus labios una sonrisa de triunfo, se frotó las manos y muy autoritario me dijo, “Ganas tenía de engancharle y al final lo he logrado. No se excuse usted que no admito excusas. Primero empezaremos por cubicar el aceite que tiene en la Almazara, y después pesaremos las aceitunas, que creo también le sobran muchos kilos”.

No puse la menor resistencia. Revistiéndome de valor le dije, “Mire señor Artacho, como lo que usted quiere hacer nos llevará mucho tiempo lo mejor sería que subiéramos al piso a tomar un café con calma y después a trabajar en lo que usted ordene”. “Pues sí que acepto su invitación, porque llevamos una nocecita de abrigo y algo caliente irá bien”. Ordenó al otro sabueso que no se moviera del molino y juntos subimos al piso. Mi esposa, ni que decir tiene que ya trajinaba por las habitaciones con un humor de perros. Al vernos esbozó una forzada sonrisa y saludó al inspector con más disimulo que ganas. Puso la cafetera al fuego de gas Firpe y tomamos asiento junto a la mesa que había en la cocina.

Empezó el señor Artacho preguntándome por qué hacía aquello, y que si no tenía bastante con un turno, por qué no pedía el permiso correspondiente para trabajar dos. Le contesté que no podía ser, porque aquella zona no era abundante en aceituna y no era aconsejable. “Menos lo va a ser ahora, porque usted ya ha acabado de fabricar. Le voy a precintar las bombas y le voy a levantar el acta correspondiente”. Visto el cariz que tomaba el asunto extraje del cajón de un armario la cantidad de diez mil pesetas y se las ofrecí para dejar el asunto zanjado.

Su reacción no se hizo esperar: rechazó lo que le ofrecía y me dijo, “Ahora lo voy a detener por intento de soborno, además de lo otro”. Para entonces ya habíamos dado cuenta del amargo para mi café. “De detención nada, señor Artacho, pues yo a usted no le he ofrecido ni una perra; así que quíteselo de la cabeza, haga usted el acta, precinte las bombas, cubique el aceite y empiece a

buscar personal para el peso de la oliva, que los obreros a mi mando no van a tocar ni una. Y le voy a decir otra cosa, usted mismo y si no otro como usted, vendrá hoy mismo a desprecintar y volveré a trabajar esta noche; y si no el tiempo me dará la razón. Usted será el que perderá y no yo, que me vuelvo a guardar diez de los verdes como si me los hubiere encontrado”.

Me dijo lo que le pareció (más de lo que yo pensaba) y bajamos al molino. Los trabajadores estaban sentados esperando órdenes, y el guardia y el otro inspector calentándose en la fogaina de la caldera. Empezó el cubicado del aceite. Yo tenía seis zafas, cuatro llenas y dos vacías. Dijo el inspector Artacho, “En



»Nuestros padres al lado de la nueva casa, almacén y granja (a la izquierda de la foto). Al fondo señal de stop, marca el limite de la calle que lleva al centro de Alguaire con la carretera nacional N-230 Lleida-Val d’Aran.

cada zafra hay mil litros, por lo tanto aquí hay cuatro mil”. “Está usted equivocado, las zafras no hacen más que seiscientos litros cada una”. Discutimos y al final puso lo que yo le dije; ya vi que no sabía lo que era cubicar un cilindro.

Cubicó después el depósito donde había mayor cantidad de aceite; el resultado se aproximaba a la existencia. Le acompañé al almacén donde estaban las aceitunas, en la planta encima del molino. Como los obreros se negaran a sus pretensiones de pesaje cogió la caña que servía para desembolsar la tolva y quiso cubicar el montón como si fuera una montaña por el sistema de curvas de nivel³⁹. Le dije, “Señor Artacho, eso pertenece al servicio cartográfico del ejército, que de curvas de nivel saben mucho, pero no vale para cubicar un montón de aceitunas”. “Del acta no se va a librar usted”, me respondió.

Levantó el documento que decía que las existencias eran correctas pero que la fábrica quedaba precintada por el trabajo fuera de las horas autorizadas. Después de leerla estampé mi firma y salimos a la calle. En las inmediaciones había un numeroso grupo de personas del pueblo, para evitar que me llevaran detenido (alguno de los que estaban con el inspector en la fábrica debió difundir el rumor). Con las mismas desaparecieron.

El teléfono público estaba delante de la almazara. Llamé al señor Soteras y le conté todo tal como había sucedido. “Lo bueno es que no te haya intervenido aceite o aceituna sobrante; y tranquilo que de lo demás me encargo yo. En este momento salgo para Lérida”. Volví a la fábrica y dije a los obreros que cada uno marchara a su casa hasta nuevo aviso. A la hora de la comida mi mujer la preparó pero ni la probó pues no se aguantaba de los nervios. Yo comí como los demás días y a esperar acontecimientos.

Hacia las tres de la tarde sentí cómo un coche se detenía junto a la fábrica, salí al balcón que daba a la calle y en aquel momento bajaba del mismo el señor Soteras, a quien tiempo le faltó para enfilear las escaleras y presentarse en el

39 Se llama zafra al recipiente para el almacén del aceite, que puede ser de gran volumen. La tolva es el dispositivo usado para almacenar y canalizar la aceituna.

piso. Nada más verle la cara me dije, “Ya está arreglado”. Se sonrió, saludó a mi esposa, hizo una fiesta al chiquillo y me dijo: “No os preocupéis, que la cosa no ha sido nada. Ya puedes mandar recado a los empleados que volveréis a trabajar esta noche. Y en dos o tres días no hagas ninguna operación de extranjería porque te vigilarán, ¿entendidos?”. Y dirigiéndose a Luisa, “No haga esa cara, ¡prepare un buen café y que reine el buen humor!”.

Tomé otro café en su compañía, hablamos del negocio de trigos y aceites, y marchó a continuación a la villa de Alguaire. Yo me trasladé a casa de Miguel el molinero, que deseoso estaba de saber cómo había ido la cosa. Me mandó pasar a la cocina, donde estaba su señora y tuve que tomar el tercer café, porque sino aquella mujer se hubiera enfadado. Le dije al Miguel que se cuidara de avisar al personal y que a las diez, como cada día, la fábrica se pondría en marcha. A las ocho y media llamaron a la puerta. Yo ya estaba impaciente, y mi niño me dijo: “Papá, los que hacen llorar a mamá”. Efectivamente, allí estaba el señor Artacho en persona, bajo a recibirle y la primera palabra suya: “Ya estoy aquí otra vez. Vengo a desprecintar las bombas para que pueda trabajar normalmente, para que vea usted que no soy tan mala persona. Y aquí paz y con Dios gloria”.

Sacó unos alicates, cortó los alambres que los sujetaban y me dio la mano como si aquello fuera el Convenio de Vergara o la Rendición de Breda. “Le invito a unas copas en mi casa”, le dije yo; lo que aceptó gustoso. Luisa nos preparó unas pastas y un vino de mesa, que para eso sabía un rato, y ya con cara de fiesta nos lo sirvió a la mesa. Hasta ella y el niño nos acompañaron en la mesa. Acto seguido el señor Artacho estrechó la mano de mi esposa, bajamos a la calle y marchó en su coche, aireando la mano al arrancar. Nunca supe lo que le costó al señor Soteras aquel arreglo y qué pez gordo influyó en tan drástica acción; ni lo pregunté, pues lo único que quería es que los trabajadores como yo tuvieran un lugar donde emplear sus brazos.

Aquella noche y las tres o cuatro siguientes no se molturó más aceituna que la

que teníamos asignada legalmente. Para completar la jornada prensábamos más la pasta y de esta manera obteníamos algún litro más de aceite.

Quedó en el almacén clandestino una buena cantidad de aceituna recogida durante aquellos días de poca actividad y ansiábamos que las bombas marcaran el paso para descongestionar aquello. Simulé entonces una avería y se molturaron más de siete mil kilos de olivas, envasado en algunas zafras de cincuenta litros que teníamos escondidas, ideales para la venta del aceite. Recuerdo que aquella semana pasaron por las piedras del molino más de cincuenta mil kilos de aceituna, pues el jefe quería la máxima producción posible. Ordenó reducir la presión de la prensa de quinientas atmósferas a cuatrocientas cincuenta: aunque se perdiera algo de aceite de esa manera las prensadas eran más rápidas.

La gran ilusión de los Reyes

Faltaban pocos días para final de año y ya las fiestas de navidad estaban al caer. Más que a las fiestas, los empleados los dirigían el pensamiento a la paga doble que aquella semana se les iba a entregar y el aguinaldo compuesto del clásico turrón y del vino espumoso. Yo sabía que había de ser abundante porque teníamos un patrón que, al contrario del anterior, era muy condescendiente y espléndido.

Cuando teníamos a la puerta el día de Reyes del año 51, el protagonista fue nuestro Juanito, quien no hacía más que preguntar si la carta de los Reyes Magos había llegado a su destino y si cumplirían la palabra de dejarle en el balcón todo lo que en la misma pedía. Llegó la mañana de los Magos y la faena fue nuestra para sujetarle en la camita, pues quería ir al balcón a ver si los reyes habían pasado. Yo creo que aquella noche poco le apretó el sueño. Entrado ya bien el día lo acompañamos su madre y yo al balcón. Cuando vio aquellos juguetes, se volvía loco cogiendo unos y dejando otros, sin saber

elegir el que más le gustaba.

Esto me emocionó, porque era el primer año que mi hijo recibía aquella gran ilusión que yo no tuve la dicha de disfrutar cuando era niño. Sólo recuerdo que cuando mi padre estuvo destinado en Cuéllar, los Reyes nos trajeron a mi hermano el mayor y a mi unas castañuelas. Supe lo que habían costado porque cada día las veía anunciadas en el escaparate de una tienda que había junto al cuartel, que también era estanco. Rezaba un cartelito, “A 0,25 céntimos”. Yo hice honor al dicho “está más contento que unas castañuelas” y lo recibí con una gran ilusión. Aparte de esto, siempre nos quedaba el consuelo de jugar con los juguetes de los más favorecidos.

Cuando mi hermano pequeño llegó a la edad de estas ilusiones, ya hacía dos o tres años que mi padre había fallecido. Mi otro hermano y yo dijimos, “Filín no podrá tener ningún juguete” (Filín llamábamos a nuestro hermanito, como diminutivo de Teofilín), pues en casa de mi abuelo bastante hacían con darnos comida y cobijo.

Faltaban unos quince días para Reyes. Yo había cogido mal de ojos (era propenso a esta enfermedad) y apenas podía salir de casa. Tenía los ojos continuamente llenos de legañas y dentro de casa en la oscuridad lo pasaba con menos molestias. Aquella mañana después lavarme los ojos con agua y ácido bórico, mi abuela me conminó a que saliera. Al final de la calle, en la esquina de la última casa y como protección frente a los carros, había una gran piedra. Al tomar contacto con la piedra para sentarme en ella, se movió. Quise probar mi poca fuerza y cuál no sería mi motivación por lograr desplazarla cuando sentí que algo metálico había debajo de ella. Lo intenté otra vez y al final levanté la piedra. Pensé morir de alegría: ¡Mis ojos malos habían descubierto unas monedas de plata! Mis manos las arrancaron de aquella tierra prensada por el referido malecón y raudo como un rayo partí hacia mi casa sin volver la vista atrás, presionando aquellas benefactoras monedas que como caídas del cielo estaban en mi mano.

Antes de dar cuenta a mi abuela del hallazgo las conté. Había una moneda de cinco pesetas, dos de una peseta y una de dos pesetas; total, nueve; un capital para mí nunca visto. “¡Abuela!”, grité más fuerte de lo acostumbrado. “¿Ya te has cansado, regranjodío, de la calle?” me contestó en igual tono. No sabía cómo empezar la historia. “¡Arranca ya de una vez! ¿Qué te ha pasado?”. “Es que me he encontrado estas pesetas...”, y se las puse delante de la cara. Los ojos de mi abuela se salían de sus órbitas al contemplar aquellas monedas de plata. En principio dudó de su procedencia, “Abuela, que sí, que me las he encontrado debajo de la piedra de la casa del tío Palomo; la de la esquina”. Se las entregué y con mucha cautela me aconsejó que no dijera nada a nadie.

Aquel día, como muchos otros, habían desayunado un torreznillo (trozo de tocino frito) y unas sopas de ajo típicas de tierras segovianas. “Espera, que te haré un huevo frito y te lo comes; después has de ir a buscar bacalao a casa de tía Isabel”. Me consideré bien pagado con aquel desayuno y marché a la tienda de mi tía (hermana de mi abuelo Martín) pensando por el camino que aquellas monedas harían las delicias de mi Filín y que los Reyes Magos se acordarían de él.

Tres pesetas reunimos mi hermano y yo, dos que mi abuela me dio, procedentes del hallazgo, y la otra de lo que ahorramos durante mucho tiempo. La víspera de Reyes fuimos a casa del hortelano que tenía una tienda de juguetes y compramos un avión y un cochecito con cuerda para poder correr. Lo llevamos a casa y lo enseñamos a mi madre, a quien le costó su correspondiente llanto, al igual que a mis tías, abuelo y abuela, que vieron en nosotros el cariño de hermanos huérfanos de padre.

No dejé de pedalear con la bicicleta

En la fábrica de aceite a partir de las fiestas todo marchó viento en popa. Los pedidos cada día eran más numerosos, por lo que también era mayor

el volumen de beneficios. Por la forma que trabajábamos el asunto era muy difícil que nos pudieran sorprender las inspecciones, así que para primeros de marzo finalizó la molturación y se fueron retirando las existencias de aceite a disposición de Abastecimientos. Se limpió todo y se dio por terminada la campaña con una cena de hermandad entre todos los que habíamos intervenido en el trabajo. Mi mujer cambió de aspecto, de su rostro desapareció el mal humor y para que estuviera más contenta el jefe nos gratificó con el aceite necesario para todo el año.

Ya estábamos en casa otra vez. Mi mujer, embarazada del segundo, empezó a ganar volumen y se encontraba bien. El negocio de la harina empezaba a ser menos rentable por la gran competencia de nuevos fabricantes que proliferaron como los hongos. La mayoría de las fábricas regentadas por sus propietarios temían quedar en la ruina en una enganchada, por lo cual las arrendaban a personas que lo único que podían perder era el arriendo y la correspondiente multa. Si hubiere sido ésta muy importante, en caso de quedar impagada la mayoría no tenía patrimonio que embargar.

Sumado a esta novedad, el gobierno autorizó a circular y vender libremente varios artículos de primera necesidad que hicieron mella en el consumo de pan. También fue autorizada la fabricación de harina del setenta y dos por ciento: de cada cien kilos de trigo habían de salir setenta y dos de harina blanca completamente, con la que se hacía el pan blanco. Hasta entonces era del noventa por ciento, una harina integral mucho más negra. Lo mismo se autorizó respecto a la calidad de las pastas de sopa que se vendían libremente.

Ante esta situación, a las compras de trigo se añadieron las de maíz y otros piensos como cebada y avena y se tomaron medidas en la contabilidad. Se tuvo que frenar la cuenta de gastos generales y rebajar la cartera destinada a gratificaciones, que por su volumen hacía bailar a los balances mensuales de comprobación.

Yo nunca tuve cuenta en la empresa pero a partir de aquí el jefe me abrió una

bajo el nombre de “comisiones”, cuyo resultado era el siguiente: de cada cien kilos de harina que yo vendiera en mis horas libres, la empresa me daría una comisión de diez pesetas. Esto para mí supuso no dejar de pedalear con la bicicleta que tantos corderos había llevado a Lérida los domingos, los días de fiesta y las tardes después del trabajo; un día a Portella, otro a Rosselló, otro a Almenar y otro a Torrefarrera.

Los domingos, como tenía más horas disponibles lo hacía a pueblos más distantes. Al mismo tiempo que esto me reportaba unos ingresos extras, aumentaron las ventas. Hasta que la campaña no estuvo finalizada no cobré ni una perra, pues para mí fue como una libreta de ahorros. No llegué a vender más de un vagón en una semana y sacaba por vagón mil pesetas. En aquellos tiempos eso era un capital y para mí suponía mucho, próximo como estaba al aumento de familia; y no quiero decir la manresana (Luisa), que ya pensaba



»Nuestras abuelas, materna Brígida y paterna Regina.

en el destino de aquella aportación.

Los consejos de mi jefe

Los balances eran menos positivos cada mes y un día los componentes de la sociedad (Soteras padre e hijo y los hermanos José e Ignacio Vidal) acordaron abandonar la fábrica y dejarla a disposición de su propietario. Esto les obligaba a volver a su antiguo negocio, principalmente el transporte con una buena flota de camiones. Nosotros sentimos una gran desilusión, pues estábamos abocados a tener que lidiar con el señor Piqué, quien ya había dado rienda suelta a su lengua diciendo que tan pronto dejaran la fábrica a su disposición nos mandarían a todos de paseo. Mientras el señor Soteras liquidaba las existencias de harina y subproductos de molinería acordamos entre todos que no nos dejaríamos avasallar por su proceder y acudiríamos a organismos competentes para defender nuestros derechos, consejo que nos dio el señor Soteras, que lo sabía todo por boca del mismo señor Piqué.

Era el mes de abril cuando, por necesidad de un viaje a Agramunt, el señor Soteras me dijo que si ellos dejaban la fábrica, él me abastecería de géneros de la misma para vender, y que mirara de poner un pequeño negocio de piensos, pues la ganadería se estaba desarrollando a paso ligero. No eché en saco roto las recomendaciones de mi jefe, ya que oficio no tenía y entonces era un poco difícil encontrar un trabajo de oficina (que podía ser lo mío) y menos en un pueblo. Es natural que la preocupación alcanzase a mi esposa en grado sumo, pues ella sufría por poca cosa, y solo pensar que yo me podía quedar sin trabajo le afectaba mucho. No tanto a mí, que en último caso podía solicitar el reintegro en la Guardia Civil, pero esto a ella no le gustaba.

El día 15 del mes de julio se hizo cargo de la fábrica el dueño, señor Piqué. Para entonces ya había venido al mundo nuestro segundo hijo, quien también vio la luz en casa de mis suegros, en la calle Arbones número 13 de Manresa.

Ella y el niño estuvieron bien atendidos por mi suegra, que ya era una experta en estas lides. En la pila bautismal de la Seo se le impuso el nombre de Antonio María Claret, el día 13 de mayo de 1951. Pronto regresé a mi trabajo, pues mi esposa se quedó en Manresa bastantes días, ya que yo sabía arreglármelas solo.

La víspera de cambio de dueño, cuando estábamos haciendo el conteo de mercancías y sacos vacíos que había en el almacén fuera del recinto de la fábrica, el señor Soteras me ofreció aquellos subproductos a muy bajo precio. Incluía muchos sacos usados, que naturalmente estaban allí por rotos, así como tres mil kilos de salvado de soja, ochocientos kilos de tercerillas y una cantidad similar de cuartas, a pagar cuando yo lo hubiera vendido⁴⁰. Quise pagarle parte del género, pero lo rechazó de plano. Mayores facilidades, imposible.

Tras autorizarme a disponer de aquel género me dijo: “Mire Escolar, yo sé de los problemas que se les van a presentar a ustedes con el señor Piqué; no se ponga bajo sus órdenes, porque les va a hacer la vida imposible. Con esta mercancía empieza usted el negocio y mercancía para vender no le va a faltar”. Y añadió en catalán, “Que val més ser cap d’arengada que cua de lluç” (más vale ser cola de arenque que cabeza de merluza).

Yo le contesté que si el señor Piqué procedía a mi despido yo reclamaría ante la autoridad competente todos mis derechos, pues trabajando con él no fueron más que deberes y mal retribuidos. Lo único que no haría sería poner sobre el tapete sus manejos de ventas ilegales porque eso lo consideré siempre como un trabajo más de la empresa que no me atañía. “Tiene toda la razón”, me contestó, y añadió: “Yo tengo un amigo que es abogado en Lérida llamado Ligros, si necesitas algo de él yo le hablaré. Acude a él sin reparos, que es una bellísima persona y lo hará por ti como si de mí se tratara”. Me dio una tarjeta, que guardé en la cartera porque estaba seguro que habíamos de necesitar

40 Cada cernido da lugar a un tipo diferente de harina, denominada de primera, segunda, tercerilla, cuarta y salvado.

sus servicios.

El señor Soteras se despidió de nosotros como un caballero y a mí me dio los cuartos que por mis ventas me correspondían. La anterior conversación se la comuniqué a mis compañeros de trabajo. Entre todos sellamos el acuerdo de ir a donde fuera necesario para hacer valer nuestros derechos. Para lograr los cobros e indemnizaciones era necesario presentar ante Sindicatos una demanda contra el proceder del patrono, para lo cual necesitábamos los buenos oficios de un abogado. Yo sabía que podía salir del paso, porque estos documentos oficiales guardan similitud; me revestí de valor y empecé a confeccionar un borrador.

Nos reunimos con el señor Piqué en mi despacho todos los trabajadores menos el molinero, quien no acudió a la cita por expreso deseo del dueño (a éste no le va a tocar la china, dije para mí interior). Empezó la sarta de embusterías para justificar el despido: que ponía un gerente al frente de la misma y que dicho señor quería personal nuevo en la harinera. Después de una larga discusión le hicimos saber que era improcedente y temerario su actuar, y que recurriríamos ante el organismo competente, pues no estábamos dispuestos a marchar de la empresa con las manos vacías. “Ya sabe usted que aún nos adeuda alguna paga extra y las horas extraordinarias que tantas veces prometió pagarnos”, le dije yo. Más bien violento que pacífico nos conminó a marchar, diciendo que allí ya habíamos acabado la faena.

Al día siguiente me trasladé a Sindicatos y expuse el caso al jurídico señor Claverol. Éste me dijo que habíamos de exigir al dueño de la empresa una papeleta de despido en la que habían de constar los motivos, y presentarla con la correspondiente demanda ante el jurídico de Sindicatos de Lérida. Después de leer parte de la demanda éste la dio por correcta y dijo que ya nos avisarían para el juicio de conciliación. Me dijo que nos amparaba la ley y que el patrón no sabía en qué terreno se había metido. El trámite fue rápido y en presencia del abogado señor Ligros llegamos a un acuerdo en la indemnización.

V. MIS PRIMEROS NEGOCIOS

“La huerta ya está soñando con los frutos del mañana...”

El comercio libre de cereales pienso

En las semanas siguientes me dediqué a vender a comisión piensos compuestos para una casa de Reus. Alquilé un mini almacén en Casa Serny en el que no cabían diez mil kilos de género, pero que estaba muy bien situado: en la plaza de la iglesia y próximo a mi domicilio. Despachaba, además, salvados y cuartas, que me reportaban más ganancias que la mensualidad que hasta entonces había percibido de la harinera.

Visto el éxito del nuevo comercio, cuando disponía de más efectivo di principio a la compra de cereales pienso. Su comercio era libre y algo me costó que su volumen fuera interesante pues ya había algún comerciante veterano en el pueblo con el que era muy difícil competir. No cegué en el empeño y después de unos meses ya tenía una buena clientela, siendo la causa el pronto pago de la mercancía que de los agricultores recibía.

Empezada la campaña en la anterior empresa con nuevo personal, éstos me informaron que habían perdido mucha clientela cuando se supo que el señor Soterias ya no la regentaba. Yo también les resté clientela, ya que la mayoría de los agricultores de Alguaire me entregaban a mí el trigo de canje legal y el cupo para su entrega en las fábricas de Lérida. Esto me reportaba unos

ingresos, porque los distintos fabricantes me pagaban comisión y en algunos casos el jefe de Panera me primaba el trigo.

Yo conocía la mecánica de los documentos que el jefe de Panera extendía a los agricultores, lo que me llevó a la amistad de dicho funcionario: cuando llegaba con la mercancía y había de hacer cola para la descarga, él me requería para que entretanto le ayudara en la oficina de recepción. En aquella campaña por mi cuenta llegué a mover más trigo del que había molturado la antigua fábrica con el señor Piqué en tres meses. Cuando la acabé la gente me decía, “¡Hasta el año próximo!”, señal inequívoca de que estaban contentos conmigo.

En Lérida se admitía trigo durante toda la semana, lunes y martes en la harinera de Gualda, miércoles y jueves en La Perfecta y viernes y sábado en la de El Guía. A todas me dirigía con mi mercancía, que en muchas ocasiones era trigo de estraperlo; y tuve buena acogida porque todos los fabricantes me conocían por mis servicios de contable en la fábrica de harinas de Alguaire.

Acabada la temporada del trigo, empecé las aceitunas, artículo más peligroso que el trigo por estar más vigilado y carecer de menos radio de circulación. El trigo podía circular por toda la provincia al amparo de la declaración de cosecha, documento que se denominaba C-I, sin embargo la circulación de la aceituna no estaba autorizada más que dentro del término municipal y acompañado del correspondiente conduce; si te enganchaban fuera del término te intervenían la mercancía y de postre la multa. Las dos almazaras de Alguaire se pusieron de acuerdo para el precio de las olivas de estraperlo.

Yo veía la diferencia de precio respecto a las almazaras de Lérida, Almacellas, Rosselló y muchas más; y me lancé a buscar clientes. Además del precio reducido, iba a su casa a cargar y cobraba al contado la mercancía. Cada día había de salir con dos carros cargados de aceituna para diferentes destinos, procurando siempre los más próximos y a horas intempestivas de la noche, pues es obvio que de día me habrían echado el guante nada más salir de casa.

Para el transporte de la aceituna en la mayoría de los casos empleaba el carro con dos mulas en su tiro; ya después fue tracción mecánica. Con los carros tuve muchos problemas, porque las noches de lluvia, de nieve alguna y de frío eran fatales. Yo empleaba la bicicleta en vanguardia de los carros, explorando los caminos para no ser sorprendidos. Los mismos dueños de las carretas las conducían por un tanto por ciento. Y lo hacían a gusto, porque en aquellos tiempos de escasez y privaciones les venía, como a mí, de mil maravillas.

Entre los muchos percances que sufrí recuerdo uno en que las pasamos canutas. Una noche de ventisca y frío horroroso salimos dos carros cargados cada uno con treinta sacos de cincuenta kilos de aceituna. Visto el mal tiempo ordené a los arrieros que enfilaran la carretera de Lérida; iríamos a descargar a Rosselló por ser el molino de aceituna más próximo y el de mejor acceso, aunque más peligroso por ser carretera nacional. Serían las dos de la madrugada cuando en las inmediaciones de Tabac uno de los carros orilló demasiado y volcó en la cuneta. Al carretero y a las mulas no les pasó nada, pero la mayoría de los sacos de la aceituna se salieron de la caja y algunos se desataron y cayeron por tierra.

Para salvar la mitad de la partida en caso de que nos sorprendieran, escondimos el otro carro en un camino fuera de la carretera. Sin apenas visión, recogimos las aceitunas, atamos los sacos y levantamos el carro tras desenganchar las mulas. ¡Nadie sabe lo que nos costó! Una vez tuvimos todo preparado el dueño del carro procedió a su enganche. Aquí el problema fue la mula que iba en varas era guita y soltaba cada taina que sacaba chispas⁴¹. Yo le dije a su dueño, “¡José, esto es una mula o la Carmen Sevilla!”, y así se llamó en adelante la dichosa y desagradable mula. No había manera de hacerla entrar en las varas y delante de la otra no podía ir, porque le hacía la vida imposible. Todos preocupados porque no se nos echara el día encima; y si se retrasaba un viaje, hacer dos en un día era de todo punto imposible.

⁴¹ Una mula guita es una mula falsa, y una taina es una coz.

Se revistió de valor el José y, ayudado por todos y con peligro de nuestra integridad física logramos meter a la Carmen Sevilla en varas. El otro carretero sacó el carro del camino y en una hora estábamos en las puertas de la almazara. Eran ya cerca de las seis de la mañana y el dueño nos reprimió por llegar tan tarde.

Durante el día operaba con granos

Descansar no era mucho lo que me tocaba, pues durante el día había de atender a los granos: maíz, cebada, avena, cuartas, etcétera. Aunque a decir



»El Joan abriendo paquetes de regalo en el Seminario Conciliar de Lleida. Año 1951-1952 aproximadamente.

verdad tenía un jornalero que se cuidaba más que yo de estas mercancías: era un chico joven, cumplidor con su cometido, que se portó siempre bien y en quien deposité mi confianza. Mi esposa despachaba las cantidades pequeñas que los vecinos requerían para sus gallinas, cerdos y conejos, de lo que se quejaba a veces; pues con dos pequeños y la casa ya tenía suficiente trabajo.

Transcurridos ya el año 1951 y parte de 1952 requerimos los servicios de una chica que aliviara a mi mujer del quehacer de la casa; la situación económica ya nos lo permitía y no se había de matar todo lo que estaba gordo. Nos habíamos cambiado a un piso en la plaza de la iglesia, que en los bajos tenían un almacén que aunque pequeño era mayor que el anterior de casa Serny. Aquí ya podía almacenar hasta diez mil kilos de grano y varios sacos de pienso y salvado, lo que me permitía mayor movimiento de mercaderías.

Empezó la cosecha de cereales del año 1952 y pronto vino la gente a visitar mi hogar para concretar operaciones de cebada y avena, los productos que antes se recolectaban. Aquel año mi principal comprador fue COPAGA (Cooperativa Provincial de Avicultura y Ganadería), de la que era director gerente don José Teixidó Balcells. Yo había conocido a dicho señor cuando trabajaba en la harinera, ya que entonces era el secretario provincial de Alimentación, y por lo mismo secretario del ramo harinero. Le oferté algunos vagones de cebada y avena al precio del mercado y me dijo, “Para comprarlos a un desconocido te los compro a ti, y como veo que empiezas este negocio te pagaré al contado si así lo deseas y si no los sábados; así cada semana tú podrás pagar a los agricultores su mercancía”. ¡Cuánto se lo agradecí! Con esta casa se me abrieron las puertas de muchas otras que se dedicaban ya entonces a la fabricación de piensos compuestos.

A partir de entonces empecé a suministrar a granjas de pollos y gallinas como la del señor don Joaquín Mora Gaya y la del señor Ramón Solé, que entonces tenían fama de ser las más importantes en avicultura. Al señor Solé le conocía por su negocio en hierros y al señor Mora por haber sido capitán de mi

regimiento y después comandante mayor. Con él pasé después ratos recordando nuestros tiempos de milicia en las fuerzas armadas. Cuando acudía a su casa para el cobro de facturas de maíz que le había suministrado, su señora, Pilar Mascaró, me decía muchas veces, “Yo no sé qué le pasa a mi marido, que no ríe más que cuando habla con usted”.

En verdad el señor Mora era una persona de carácter serio y como buen militar que lo fue debió de pegársele este hábito. Traté con él por espacio de dieciocho años y en lo que yo lo conocí fue un gran hombre. Muchas toneladas métricas de maíz le serví para abastecimiento de su granja, que entonces estaba en lo que hoy es colegio Episcopal. Al vender el edificio al Obispado, trasladó las aves a otras naves que construyó al lado de las balsas de Alpícat. Tenía molino para la molturación de los cereales y mezcladoras; una fábrica en pequeño donde se hacía todo lo que consumían las aves. El señor Solé aunque no tenía tantas aves disponía igualmente de todo lo necesario para la fabricación de los piensos.

Como cada día aumentaba el movimiento de mercaderías, requerí los servicios de un jornalero fijo. José Bañeres se llama. Me puse en contacto con su familia y llegamos a un acuerdo sobre la soldada y horas de trabajo. No ignoraba él nada de mi negocio, pues siempre supo granjearse mi confianza. Aún hoy es un gran amigo, ¡y de cuantos avatares vividos podría hablar!

En el negocio del grano se movían muchos kilos y la rentabilidad era muy justa, pero trabajando de lo lindo ibas tirandillo. Solía ganar de quinientas a mil pesetas por vagón, y de aquí había de pagar gastos de saquerío y el sueldo del jornalero, que era en aquel tiempo de trescientas pesetas cada semana. Nunca me quejé del negocio del grano, pues trabajaba tranquilo y sin miedo a los de Tasas o Recursos, ya que era de venta libre.

El trato se cumplía a rajatabla

En julio de 1952, ya en marcha las fábricas de harina en la provincia, empiezo con las comisiones de diez céntimos por kilo de trigo de cupo para harina entrado en fábrica. El trigo de cupo era el que el agricultor venía obligado a entregar al Estado, que servía para el abastecimiento de la población no agrícola. Luego estaba el de la puerta falsa, el que tenía el riesgo; pero si no te pasaba nada podías ganar diez veces más que con el legal.

Yo les sacaba a los agricultores sus trigos de canje y cupo de casa en sacos de mi propiedad, y la harina se la llevaba a su domicilio cuando a mi me la entregaba el fabricante; no tenían necesidad de moverse de su casa, y no se le cobraba ni cinco céntimos por éste trabajo. Así que no es de extrañar que la mayoría de los vecinos del pueblo me entregaran a mí la mercancía, pues si la llevaban a la harinera de Alguaire perdían como mínimo medio día.

Había un bar adonde acudían los agricultores a degustar el café del medio día o de la noche, y que en estos pueblos sirve también de lonja de contratación de cereales o ganadería. Hasta entonces no había sido asiduo a bares y cafés. En mi vida de Guardia Civil iba de tarde en tarde y nunca durante mucho rato, y cuando trabajaba en la harinera mi esposa ponía mala cara si asistía y por no disgustarla regresaba pronto. En este café me confrontaba con los payeses y dejábamos cerrado el trato verbal de la compra del trigo sobrante (que era el que daba más perras), de la cebada, maíz o lo que fuera.

Salvo en algún caso aislado, el trato se cumplía a rajatabla, ya que en caso contrario la voz de tu mala acción corría como la pólvora por los refugios nocturnos, la confianza comercial que habían depositado en ti se esfumaba y la clientela desaparecía.

En aquellas fechas ejercíamos esta profesión cinco o seis familias en Alguaire, y tenías que cumplir y aguantar la competencia, además de poseer un carácter nunca exento de buen humor. Siempre dije que en los negocios de pueblo

hace mucho el comportamiento con el cliente y hasta se ha de ser un poco psicólogo, pues cada persona es un mundo diferente. Algunos necesitaban un trato especial por su tacañería y conservadurismo, que nunca critiqué. Creo que cada uno es dueño de sus actos en la vida, siempre y cuando no exista la violencia en las personas y las cosas; extremos éstos ausentes en mi negocio y en mi proceder ante la sociedad.

Una vez instalados en la nueva vivienda, acondicioné el corral que había en la parte de atrás para la cría de cerdos con una capacidad de treinta cabezas, que era alta en aquellos tiempos. Habilité también un cuartucho-altillo para una docena de gallinas, de forma que mi esposa no tuviera necesidad de comprar los huevos en la tienda. En el sobrado (en catalán *asgolfà*)⁴² monté dos baterías, cada una para la cría de doscientos cincuenta pollitos raza broiler⁴³, que estaban en los mercados. El pienso compuesto para su desarrollo lo compraba en la cooperativa COPAGA, de la que yo era socio, pues resultaba más barato.

Por aquel entonces se cultivaba bastante arroz en la huerta y en terrenos pantanosos, que no servían más que para esta clase de cultivo. Durante unos años Alguaire sacó buenos dividendos de este artículo y hasta se construyó delante de la fábrica de harinas un molino arrocero. Una industria más que dio trabajo a varias personas de ambos sexos. Por eso me dediqué también a la compra de arroz en cáscara y fui proveedor de este molino una temporada. Luego lo dejé por el mal comportamiento de sus dueños en los pagos y encaminé las ventas a una casa de Lérida muy seria en el comercio ya entonces muy famosa por sus manufacturados: Matutano.

Más adelante el cultivo de arroz desapareció y no se ha hablado más de este producto en la comarca. Entonces se empezaron a preparar las fincas de la huerta para la plantación de frutales, que en pocos años supusieron un

42 Altillo ventilado donde se guardaban los trastos y la matanza del cerdo, para su curación.

43 Variedad de pollo destinada específicamente a la producción de carne.

movimiento importantísimo de capital. Fue Lérida una de las provincias más prósperas y de movimiento bancario más importante en la nación.

Empezada la campaña aceitunera del invierno me visitó el dueño de la almazara de Almacellas y me pidió que no le sirviera aceitunas en más cantidad, pues su intención era trabajar a tope. Yo le dije: “Mire señor Martorell, tengo varios fabricantes que esperan también mi mercancía; siempre me han comprado y no les puedo defraudar. Además, su almazara está algo más distante, bien sabe usted que es infernal para los carros y el porte del género puesto en su fábrica me cuesta más”. “Si he de pagar algo mas la aceituna se lo pagaré, pero no me deje sin olivas”, me contestó.

El primer viaje que dimos a Almacellas con dos carros los cargamos hasta la bandera: cuarenta sacos cada uno de cincuenta kilos; en total cuatro mil de aceituna. A la salida de Alguaire para ir a Almacellas existe una cuesta que por entonces era malísima por lo mal cuidada. Subir por allí los carros con su carga era un empeño loco: tuvimos que enganchar las cuatro mulas a un carro, subir la cuesta, dejar el carro arriba y volver a buscar el otro. En la almazara de Almacellas descargamos como siempre todo lo rápido que pudimos y me fui al piso del señor Martorell a cobrar, pues nunca estaba en la fábrica cuando nosotros llegábamos. Me pagó el importe de las olivas y la bici ya me esperaba para ir a casa. Al día siguiente a Rosselló y así cada día o cada dos, según la abundancia de género. Mientras estaba fuera, la Luisa sufría por si me habían echado el guante.

A los pocos días, cuando iba a Rosselló con los dos carros una persona del pueblo me dijo que habían salido con un coche a vigilarme en el camino de Vilanova del Segriá, porque pensaban que el viaje lo llevaría al Fanchico (fábrica de esta localidad). Yo nunca le había servido a este señor un saco pero decidí cambiar la ruta y enfilamos para Almacellas, aunque era más pesado el viaje. Quien nos espiaba era el fabricante señor Siurana, que me la tenía amenazada con el otro fabricante con almazara en Alguaire, el señor Rufino.

Ellos poseían las fábricas y bien podían pagar la aceituna mucho más que yo, pero no lo hacían.

Malas cosechas por la sequía

La recogida de aceituna era una campaña corta, porque cada día se arrancaban más olivos debido a su poca rentabilidad. En junio de 1953 empezó la siega de la cebada y yo empecé la compra de este cereal. Mala cosecha a causa de la sequía: poca cebada se recolectó y por lo tanto pocas operaciones. En la finca de Tabac, la mayor del término, sus arrendatarios estaban desolados porque no harían cuartos ni para la simiente, a pesar de la subida de precios. Los cuartos de la semilla del año anterior me los debían a pagar con la cosecha de éste. Les compré todo el grano y así pude cobrar. Al año siguiente esta finca la cultivaron unos señores de Vilafranca del Penedès que poseían máquinas de toda clase: dos tractores, una caterpillar y una cosechadora que jamás se había visto en el término municipal de Alguaire. Mal les fueron también las cosechas.

Cuando se dio comienzo a los trigos, dentro de la poca cosecha que había trasegué algunos vagones de trigo en las diferentes modalidades, canje, cupo y demás. Se trabajó más en las partidas de extranjería: el saco de cien kilos de esta harina se puso a mil y pico pesetas. Yo me puse en contacto con el señor Torruella, dueño de la fábrica de harinas de Ricardo Guis, antiguo propietario para la venta del trigo. Aquel año casi todo el género que trafiqué fue a parar a su fábrica. Yo conocía allí al contable, el señor Crespo, pues procedía del Cuerpo general de Policía y estaba de excedencia.

Fue un año malo para la agricultura, pero debido a los altos precios de la harina fue bueno para los fabricantes, de lo que algo nos beneficiamos los proveedores. Y no me escondo de publicarlo, ya que si no lo hacía yo lo hacían otros. El hambre da muchas coces y uno se tenía que tirar al monte a buscar

el pan y tirar adelante. ¡Pobre del agricultor que hubiera tenido que vender la totalidad de sus productos a los precios legales!

El carro fue dando paso al camión

En el mes de noviembre entramos de lleno en la recolección de la aceituna con un reajuste en el sistema de transporte. La mucha experiencia de emplear el carro y las mulas fue dando paso al camión. Esto supuso, primero, más rapidez en las entregas, segundo, más capacidad de carga y tercero, menos riesgo por horas empleadas en el transporte. En Alguaire estaba censado como transportista don Marcelino Illa propietario de dos camiones de seis mil kilos de carga útil, que ya había trabajado para la harinera de Alguaire durante mi estancia en la misma. Le expliqué el plan a seguir y lo que le podía pagar por tonelada y kilómetro, y lo aceptó al momento. Trabajaba junto a dos hermanos suyos y un sobrino huérfano de padre y madre.

Fui a visitar expresamente al fabricante de aceite leridano señor Salla, que tenía la fábrica enclavada en la calle Anselmo Clavé. Tenía fama de trabajar mucho y bien en el negocio aceitero y a mí me interesaba que comprara cantidad de aceituna, pues el señor Martorell de Almacellas estaba bajo de forma. Cuando le hablé del asunto y le dije quién era, el señor Salla me dijo: “Ya lo conozco a usted y no tengo ningún inconveniente de comprarle un viaje diario, si llegamos a una inteligencia en los precios y en la calidad del género”. “Tengo algún cliente más, pero dos viajes a la semana quizá sí se los pueda servir”, le respondí. Y quedamos de acuerdo para servirle el primer viaje.

En esos años la ciudad de Lérida sufría de la presencia de un forajido que tenía en vilo a sus habitantes, pues además de robar se cobró algunas víctimas con una escopeta. Creo que fueron un sereno y un vigilante de noche de los talleres Fort en la avenida de los Mártires, en la margen derecha del Segre, aguas arriba. Lérida estaba colapsada y a partir de las nueve de la noche no

circulaba nadie por sus calles. Los cines, bares, cafés y algún otro centro de recreo también sufrieron las consecuencias de la incómoda presencia del asesino nocturno.

De esto nos dimos cuenta inmediata en el primer viaje que realizamos a la almazara del señor Salla. El señor Salla nos dijo que desde que este facineroso se había adueñado de la ciudad, ni los inspectores de Recursos ni los de Tasas se dejaban ver de noche por su fábrica, lo que le permitía trabajar libremente. Aunque a mí y al camionero también nos suponía una gran tranquilidad, montamos el siguiente servicio de vigilancia: a unos doscientos metros de la almazara existía y aún existe el garaje Universal, que por miedo cerraba de noche, y permanecía un vigilante en su interior. Pedimos al encargado que nos dejara entrar el camión de noche cargado de género, nada más por unos momentos, y le pusimos al corriente de nuestro negocio. Conocían de sobra al transportista y ni él ni el vigilante pusieron inconveniente. Naturalmente, les pagamos lo que merecían.

Llegábamos al garaje a la hora que fuera, nos identificábamos antes de abrir la puerta y metíamos el camión. Yo me acercaba a la almazara caminando, daba los golpes convenidos en la puerta y el empleado me decía si podía descargar. Nunca encontré dificultades. Me volvía al garaje, sacábamos el camión, a descargar, cobrar y para la casita. No escapó el asesino a la acción de la justicia y una noche fue detenido en un bar próximo a la Escuela de Trabajo. Resultó ser un tal Marcelino Escuert, según creo de Alpicat. Le condenaron a morir a garrote vil, y volvió la tranquilidad a los sufridos vecinos de Lérida y comarca⁴⁴.

Me fui entendiendo en la venta de subproductos de molinería y con el camión

44 El garrote vil es una forma de ejecución muy usada en España que consiste en un aparato metálico que sostiene el cuello por delante con un collarín y provoca la muerte por el hundimiento de las vértebras cervicales. La pena de muerte fue utilizada en España sin interrupción hasta 1932. Fue restablecida en octubre de 1934 para delitos de terrorismo y bandolerismo, y Franco la reincorporó plenamente en 1938. Las últimas personas ejecutadas fueron dos militantes de ETA y tres del FRAP, en 1975. La constitución de 1978 abolió la pena de muerte, excepto la considerada por la legislación militar.

del señor Marcelino hacíamos varias viajes a fábricas de Aragón, del señor Bernal de Zaragoza, el señor Campos de Monzón, el señor Ibarz de Grañén, la harinera de Fonz (estos tres en Huesca), etcétera. La ganadería se empezaba a desarrollar en la provincia y proliferaban las fábricas de piensos compuestos.



»El Manél con la palma de un domingo de ramos, a los 3-4 años.

Los precios cedían y la competencia aumentaba

En abril del año 1954 abandoné la bicicleta y compré una moto marca Sadrian, en los talleres Pere Marc de Lérida. Me dieron el carnet tras un examen de conducción que aprobé a la segunda, en la delegación de Industria, instruido por el señor Certales, quien tenía fama de ser muy meticuloso. La moto me había de resolver muchos problemas, ya que conectaba con más gente del negocio y me podía desplazar a mayores distancias, principalmente en las compras de maíz y aceitunas. Mi asalariado, José Bañeres, hizo su aprendizaje en la moto y a veces me sustituía en los desplazamientos a menos distancia, hasta que logró su carnet de conducir.

Este año la marcha del negocio fue buena, pues se trabajó en todo. Aunque los precios iban cediendo por la abundancia y por pasar a venta libre algunos productos, la competencia era mayor. Los pueblos se empezaron a llenar de nuevos comerciantes que durante la intervención habían estado en el anonimato. Ese fue el motivo de que yo explorara la comarca de Urgell, donde el cultivo del maíz era prioritario. Vilanova de la Barca y Alcoleche fueron los primeros. En Vilanova encargué la compra mediante una comisión por kilo a un tal Ramón Balagué, y en Alcoleche a un tal Jaime, a quien de mal nombre le decían el Musa.

En los terrenos de huerta los olivos daban paso a plantaciones de árboles frutales, que aquel año fueron muy espectaculares: el melocotón, la pera y la manzana ya empezaba a sonar en los mercados de la fruta de Lérida, aunque primaban las frutas de Aragón, principalmente las de la rivera del Jalón, y el melocotón de Murcia. Considerando el porvenir de la fruta en esta provincia empecé a maquinar la idea de dedicarme a ella. De esto sabía menos que un caracol en un secano, pero aunque fuera perdiendo algunas perras lo había de intentar. Con estas ideas en la cabeza finalizó el año cerealista y empecé la campaña aceitunera.

Tras la campaña del trigo, la aceituna. Alterné su compra en Alguaire, Fondos de Almenar, Almacellas (en la parte más productiva de su término municipal) y en la huerta de Lérida, que nunca había tocado; principalmente en la partida de Serdera y Camino Viejo de Vallcalent y Montagut. Unas veces con el camión de Marcelino y otras con un camión de Castellldans cuyo propietario era el señor Ramis. Cuando éstos no podían servirme alquilaba a otros, como un transportista de Alguaire llamado Ramón Gonzalez, alias Canot, quien trabajó mucho para mí en las harineras y cereales pienso. Murió joven.

Esta temporada me centré en la comarca de Las Garrigas, de extraordinaria fama por sus aceites y abundancia de aceituna. A las almazaras de aquella zona les servía aceituna procedente de Lérida, Almenar, Alguaire y Almacellas; buena en calidad pero de menor rendimiento en aceite que la aceituna de Las Garrigas. Tenía buenos clientes en Castellldans, Juneda y en la Cooperativa de Borjas Blancas. El que más me consumía era el señor Pujol, de Artesa de Lérida, que siempre me decía la misma frase para que no le faltara género: “¡Escolar, tú ataca; ataca!”. Muchos kilos le vendí, aunque al final acabó como el fabricante de Almacellas, sin plumas y cacareando. Mucho me costó cobrar los dos últimos viajes que le serví.

Busqué un comisionado que me representara en Las Garrigas para la venta de aceituna. Pensé encontrar la persona adecuada en un vecino de Castellldans a quien le decían de mote el Cols (en castellano, el Berzas). Era un elemento que conocía bien el manejo del negocio y tenía muchos comerciantes de este artículo en su agenda. Yo no los conocí, porque de todo se cuidaba él. Mientras trabajó conmigo se portó relativamente bien, pero después se unió a una cuadrilla que operaba en aceites y la ambición les hundió. Al final me escamoteó catorce mil pesetas.

El alcalde del Ayuntamiento de Alguaire protagonizó un intento de intervención. Aquel día de enero teníamos carga suficiente en Alguaire para completar el camión del señor Marcelino, seis mil kilos de aceituna con destino a la

almazara del señor Salla de Lérida. Empezamos a cargar en casa del Estruch, vecino de esta villa, y en casa González; y finalizamos en las afueras, en casa del Manchado. Serían las dos de la madrugada cuando se personó el señor alcalde delante del camión y ordenó al chofer que no saliera de allí, pues teníamos que llevar la aceituna a la almazara del señor Rufino. Esta almazara estaba delante de la casa del alcalde, por lo que al dueño no le hacía falta más que atravesar la calle para poner el caso en conocimiento del alcalde.

Triste ignorancia, me dije yo, y le contesté que las aceitunas estaban pagadas a duro el kilo y que si él me las pagaba al precio de Lérida no habían ningún inconveniente en servir las al señor Rufino (yo sabía que el máximo que pagaba era de tres pesetas por kilo). El señor Marcelino, ya enfadado, le dijo que si no salía de la delantera del camión le atropellaría y que se hacía tarde y allí sobraba. Marchó sin lograr su propósito.

El alcalde acudió con las alpargatas en chancleta, a medio vestir y con un nerviosismo que no era habitual en él, por lo que es de suponer que fue sacado de la cama. El chivatazo para sorprendernos in fraganti partió de un operario del señor Rufino que vivía en la calle donde cargamos una partida de aceituna y que en plan pelota lo fue a comunicar a su jefe, como cazador que levanta la liebre para que otro la liquide. Razones debía tener para disponer a aquellas intempestivas horas de los servicios de la primera autoridad civil del pueblo. Fueran las que fueran, como buen vecino y rector de los destinos de la villa no era justo abusar de los agricultores, a los que estafaba dos pesetas por kilo de género.

Por estas fechas se personó en mi casa mi antiguo patrón, el señor Soteras, para proponerme que volviera a trabajar para él como contable en la fábrica de harinas de Balaguer, de la que era arrendatario en compañía del señor Regany. El sueldo que me propuso no era nada despreciable, y dijo que me pagaría el piso y la luz. Se lo agradecí mucho y le dije que yo estaba a gusto en Alguaire; había hecho lo que él mismo me aconsejó, lo tenía bien enfocado

y un traslado de la familia en aquellas circunstancias no era aconsejable. Lo comprendió, se ofreció para todo lo que me pudiera hacer falta y nos despedimos con un fuerte apretón de manos. Era un caballero.

El año 1955 fue también de mucho movimiento. Descubrí que las villas de Bellvís y Golmés tenían grandes reservas de maíz. Me informé de las personas que podían dedicarse a comprar para mí. En Bellvís se lo encargué al señor Patra, hombre curtido en estas lides que había comprado a comisión para la firma Valle Companys de Lérida. En Golmés se encargó un tal Badeixo, a quien yo conocía de la localidad de Bell Loch, su residencia anterior. Muchos fueron los kilos que transporté de Lérida a las granjas del señor Mora, Ibáñez y Ramón Soler, aunque la mayor cantidad la consumía la COPAGA, principal proveedor de este cereal. También compré en Els Arcs y El Palau d' Anglesola.

Esta cooperativa crecía a pasos agigantados y contaba con un importante número de socios de Lérida y provincia, y de la provincia de Huesca, vecinos de Monzón, Binéfar, Fraga, Barbastro, Graus, etcétera. Su dirección tuvo que ampliar la capacidad de fabricación de piensos y aumentar los puestos de trabajo, éxito logrado gracias al celo desplegado por su gerente director, José Teixidó Balcells, trabajador honrado y con una vocación de cooperativista fuera de lo corriente. A él se debe que esta empresa sea hoy una de las mejor organizadas y solventes del ramo en España.

La libre circulación de la aceituna

Por estos meses salió una disposición de Abastecimientos y Transportes que autorizaba a los agricultores (previo conduce extendido por los ayuntamientos tras la declaración de cosecha), a circular por toda la provincia; así que el dueño de la aceituna podía trasladarla a la almazara que creyera más oportuna. El conduce ya no era necesario para circular por el término municipal; se

exigía sólo para salir de él. No recuerdo la fecha en que aquella circular salió a la luz, pero no se me olvidará lo que me pasó el día que el diario La Mañana de Lérida lo publicó.

Ese día yo había contratado un camión para llevar un viaje de aceituna a Lérida (cien sacos, cinco mil kilos). Empecé a cargar el camión un poco tarde, debido a que el camión no acudió a la hora convenida, primero casa Pedro Tarrado, que era un gran cosechero, después casa La Fustera, para acabar en casa Canot. Al terminar de cargar en casa Tarrado pasó por la calle un empleado de la almazara del señor Siurana (en la carretera de Alguaire a Almenar, a las afueras del pueblo). El mal sabor de boca que los dos almace- reros tenían contra mí me hizo suponer que se iría de la lengua. Di prisa a los cargadores y cuando el camión estuvo completo enfilamos la calle Patio con dirección a la plaza y bajamos a la carretera de Lérida.

El final de la calle Patio era estrecho: apenas podía pasar nuestro transporte y con peligro de tocar en los balcones de la casa de la esquina. Abandoné la cabina y me situé delante del vehículo con la mano levantada, para dar indi- caciones al chofer. “¡Alto!”, sentí a mis espaldas, y noté cómo una mano me sujetaba por el hombre derecho. “¡Ya te cogí!”, añadió la voz. El camión paró en seco, me volví y cuál no sería mi sorpresa al ver delante mío nada más y nada menos que al señor Martínez, inspector jefe de Abastos, acompañado por el señor Artacho, de Recursos.

Cuando me preguntaron qué llevaba aquel camión, me revestí de valor y con mucha sangre fría les dije que no sabía nada, que me encontraba en aquel estrecho pasillo porque había ido a echar una mano al camión. El se- ñor Martínez me amenazó con detenerme y me pidió ordenara al chofer que sacara el camión de allí y lo llevara a la plaza, donde había un guardia de la policía armada que les servía de conductor. Me aproximé a la cabina y dije a mi empleado estas escuetas palabras: “José, di que las aceitunas son tuyas y que las llevabas a tu casa, de lo otro me encargo yo”.

Empezó el sarao en la plaza, aunque la fiesta era otra. El señor Martínez y yo nos conocíamos de alguna inspección cuando trabajaba en la fábrica de harinas, ¡y no digo el señor Artacho, que me despreció las diez mil leandras en Benavent! El primero en arrancar la conversación fue, como es natural, el señor Martínez, hombre serio y que yo consideraba insobornable, pues hacía años que desempeñaba su cargo en la delegación provincial de Abastecimientos y Transportes de Lérida. Su jefe era el señor Alija, abogado que también había pertenecido al Cuerpo Superior de la Policía como inspector de primera clase.

“Mire Escolar, dígame la verdad y saldrá mejor parado, usted es el dueño de la mercancía y su intención es llevarla a Lérida a la almazara del señor Salla; porque no es este el primer viaje que realiza a dicho establecimiento”. “No sé de qué me habla, señor Martínez, el dueño de la mercancía es el que ocupa la cabina con el chofer, me supongo, porque es un productor de aceitunas y yo no tengo ningún olivo”. Sus labios dibujaron una sonrisa burlona como respuesta, y continuó: “Por de pronto usted va a quedar detenido, las aceitunas las vamos a descargar en la almazara del señor Siurana y confesará dónde las ha comprado y el precio al que las ha pagado”. Vana pretensión, porque yo nunca denuncié a las personas que me vendían los géneros, extremo por el cual los agricultores ponían en mí su confianza. Le contesté muy sencillamente que no me daba por detenido, primero por ser un vecino de Alguaire con todos los documentos necesarios de residencia y segundo porque nada tenía que ver en aquello.

El señor Artacho se trasladó con el camión a la almazara referida junto a mi empleado y el señor Martínez se trasladó al cuartel de la Guardia Civil en el que yo había pasado cuatro años. Supe después por el cabo comandante del puesto lo allí acaecido: levantaron acta de intervención por circulación clandestina de aceituna a mi empleado, quien en su diligencia hacía constar que era propietario del artículo y que lo transportaba a su casa. Él me habló de la juerga que se estaba gestando en la almazara de Siurana por la aprehensión;

con champán y todo. No dudo que aquel empleado que nos vio cargar lo explicó a su jefe, quien lo puso en conocimiento del señor Martínez cuando momentos después llegó en visita de inspección a su almazara; ¡como anillo al dedo para ir a la caza del Escolar!

A las horas que sucedió lo relatado yo aún no había leído La Mañana, diario de Lérida. Una vez en mis manos el diario, cuál no sería me alegraría al ver anunciado en el mismo una circular que autorizaba a los agricultores a transportar la aceituna por el término municipal sin necesidad de conducir. ¡Qué



»Primera comunión del Manél, con sus padres. Plaza de la Iglesia. Alguaire. 1964.

extraño proceder del señor Martínez, quien no debía ignorar la orden allí expresada!, dije para mis adentros. Ni corto ni perezoso redacté una instancia dirigida a la jefatura de Abastecimientos y Transportes en Lérida, solicitando la devolución de las aceitunas y en su caso daños y perjuicios por la falsa intervención, con toda clase de señales. Le añadí las pólizas correspondientes y firma de José Bañeres como propietario de las tantas veces mentadas olivas. Al día siguiente José la presentó en la jefatura. Mi esposa le acompañaba en calidad de familiar, pues él no tenía facilidad de palabra y nunca se las había visto en caso parecido.

Fueron recibidos por el señor Alija, que al leer la instancia se llevó las manos a la cabeza y preguntó quién había realizado aquel servicio. Al ver la copia del acta comentó, “¿Cómo es posible que Martínez no supiera de la existencia de esta circular?”. Expresó a mi esposa y a José Bañeres que tenían toda la razón y les prometió que el caso sería resuelto, que daría órdenes oportunas para que les fueran abonadas las aceitunas o de no ser posible, le entregaran el aceite que correspondiera. Pasados unos días entregaron a José Bañeres en el ayuntamiento vales para retirar de la almazara de Siurana quinientos kilos de aceite. El fabricante se daba contra las paredes, pensando que yo había acudido a altos cargos para solucionar el caso.

VI. EL ALMACÉN DEL ESCOLAR EN MARCHA

“Huerta que sabes querer a quien te vistió desnudo...”

Fui nombrado delegado sindical

El año 1956 fue más benévolo en circulación y venta de aceituna, pues las fábricas trabajaban con más libertad y el comercio se normalizó. Con el trigo y la harina pasó lo mismo y yo enfoqué la mayor actividad en las frutas, que era lo que estaba en la palestra. En el mes de mayo de 1956 se empezó a coger la cereza. No era abundante en esta zona, pero por algún producto había de empezar. En un almacén de pocas dimensiones abrí el negocio de frutas, con cuatro cajas y dos mujeres para el embalaje de las mismas.

Hice un primer envío de poca cantidad a la firma Caballé, asentador del mercado central de Barcelona (el Born), lo que me obligó a comprar cincuenta cajas o cuadros en los que el productor ponía la fruta para su traslado al almacén. Vino después la pera, el melocotón y más tarde la manzana. No me extendí demasiado, ya que ignoraba el negocio.

En este año me vi obligado a aceptar el cargo de delegado sindical de Alguaire. Un domingo de septiembre se personó en mi casa un señor que dijo ser delegado gubernativo y preguntó donde me podría encontrar. La chica que teníamos como empleada de hogar se presentó en el café del Peret del Falta para informarme de que en casa me esperaba un señor de Lérida que era “del

Gobierno”. Salí del café algo preocupado y al entrar en casa vi a una persona que para mí no era desconocida. Cuando prestaba servicio de vigilancia en el Banco de España como guardia en la comandancia de Lérída, este señor, que supe era abogado, tenía relaciones con la hija del director del banco y yo le veía salir con la que entonces era su novia.

Nos saludamos, le hice pasar al comedor y sentados a la mesa fue desgranando el motivo de su visita. “Mire, usted sabe quizá que el alcalde y el presidente de la Hermandad de Agricultores y Ganaderos están muy enemistados. Al señor gobernador no le interesa tener personas así al frente de la alcaldía, por lo que me ha ordenado le ofrezca a usted el nombramiento de alcalde. Entonces los cargos sindicales, alcaldes, concejales y demás se hacían a dedo. Un alcalde igual duraba treinta años en el cargo; si no pedían relevo, eran cargos vitalicios, hasta que salían con las botas pa’ lante.

Yo le dije sinceramente que de ninguna manera aceptaba el cargo, ya que tenía un negocio y no quería enemistarme con los vecinos, que al fin y al cabo eran los que me daban el pan. Al ver mi rotunda actitud rectificó y me propuso que no le negara el cargo de delegado sindical (una chorrada en un pueblo donde nada sabían de sindicatos). Lo acepté porque comprendí que debía aceptar uno de los dos cargos.

Pronto hubo elecciones sindicales para nombrar nuevo presidente de Hermandad. Me acuerdo que se armó un jaleo de padre y señor mío. Hasta intentaron romper las urnas, a lo que me opuse empleando la compostura y autoridad que aún existía en mi herencia de mi paso por el benemérito Cuerpo de la Guardia Civil. No llegó la sangre al río y todo acabó en paz y orden. Salió elegido don José Jofre Ri, y fue derrotado el anterior, José Salvia Tersa contrario al señor alcalde por motivos que nunca intenté saber.

Más de una vez fui a presentar mi dimisión a Lérída y no me hicieron ni caso, ¡así que esto duró la friolera de veinticinco años! El delegado sindical no tenía más misión que presidir la mesa el día de las elecciones y asistir a las clases

que la Escuela Sindical de Lérida daba unos días al año en el local habilitado al efecto. Otra chorrada a la que no asistían más que los enlaces sindicales de la empresa Mata y Pons. El día de la clausura, como se daba un ágape a los asistentes, sí se llenaba el local hasta la bandera.

Buscando un almacén en condiciones

El almacén que poseía en los bajos de la casa me resultaba ya sumamente pequeño, así que empecé a indagar donde podía encontrar uno de mayores dimensiones y en buen emplazamiento. Bien en el interior o en la puerta de mi almacén tenía a diario como acompañantes a varios vecinos del pueblo, que por avanzada edad se distraían allí, contando sus vivencias y fatigas pasadas. El Rubito, octogenario que había sido ganadero y comerciante, el Chato de cal Polo, octogenario también y que había sido agricultor y comprador de forrajes y aceitunas, el Pacharán, labrador setentón, el Chaboles, que debía rondar también los ochenta, agricultor y jornalero; y algunos más.

El Rubito era propietario del cine California y lo tenía arrendado a Miguel Grúas Bañeres, quien lo explotaba exhibiendo películas dos días a la semana. El señor Grúas había puesto en antecedentes al Rubito sobre su intención de dejar el arriendo y el Rubito me lo ofreció para ocuparlo tan pronto el señor Grúas lo dejara. El local era grande, bien ubicado y con salida en su parte posterior; reunía todas las condiciones que yo buscaba.

Cada día yo preguntaba al Rubito si el Grúas le había dado fecha de marcha. “No te preocupes, Escolar, que lo que te he prometido no será pa’ otro”. Más adelante le dije, “Yo, comprarle el local no puedo; ya sabe usted que no hace muchos años que trabajo por mi cuenta y no tengo suficiente dinero para pagar lo que usted me pida”. Soltó una sonora carcajada y me propuso sus pretensiones y las de su esposa: “Nosotros queremos por toda la casa, cine incluido, ciento veinticinco mil pesetas, con la condición que seguiremos

habitando el piso (que estaba sobre el local) mientras Dios nos dé salud sin pagarte una perra. No quiero cobrarte nada de intereses y si te parece lo puedes ir pagando a plazos convenidos”. Yo le manifesté que el precio era razonable y que me preocupaba el parecer de sus hijos sobre la compra de lo que consideraba en justicia que era suyo. “Ya lo saben todos mis hijos y están de acuerdo, porque ellos no tienen intención de aparecer por aquí”, me aclaró.

Mi esposa no daba crédito a la oferta del Rubito. Aquel día por la noche fui a visitar al señor Grúas por ver si él no pondría pega, pues si él optaba a la compra del mismo tenía más preferencia que yo. Me hizo pasar a su despacho, le expliqué el motivo de mi visita y que quería saber si le interesaba el local, para evitar confusiones. Me contestó que a él no le interesaba y que no pondría ningún inconveniente.

No hacía más de una hora que comentaba esto con mi esposa, cuando llamaron al timbre de la puerta. Allí estaba el Miguel Grúas para deshacer todo lo que hacía pocos momentos me había prometido, excusándose con que su hermano Fernando y su anciano padre le habían reprochado sus palabras y que estaban dispuestos a comprarlo ellos porque no querían marchar del local. Al ver la poca seriedad del individuo un escalofrío de indignación atravesó mi cuerpo. Al siguiente día fui a casa del Rubito y su esposa, quienes al escuchar mi relato se pusieron fuera de sí. “¡Si lo quiere él, te juro que le va a costar más dinero, y que me pague al contado!”. Así terminó lo que a mí tanta ilusión me hacía.

No cegué en mi empeño de buscar. Supe que Juan Molí, a quien me unía una gran amistad, tenía en venta un chamizo y un terreno adyacente de unos dos mil metros cuadrados, junto a la carretera de entrada al pueblo y próximo a la nacional 230, de inmejorable situación teniendo en cuenta que todo lo que entraba en Alguaire había de hacerse por aquella vía. Visité al Juan Molí, interesándome en la compra del chamizo y el terreno. “Estupendo, mejor te lo vendo a ti que a otro”. Me pidió noventa mil pesetas al contado. Yo sabía

que le hacían falta los cuartos, pues era copropietario de un camión y las cosas no le iban demasiado bien. “Juan, no puedo desprenderme de tanto dinero, pues lo necesito para el negocio; a plazos aún la aceptaría”. Supe después que había hipotecado aquel terreno en sesenta mil pesetas a favor de Carlos Costa Freda, un prestamista del pueblo que era un lince en estos menesteres.

El señor Grúas sabía bien de mis pesquisas y me propuso la compra a dos pesetas el palmo de unos patios suyos situados en la entrada del pueblo, cercanos a lo de Juan Molí. Estos terrenos habían pasado a sus manos en subasta en el juzgado de Balaguer. Me daba la facultad de adquirir los palmos que quisiera pues había en cantidad y él lo que le interesaba era vender. No acepté la oferta, porque el señor alcalde me informó que el pleito de aquellos solares no estaba resuelto.

La venta de trigo y harinas panificables estaba ya completamente normalizada y libre. Aunque el negocio no resultaba ya tan rentable me alegré, porque el trauma del miedo desapareció y esto compensaba con creces la diferencia económica. En 1957 desapareció la intervención de la aceituna y del aceite por disposición gubernativa, pero no por eso dejé de trabajar este artículo, al igual que los cereales pienso. Por aquel entonces ya no vendía aceituna en Lérida ni en Las Garrigas. Me desplazé por poblaciones de la comarca de la Ribera de Ebro rica en esta variedad (Ascó y La Fatarella) y la llevaba a zonas donde ya no había plantaciones de olivos como los pueblos de Bellcaire, Bellpuig y Agramunt, que eran demandantes de cantidades importantes de aceituna para abastecer de aceite a las almazaras.

En 1958 seguí con la compra de cereales pienso y frutas; producto que se difundía cada vez más, pero yo continuaba sin extenderme por falta de local adecuado. A últimos de noviembre marché a la villa de Ascó para comprar aceituna al señor Borrell, que adquiría en La Torre del Español, Mora de Ebro y Flix. Además de servir a Linyola, Bellcaire, Agramunt y Puigverd de Agramunt, lo hago a Camarasa.

En estos años ingresó en el Seminario Conciliar de Lérida mi hijo Juan, para cursar la carrera sacerdotal. Su ingreso representaba unos gastos para mi economía un poco gravosos, pero los acepté con todas sus consecuencias. Nunca escatimé mi peculio siempre que fuera destinado a mayor cultura de mis hijos, ya que a mí no me pudieron dar una educación cultural media.

Mi esposa era una asidua visitante de la iglesia y practicante que a veces rayaba en la beatería, cosa que no me agradaba. Siempre he considerado que la beatería se convierte en fanatismo y esto no lo considero un valor moral. Tuve que hacerle algunas objeciones y abandonó un poco estas prácticas conventuales. Siendo esto cierto, tengo que decir que ni yo ni su madre presionamos a mi hijo. Más que la vocación, quizás le influyeron los consejos de un amigo y vecino de casa que estaba haciendo estos estudios.

Se me ha pasado por alto y a renglón seguido lo relato, que el día uno de enero de 1957 vino al mundo mi hijo Manuel, una boca más que aumentó la alegría de la casa y que con los años vino a suplir la ausencia de Juanito, que marchó al seminario. A Juanito le veíamos periódicamente, más yo que su madre, pues semanalmente iba a llevarle ropa y mudas limpias.

Entrado el año 1959 no podía esperar más a tener un local donde me pudiera desenvolver. En el mes de mayo fui al encuentro de Juan Molí a explorar las pretensiones que tiene sobre la venta del chamizo y sus aledaños. Fuerte fue su oferta: ciento cincuenta mil pesetas por el terreno más el chamizo; sesenta mil más respecto a la anterior. Esto ocurría el día que mi hijo Antonio hacía su primera comunión, por lo que estaba presente en el trato mi suegro, que se había desplazado junto a mi suegra desde Manresa. Después de la comida extraordinaria, a la que también asistió el Juan Molí, nos trasladamos a ver la pieza de tierra y chamizo. Una vez examinado intentamos que Juan se apeara un poco del carro. No quiso ceder en sus pretensiones y se cerró en los treinta mil pavos. Yo acabé por decir que no estaba dispuesto a pagar la cantidad que pedía y que dejáramos de hablar del asunto.

Entonces mi suegro me preguntó que de cuánto disponía. Yo podía desprenderme de ochenta mil pesetas; mi suegro me ofreció treinta mil de su pequeño peculio y el Juan nos dijo que si le dábamos las ochenta mil, el resto lo aplazaría hasta el año siguiente sin intereses de ninguna clase. Al día siguiente en el ayuntamiento en un documento privado entregué la cantidad estipulada y las otras setenta mil quedaron para el mes de mayo del año próximo, cuando ante el notario de Balaguer se haría escritura pública a favor de mi suegro.

De esta manera pasé a ser propietario de una parcela de tierra y de un chamizo donde trasegaron varios miles de kilos de frutas que dieron el beneficio de cuarenta mil pesetas. Esta cantidad, junto a lo que ordeñé de los granos y piensos, rebajó bastante lo que adeudaba al señor Molí. Aquel mismo año por navidades vino con urgencia a pedirme el dinero, pues le hacía falta más que a un coche las bujías. Con penas y trabajos las pude reunir y pagar a primeros del año 1960. Ya era mío y yo tenía la escritura en mi armario. Yo deseaba con toda mi alma esta credencial de propietario de un inmueble, porque había de ser una herramienta más en mi trabajo.

Aquel inmundo chamizo no estaba dentro de mis aspiraciones comerciales y me propuse que tan pronto el dinero volviera a anidar en mis flacos bolsillos el destino de los mismos sería para levantar en su lugar un almacén que fuera digno de ese nombre.

La fruta más antigua de la historia

Año 1960; el negocio en sus diferentes fases y artículos va viento en popa y los beneficios son halagüeños. Están sin arrugas mis bolsillos, principalmente por las frutas y en particular por los higos, que en el mercado central de Barcelona se vendían como rosquillas. Sus variedades son: cuello de dama, en blanco y en negro (más apreciada la negra), napolitana, de la que hoy existen pocos ejemplares; y negra larga, la corriente, que está en peligro de desaparición.

Esta variedad tenía entonces la mayor presencia en el mercado; yo llegué a comprar un día siete mil kilos.

Los higos siempre han sido en mi economía una fuente de ingresos. En este término municipal la higuera no había tenido proyección en los mercados. El agricultor que tenía alguna en su finca degustaba su fruto en la temporada, pero nunca miraba su comercialización. El payés que más poseía tenía tres higueras.

Su difusión en este pueblo se debe a la presencia del vecino de Almenar alias el Sisquet (hoy difunto), el primero que explotó su comercio con sus envíos al Born de Barcelona. Me acuerdo que el precio de los corrientes era de peseta y



»Primera comunión del Antonio, con sus padres, detrás los padres de nuestra madre, los abuelos Lluís y Brígida. Andando hacia la Ermita de la Virgen del Merli. Año 1958.

media por kilo y para los de cuello de dama negros, tres pesetas (pues entonces había muy pocos de esta variedad). Dos temporadas compré en el pueblo en el chamizo que a Sisquet le arrendaba el señor Molí. Al hacerme cargo yo del destartalado almacén el Sisquet ya no volvió a comprar más ni apareció en otro local. Me convertí en el único comprador de esta fruta, la más antigua de la historia universal.

Empecé a incitar a los agricultores para que plantaran higueras de cuello de dama negra en la partida Eral, tierras que no servían para otro cultivo. Estaba demostrado que el desarrollo de la higuera era rápido y vigoroso, no necesita un terreno especial y agarra hasta en las paredes. Intuía que en tiempos futuros sería una riqueza enorme para la villa, visto su aprecio en los mercados de toda Cataluña. Algunos plantaron, pero poco. Pensaban más en plantar perales y manzanos. Hoy ya se están dando cuenta muchos de su error.

Esta comarca ha ganado muchos enteros con la fruta, pero más habría ganado si se hubieran decidido a plantar las tierras del Eral que aún hoy están yermas; estoy seguro que los higos de cuello de dama negro serían conocidos en todos los mercados nacionales. La higuera tiene innumerables ventajas, pues el gasto en abonos es nulo y lo único que desea es algo de estiércol y riego de tanto en tanto. Esto último no es necesario más que el primer año de su desarrollo y una vez logrado desaparece el peligro de perderse.

Dirán los lectores que mi pasión por este producto es exagerado, y en verdad les digo que los que lo consumen me dan la razón. Tanto es así que hasta he dedicado unos versos de mi cosecha a la higuera y su fruto, que a continuación transcribo:

*Árbol de la antigüedad
que a tantos diste cobijo,
que tantos buches llenaste
cuando éstos eran vacíos.*

*Bíblico fue tu origen
que el hambre sació a millones,
que sirvió de desayuno
a pastores y señores.*

*Son retorcidos tus brazos
que fallan en resistencia;
si abusan de tu poder
caída será la sentencia.*

*Tu sabor de dulce miel,
de colores blanco y negro,
llevas por manto una piel
que se tira pa' comerlos.*

*Las hay blancas, las hay negras,
son las negras las mejores,
se visten de coll de dama,
de cine son sus sabores.*

*Comedlos y ya veréis
que es verdad cuanto yo digo.
Seguro no faltarán
en vuestra mesa... ¡Los higos!*

Dispusieron que fuera juez de paz

En el año 1961 recibí una citación del juzgado de instrucción de Balaguer para que me personase a juramentar el cargo de juez de paz de Alguaire. ¿Cómo había podido ocurrir aquello? Don Luis Martínez, el secretario del ayuntamiento, me informó que cuando el señor Gumersindo Bañeros (anterior juez de paz) hizo la propuesta de terna para juez, me puso en cabeza de la misma. Así que la territorial dispuso que fuera el juez de paz de la villa de Alguaire por espacio de seis años.

No me gustó nada aquel inesperado regalito, pues me había de llevar más horas de trabajo y más responsabilidad que el cargo de delegado sindical; pero no había remedio. Ambos nombramientos eran casi de obligada representación.

Los jueces de paz de los pueblos no figuraban en las nóminas del Ministerio de Justicia; no así el Secretario, que gozaba de otras prebendas. El secretario del ayuntamiento lo era también del juzgado. Con él hube de pasar horas solucionando no pocos problemas de los vecinos, referentes a servidumbres de aguas de riego, caminos, árboles en los linderos y un sinfín de asuntos corrientes en las comunidades pequeñas que han de ser resueltas para que prevalezca la paz.

Creo que hice todo lo humanamente posible para que los vecinos no censuraran mis actuaciones. Cuando empecé me propuse poner el máximo interés para que las desavenencias fueran resueltas sin necesidad de acudir al juzgado de Balaguer y nombrar abogado y procurador, según los casos, porque esto conllevaba unos gastos que les era difícil cubrir. Procuraba que las disputas no llegasen a más para no tener que celebrar juicios de conciliación. Cuando los hubo, siempre logré la avenencia, para que los contendientes no tuvieran que ir al juzgado.

En cierta ocasión un abogado actuaba como hombre bueno en un juicio de conciliación. Como yo ponía el máximo interés en que se arreglara sin su presencia poco ortodoxa, me dijo: “Si fuera por gente como usted los abogados no tendríamos el más mínimo trabajo”. A lo que le contesté: “Si todos actuaran como usted lo está haciendo en este juicio, les retiraría la licencia. Dese cuenta que en el juzgado no está como abogado sino como hombre bueno y su proceder es completamente opuesto. Así que le ordeno que abandone la sala inmediatamente”. Se continuó el juicio y hubo avenencia. Se levantó la correspondiente acta judicial y la firmaron todos los implicados.

Se trataba de un juicio que la señora viuda González y su nieta María Ángeles promovieron contra el vecino don José Gelet por usurpación de bienes, cosa que no existió y que el abogado de referencia quería liar para que degenerara en pleito y la causa se prolongara. En ese caso los honorarios que hubiera tenido que pagar el referido Gelet hubieran sido de campeonato. Podría relatar

muchos casos semejantes, pero prefiero pasar a lo que a mí se refiere.

Un infractor de poca vergüenza

Uno de los casos más destacados de mi actuación como juez de paz fue el siguiente. Un día cualquiera se personó en mi casa un vecino cuyo nombre no quiero mencionar. Empezó diciéndome, “Del pobre todos abusan” y continuó explicando que otro vecino del que tampoco quiero decir su nombre le había invadido la finca recién regada con una cosechadora (máquina de grandes ruedas y dimensiones). Le había ocasionado un gran perjuicio, ya que la finca estaba sembrada de patatas y además le había cortado un olivo. Nunca fui a los lugares objeto de las diferencias, pero ya que siempre tuve por lema no discriminar a nadie me trasladé al lugar de los hechos y comprobé que se había cometido un bárbaro atropello.

Encargué al alguacil que avisara al infractor para que se personase en el juzgado a las diez de la noche de aquel mismo día. Acudieron ambos, reconoció el causante su delito y como indemnización el afectado le reclamó mil pesetas, una cantidad que consideré irrisoria pero que no censuré, pues lo que deseaba era un arreglo amistoso. No estuvo conforme el autor de la falta y quiso que le rebajara doscientas pesetas a lo que accedió. Como no las llevaba en su poder de común acuerdo quedaron en que se las entregaría al otro día en persona. Abandonamos juntos y en cordial camaradería el local judicial.

Encontré a la mujer de mal humor por la tardanza, ya que la cena estaba en la mesa y aquellas horas extra no se cotizaban. Yo no le di mayor importancia y aunque no me fiaba mucho de la palabra del infractor, al que se le tildaba de usurero, no me volví a acordar del referido asunto.

Otro día cualquiera me encontré con el afectado y le pregunté si ya tenía en su poder los cuartos del desaguisado. “Ni he recibido el importe ni me dirige

la palabra si lo encuentro; así que se ha mofado del juez y de mí”. Me vi herido en mi amor propio, por la poca vergüenza del autor del hecho, pero ya no podía proceder judicialmente contra él por el tiempo transcurrido.

Acudía yo al juzgado cuando el secretario me lo pedía. Para firmar los documentos el alguacil me los llevaba a casa y no acostumbraba a mirarlos, porque por regla general eran fes de vida, partidas de nacimiento, algún que otro permiso paterno, partidas de defunción o libros de familia. Una noche en que se personó el referido funcionario con diferentes papeles para su firma, una voz interior me dijo, “Hoy quiero saber lo que firmo”. Encontré entre los documentos dos partidas de nacimiento y dos permisos paternos que correspondían a los dos hijos del causante de los daños, uno para su incorporación a filas como voluntario y otro para solicitar el carnet de conducir.

Aunque nunca fui vengativo, quise emplear mi autoridad negándome a firmar aquellos documentos mientras el progenitor no abonara al perjudicado la cantidad que de común acuerdo y ante mi presencia había prometido. Huelga decir que el secretario se puso furioso por mi negativa, diciéndome que no me podía inhibir, máxime cuando ya él había estampado su firma y añadió que si acudían al juez de instrucción me podía costar un disgusto. Si me citara el juez le explicaría el motivo y si procediera contra mi dándome la baja, mejor que mejor porque ya habría acabado con las horas extras que dicho cargo me ocupaban.

No fueron al juez de instrucción. Cuando una persona está sucia no tiene agallas para defenderse. Sí fue capaz de enviar a mi casa a su chiquilla primero y después a su mujer, a buscar los papeles firmados. No se los entregué hasta no ver depositadas en el juzgado las ochocientas pesetas importe de los males que causó a su vecino. A pesar del tiempo transcurrido esta persona no me dirige la palabra.

A los seis años de tomar esta responsabilidad el juez de instrucción me invitó a que continuara en el cargo por un período de seis años más, pero lo desestimé.

Fui relevado por don Angel Ros Nart, maestro nacional, acabando felizmente esta etapa de mi vida.

Competentes e incansables trabajadores

El año 1962 transcurrió dentro de la normalidad. El único acontecimiento es el inicio en el mes de marzo de la construcción del nuevo almacén por el albañil Ramón Roca, vecino de esta localidad. Una vez tuvo los planos correspondientes, el señor Roca me presentó un presupuesto y manos a la obra, como quien dice. Realizó un almacén como planta baja y dos pisos en la primera planta sin acabar (pues no tenía dinero suficiente, a pesar del crédito bancario). Tres meses duraron las obras y para la campaña frutera ya estaba en condiciones de trabajar.

En los pisos sin acabar puse tres mil pollitos de raza pesada que compré en la granja del señor Mora a diez pesetas el pollito. Este ingreso extra ayudaría a paliar deudas y gastos generales, pero aumentó mis horas de trabajo: para vigilar las estufas cuando eran pequeños, había de dormir en un saco de paja junto a ellos. Mi mujer poco podía ayudarme con el aumento de la familia.

Este año aumenté la capacidad de trabajo y a la vez tuve que sustituir a mi empleado José Bañeres, quien al contraer matrimonio pidió la baja, pues en casa de su esposa tenían trabajo para él. El año anterior nos había dejado por igual motivo la empleada de hogar María Sarramona. La sustituyó Josefa Alsina (conocida como la Sefa), una nena que a la sazón no debía tener más que trece años, con unas disposiciones hogareñas de una mujer mayor. Para mi familia fue y sigue siendo la nena, a la que tuvimos como una más de la familia; igual que a la María Sarramona y José Bañeres, mientras nos acompañaron.

Al marchar el José se dio la circunstancia de que Jaime Tomas, el marido de

María Sarramona, se encontraba sin trabajo fijo. Le dije que podía empezar cuando quisiera. Acordamos el precio del jornal y el Jaime empezó a prestar sus servicios en esta casa. Tengo que hacer constar que fue un trabajador incansable y competente en cuanto servicio realizó durante nueve años sin interrupción, siempre fue considerado como de la familia y no tuvimos el menor roce.

Cuando empezamos la campaña no pensaba que fuera de tanta actividad. Teníamos que vaciar la pera y la manzana en el suelo del almacén porque no había suficientes cajas, lo que no era posible hacer con el melocotón por su poca consistencia. Éste, por fuerza teníamos que ponerlo en caja. Una vez seleccionados por tamaños y embalados salían para los mercados de Madrid, Bilbao y Barcelona. El almacén Escolá, como siempre se llamó, adquirió una gran clientela de productores de fruta.

Suerte tuve con Amado Gardenyes, vecino de esta villa, pues él se cuidaba de preparar la fruta, hacer las etiquetas y organizar los envíos según las cantidades que yo le ordenaba a la diferentes plazas. Tenía experiencia porque había trabajado para un comerciante frutero llamado Llepes. Gracias a su colaboración me especialicé en la preparación y movimiento de la fruta. Siempre estaba presente el Amado, a pesar de padecer una enfermedad incurable en la columna vertebral por secuelas de la Guerra Civil.

Dentro de la plantilla de trabajadoras para la confección y envasado de las diferentes variedades de frutas, trabajaban también en mi almacén la esposa e hija de Amado, y la mujer de Jaime Tomás. Un año llegué a tener veinte mujeres y cuatro hombres; todo un récord en aquellos tiempos.

Teníamos una trabajadora de origen maño (de Zaragoza, en concreto) que era la alegría del almacén. Se llamaba Lola y cantaba las jotas como un ruiñeñor. Nunca estaba de mal humor y siempre dispuesta a divertir a la concurrencia con sus cánticos y con una voz que cuántos profesionales de la canción habrían querido para sí. Gozan también escuchando sus canciones clientes y

camioneros, y aplauden sus intervenciones.

El descorche era el día final de campaña, en que se hacía un guateque en el almacén con todos los empleados, empleadas y consortes. Cánticos y bailoteos hasta la hora del descanso habitual sin la menor queja ni rencilla, como si de una misma familia se tratara.

Siempre consideré a mis empleados al mismo nivel y creo no dejé de agradecerles su férrea voluntad en el trabajo y cumplimiento en lo que cada uno tenía asignado, pues consideraban eran los máximos colaboradores para que la empresa prosperase. Nunca existió tirantez entre ellos, siendo siempre su comportamiento bueno. El resultado había de ser beneficioso para ambas partes y de ello quedé muy satisfecho.

Mi esposa veía el fin de su existencia

En el año 1963 tuve dos reveses antes de empezar la campaña frutera y otro al finalizar. El más desmoralizador fue el sufrido por toda la familia Escolar en el mes de noviembre y me explico. Mi esposa me dijo que le parecía notar en un pecho un bultito como una avellana, cosa que comprobé. Avisé al doctor Farré, médico de cabecera quien la invitó a su consulta para hacerle una exploración de mama.

Confirmada la existencia de un ganglio nos trasladamos a Barcelona para que el ginecólogo Sala Ponsati le hiciera un examen exhaustivo. “Esto se ha de operar y cuanto más pronto mejor”. Su especialidad no era la cirugía, y la dirección de la clínica Adriano le confirmó que al día siguiente podía ingresar. Marchamos a buscar alojamiento a una pensión de unos amigos de Alguaire al lado de la plaza del Pino. ¡Qué noche! No se me olvidará jamás, pues mi mujer sabía de muchos casos así y ya veía el fin de su existencia. Treinta y cinco años contaba a la sazón, y no paró de llorar.

A las dos en punto ya estábamos a la puerta de la clínica Adriano e inmediatamente una enfermera nos acompañó a la habitación que durante varios días debía de ocupar. No hacía dos horas que mi esposa ocupaba la cama cuando se presentó el doctor Sala Ponsati, acompañado de una enfermera que le extrajo sangre, tomó muestra de orines y controló su temperatura, en preparación para la futura operación. Dicho trabajo lo realizaría el doctor Rocosa, cirujano de fama reconocida en Barcelona por ser el traumatólogo del Equipo de Fútbol del Español. Un señor que era muy amante de la naturaleza y de las flores pero que había de renunciar a su cultivo por la alergia que padecía debido al polen de las mismas.

Pasados tres días el doctor Rocosa reconoció a mi esposa, le dio muchos ánimos y le pidió que no estuviera preocupada, pues se hacían muchas operaciones de aquel fatídico mal (a mi esposa nada se le podía ocultar) y muchas salían airosas. Mucho la relajaron sus palabras. Tres horas pasó en el quirófano bajo la presencia también del doctor Farré, titular de Alguaire que se desplazó a Barcelona a tal fin. La biopsia indicó que mi esposa padecía cáncer de mama positivo. El doctor Rocosa me dijo que igual podía estar en este mundo dos o tres meses como un año, pero que no me hiciera ninguna ilusión porque el mal estaba presente. Le conminé para que me dijera si con un tratamiento especial se podría alargar su vida, pues entonces los niños eran pequeños y a mí se me caía el mundo encima sin su presencia.

El doctor Sala me recomendó unas radiaciones de cobalto. En aquellas fechas no había más que dos bombas de cobalto en Barcelona, una instalada en el Hospital de San Pablo, que resultaba casi gratuita, y otra en la Clínica Pujol y Brull, que al ser particular era más cara. En el Hospital de San Pablo no me pudieron asegurar los servicios que mi mujer necesitaba porque las restricciones en la energía eléctrica impedían que la bomba funcionara algunos días. Optamos por la Clínica Pujol y Brull: quinientas pesetas por sesión de cobalto.

Cuarenta días seguidos de sesiones fue la receta de los doctores que mi esposa empezó a recibir en su piel tan pronto le dieron el alta. No se podía entrar con ella, por el riesgo que suponía. Sólo me dejaron acompañarla en la primera sesión, pues no quería estar sola dentro de aquel minúsculo aposento de plomo con paredes de setenta centímetros de espesor. A partir de entonces, si la quería ver lo hacía por una mirilla.

Quince minutos permanecía extendida en una capilla y los rayos de aquel artefacto proyectados sobre la parte operada le quemaron hasta las entrañas. Tuvo problemas en la garganta y casi no podía comer debido a estas quemaduras. Pasados unos días la dejé en Barcelona, pues mis obligaciones laborales exigían mi presencia en Alguaire. A partir de entonces la acompañó a las corrientes una hermana de Conchita, prima hermana de mi esposa, quien se portó con nosotros fabulosamente.

Dos reveses económicos

El regalo de Reyes de ese año me supuso treinta mil pesetas de perjuicios. Fue el incendio de la paja que servía de cama a los pollitos, que quedaron carbonizados todos. El local no sufrió ningún desperfecto porque acudimos pronto a sofocar el fuego. El segundo tropiezo: setecientos kilos de manzana variedad verde doncella que como tal, verde y doncella, desaparecieron de mi almacén, junto a setecientos kilos de almendras; valorado todo en veinticinco mil pesetas. En aquellas fechas me hicieron más daño que un pedrisco.

Fue el Jaime Tomas quién se dio cuenta inmediata al acudir al trabajo y abrir la puerta principal. Examinamos juntos cómo y por dónde habían desaparecido los referidos artículos y observamos que en la puerta de la parte trasera, que era de madera, habían practicado un boquete a la altura del cerrojo por donde se habían llevado la mercancía.

Sin pérdida de tiempo lo comuniqué a la Guardia Civil, mis antiguos compañeros. Mi comandancia ordenó que empezaran las diligencias. La brigada de información la mandaba un íntimo amigo mío que a la sazón era subteniente del Cuerpo. Se desplazó a mi casa en Alguaire, realizó la inspección ocular y me hizo algunas preguntas.

A los pocos días volví a Barcelona a ver a mi esposa. La encontré más animada pero con muchas dificultades para poder ingerir la comida, tenía todo el pecho y hasta la barbilla de color ocre, debido a las radiaciones. Cuando dos días después volví al pueblo, me informó la comandancia que habían detenido en Tarrasa al ladrón de mi mercancía. Al día siguiente tuve ocasión de hablar con él tan pronto llegó a Lérida conducido. En las dependencias de la comandancia sostuvimos una corta conversación; él me manifestó que se vía obligado a robar porque tenía un hijo paralítico y las consultas medicas y viajes para su restablecimiento le acarrearaban enormes gastos.

Semanas más tarde el juez de inspección de Balaguer me informó de que la mercancía sustraída había sido recuperada totalmente en el domicilio del causante y que se encontraba a disposición del juzgado de instrucción de Tarrasa, en una habitación precintada. Se le descubrieron más de cuarenta robos que ya había cometido durante el período de dos años. Buena pieza, me dije.

Pocos días más tarde, en el juzgado de paz que presidía se recibió un exhorto autorizándome a retirar mi mercancía. Requerí los servicios de un transportista y me trasladé a Tarrasa. El mismo juez me acompañó al domicilio del causante. No era un desafortunado el ratero, ya que poseía un estupendo chalet de su propiedad con unas comodidades que para mí las hubiera querido.

Nos recibió la esposa, quien se atrevió a insultarme, alegando que su marido estaba detenido por mi culpa. Llevaba en sus brazos al niño, que efectivamente estaba paralítico. Le prometí delante del juez que le entregaría todo el importe de lo robado, aunque no fuera mucho, para que pudiera atender al niño. Me contestó con malos modales e insultos que ella no vivía de caridad y

menos de mi persona, que sacara la mercancía de allí y que marchara cuanto antes mejor.

A pesar de que se veía el producto de lo ajeno en todos los componentes de aquella lujosa vivienda, me supo mal que no aceptara mi oferta. Retiré la mercancía en presencia del juez y lo vendí todo en Tarrasa al precio que me quisieron pagar, ya que no era tiempo de regateos.

Volví a Barcelona para pasar dos días más al lado de mi esposa antes de volver a la faena de casa. Ella se iba recuperando bastante bien y ya algunos días se trasladaba a las radiaciones sin necesidad de compañía. Cuando estaban finalizando las sesiones fui a recogerla. Los médicos le recomendaron que acudiera a revisión a los tres meses. Cuando me despedí del doctor Quaralt (propietario de la bomba de cobalto) tras pagarle el importe de las radiaciones, me dijo que si el cobalto había hecho su efecto la enfermedad podía quedar estancada y su vida se prolongaría más tiempo.

Mi esposa tenía unas ganas locas de ver a su hijo Juanito, tras aquellos días de verdadero pánico. Pedí permiso a los profesores del seminario para que mi hijo pudiera ver a su madre, más no le dejaron salir ni por veinticuatro horas; cosa que les reprobé. Detalles como éste fueron la causa de que tanto mi hijo como otros colgaran la sotana. Al igual que los militares, sólo pensaban en el ordeno y mando. No tenían la menor noción de lo que influía en aquellas criaturas la presencia de sus familiares. ¡Ignorantes profesores y rectores que operaban de modo inicuo y temerario, sin respetar el amor de una madre; la verdad más grande de este mundo! Poco o nada debían saber estos señores del juicio de Salomón, a pesar de ser ministros del Señor.

Con tesón y voluntad continuamos trabajando y aquellos baches de fortuna y salud se compensaron.

Rosadas cerezas y ricos melocotones

Entrado el año 1964, cuando los cerezos empezaban a mostrar su fruto sano y rosado, a punto de su recolección, encargué a la agencia de transportes Hermanos Nolla que pasaran por el mercado central de Barcelona, donde el señor Pedro Balfagón, asentador de frutas de dicho mercado, les entregaría cajas vacías para la confección y envío de las cerezas. En las primeras partidas siempre se daban buenos precios. También me envió Central distribuidora de Frutas y Verduras, una firma nueva regentada por un tal Luis, que tenía fama de mucha venta. El encargado de ventas era el señor Juan, con quién yo tenía



»Colegio La Salle, Manresa, con los compañeros de clase de Antonio (en el círculo). (1962 -63)

las conversaciones telefónicas. Las ventas se hacían a comisión por parte del asentador, que cobraba el ocho por ciento del total de la mercancía vendida, y los envases quedaban a su cargo.

Buena fue la venta total de la cereza, y con las mismas empezó la recolección de la ciruela claudia, que en aquellas fechas se daba con mucha más abundancia que en la actualidad. Recuerdo que aquel año se exportaba ésta fruta a los países europeos, con preferencia Bélgica. Lérida era el punto de reunión de esta variedad por residir en ella los exportadores autorizados. Yo me puse en relación para su venta con uno de ellos llamado Baldomero Capdevila, que tenía el almacén en la calle Anselmo Clavé, quien me compró la totalidad de la ciruela. Fue un artículo que dejó buenos beneficios.

Empieza a gestarse en mi mente la idea de poseer una granja donde poder dedicarme a la cría de cerdos, pues era una de las actividades que más conocía y me podía reportar buenos beneficios, por lo que veía de los pocos que criaba en el corral de casa. Le pregunté a un contratista de obras recién iniciado como tal llamado Juan Fernández y acordamos que me presentara un presupuesto para una granja de seis mil pollos en la planta alta y ciento ochenta cerdos en la baja, separados por unos metros de la futura vivienda y en los terrenos ajenos al almacén.

El señor Juan Fernández se comprometía a realizar las obras por un importe de doscientas veinte mil pesetas, todo remozado con cemento y cámara de aislamiento en el tejado, con doble machihembrado. No me pareció excesivo el precio. A los seis meses ya tenía yo la referida granja, que inmediatamente llené de cerditos. Aumentó más la póliza de crédito que tenía suscrita con el Banco Popular Español. Yo no sé por qué, pero el banco siempre se ofreció en todo lo que me hiciera falta, y buen uso hice de sus ofertas en aquellos tiempos.

A partir de entonces saqué los pollitos del local que estaba destinado a ser nuestra vivienda. Ésta pasó a ser la nueva necesidad y preocupación, ya que mi ilusión era tenerlo todo reunido. El piso lo construyó al año siguiente el

señor Ramón Roca, quien me había realizado las obras del almacén.

El año 1964 fue de cine para mis negocios. Cientos de miles de kilos pasaron por el almacén, tanto de granos como de frutas. En frutas ya enviaba hacia Bilbao, Santander y San Sebastián ventas en firme, y a clientes de Andalucía y Levante. El movimiento que llevaba era de los más importantes de este término municipal. Quienes también estaban contentas eran las mujeres que trabajaban en el almacén, ya que a ellas les interesaban las horas de trabajo. Por entonces ya sacaban un gran jornal. Hubo días de dieciocho horas de trabajo, principalmente en la época de la recolección del melocotón, que por su poca resistencia se había de enviar inmediatamente a las plazas para su venta.

Varios días salieron de mi almacén hacia diferentes plazas veintitrés mil kilos de ricos melocotones debidamente confeccionados; lo que suponía una capacidad de trabajo enorme. Si no hubiera sido por el tesón y la colaboración de mis empleados muchos kilos se habrían podrido. Esto no se podía evitar más que disponiendo de cámaras frigoríficas, muy escasas en aquellos tiempos por su elevado coste.

La educación intelectual de mis hijos

Cuando mi hijo Juan ya llevaba unos años en el seminario, la preocupación pasó a ser respecto a los estudios del segundo, Antonio. Ya de pequeño demostró ser apto para los libros, cosa que para mí y para su madre no paso desapercibida. Por eso en 1961 lo mandamos a casa de mis suegros en Manresa, para que pudiera asistir a las clases del colegio La Salle, regentado por los hermanos Maristas. El padre superior nos citó al objeto de hacerle un pequeño examen para explorar su grado de básica y al día siguiente fue admitido.

Mis suegros no gozaban de una posición económica boyante ni mucho menos, y todos los gastos corrieron de mi cuenta. Aunque fuera un sacrificio lo hacía

con la mayor ilusión, porque veía que el chaval respondería a mis pretensiones de ser una persona de provecho. Pasaban los años y mantenía las notas buenas. Los hermanos de la Salle tenían confianza en su desarrollo intelectual por su capacidad y constancia en aprender y me dijeron en mis visitas que podría realizar estudios superiores. No nos defraudó a mí y a su madre, pues hoy es un gran profesional de la medicina, a la que está entregado en cuerpo y alma; y no lo tomen como pedantería.

Mi esposa se había repuesto de la operación, pero tenía aún algunas secuelas, como una pertinaz hinchazón del brazo derecho. Como no estaba tranquila nos trasladamos a Barcelona para que la mirase el ginecólogo Sala Ponsati. Volvimos a salir desmoralizados: nos dijo que se había de operar de la matriz y ovarios, pues no tenían ya ningún objeto y más bien podían acarrearle problemas. Un año justo hacía que se había operado del pecho. Llegamos a casa, a preparar los bártulos inmediatamente y otra vez a la Clínica Adriano. También la operación fue un éxito. Como mi esposa quedó estéril, algo le afectó en su condición de mujer joven, añadido a la desaparición de su pecho. Lo aceptó con resignación, extremo éste que siempre compartí con ella.

Mi hijo Juan no suspendió nunca en los exámenes de curso. Cuando salió del seminario, hacia 1967, estaba cursando ya primero de teología. Fue entonces cuando quise iniciarle en mi actividad comercial. Esto no cuajó en sus convicciones y estimó más seguir estudiando; al fin y al cabo era lo único que sabía hacer y lo que a mí me proporcionaba mayor alegría. Digan lo que quieran los sabios, pero yo creo que para ser negociante se ha de tener un grado de vocación, además de buen carácter. En él noté que lo primero le faltaba, por lo que le apoyamos para hacer una carrera: inició Filosofía y Letras en la Universidad Central de Barcelona.

Que no se extrañen los que algún día lean estas líneas de mi pasión por la educación intelectual de mis hijos, fruto de la poca que yo recibí. Lo que nunca soñé en mi juventud es que cuando formara un hogar llegaría a tener en mi

familia dos hijos con una carrera brillante. Fue la compensación más grande a nuestros sacrificios y desvelos coronados en el trabajo, que nunca desdeñé a pesar de los reveses que en este escrito quedan reflejados.

Por poco que tuviera que andar en mi trabajo, la moto se encargaba de mi traslado. Un día que llevaba al seminario la muda para mi hijo, cruzando la avenida del general Mola (hoy Prat de la Riba) sufrí un accidente. Un despistado transeúnte se precipitó sobre la moto. La caída fue muy aparatosa; con la suerte que justo delante había un taller cuyo dueño me conocía y me auxilió, pues el transeúnte marchó como alma que lleva el diablo.

Este amigo recogió la moto y yo, sin ninguna compañía, marché andando al seminario San José, no muy distante, y me presenté al señor Catalá, médico que ya conocía de Alguaire. Inmediatamente me llevó al quirófano y la pantalla de rayos certificó la rotura de la clavícula. Preparó el yeso y junto al doctor Santamaría me pusieron el cabestrillo que tuve que soportar durante cuarenta días con cuarenta noches. Fue el único accidente que sufrí con aquella moto que tantos kilómetros recorrió.

El frío necesario para conservar la fruta

En 1965 un viajante de la casa Erima, que se dedicaba a la instalación de cámaras frigoríficas, me invitó a ver el funcionamiento de la que habían montado en San Juan de Espí, pueblo limítrofe a Barcelona. Quedé complacido y animado a montar una en mi almacén. Yo la quería terminada antes de dar principio a la campaña frutera y vi que aquella gente tenía más ganas que yo, porque les serviría como propaganda.

Pronto estuvo en marcha de pruebas la cámara que tanto habría de representar para mi economía. Tenía capacidad para cien mil kilos de fruta y fue una de las primeras de esta comarca. Productos tan perecederos como el

melocotón encontrarían en su interior el frío necesario para su conservación. También peras y manzanas; cada variedad a su tiempo. Acabé así con el mal almacenaje y pude alargar el periodo de ventas con mejores precios.

No se portaron bien conmigo los dueños de la industria instaladora, pues quisieron estafarme cien mil pesetas que decían no haber recibido. Tuve que desplazarme al despacho de aquellos señores en la ciudad condal, donde me recibieron con muy buenas palabras y reconocieron que tenía razón. Me invitaron después a que me quedara aquella noche en Barcelona para que conociera los centros de diversión que uno de ellos se atrevió a decir frecuentaba. Les dije que había terminado mi misión allí y en el tren que salía para Lérida abandoné la urbe.

Con esta compra la deuda aumentó y más de una vez pensé que no sería capaz de resolverla, pero trabajando y cuidando el ahorro todo se solucionó satisfactoriamente. Se puede decir que lo tenía todo resuelto con mis cámaras frigoríficas, pero otra necesidad surgió: un medio de transporte capaz siquiera de llevar a sus lomos mil kilos. La furgoneta Mercedes sería ideal pero sabía que la póliza aumentaría, así que lo dejé para tiempos más desahogados económicamente.

Fruta leridana en el mercado de Bilbao

Yo suponía que la plaza y mercado de Bilbao sería una buena salida para mis géneros, ya que la venta de frutas de Lérida gozaba de acreditada fama en ese mercado. Lo hablé con un compañero de profesión en el pueblo de La Portella llamado José Farré y en el mes de junio de 1962 emprendimos el camino hacia Bilbao y San Sebastián. No fue difícil encontrar varios asentadores que representaran vendieran nuestros productos a comisión con toda garantía y seriedad.

Deambulando por la calle Somera y por indicación de un guardia urbano acertamos a entrar en un nuevo puesto de venta de frutas. Requerí a un empleado la presencia del dueño del almacén e hizo presencia don Mariano, que así dijo llamarse. Acordamos que tan pronto se empezara la recolección de frutas sería el primero que recibiría nuestros envíos a comisión (no se practicaba la venta firme en aquel mercado).

Fuimos después a visitar a los hermanos Pérez Monreal, uno de los asentadores de mayor prestigio en Bilbao, que disponía ya de buenas cámaras frigoríficas y grandes almacenes. También le prometimos hacerle algunos envíos. Otra firma nos pidió que nos acordáramos de ellos: Frutas La Rivera, regentada por los hermanos del señor Mariano.

Desde Bilbao nos trasladamos a la plaza de San Sebastián. Aquí sólo tuvimos conversación con un tal Villastrigo, al que poca cosa le envié, pues no resultó ser tan rentable como la plaza de Bilbao.

Tan pronto hubo fruta para hacer envíos, uno de los primeros fue a Vizcaya. Me puse en contacto telefónico con el señor Mariano para saber el resultado de la venta y comprobé que la diferencia de precios con arreglo a Madrid y Barcelona era significativa a mi favor. Así que aumenté la cantidad, al tiempo que restaba a las plazas que vendían a menor precio. Realicé también algunos envíos a los hermanos Pérez Monreal y a Frutas La Rivera, pues si todo el género hubiera sido para el señor Mariano se habrían quebrado los precios.

Este año lo catalogué de fabuloso y seguí igual los años siguientes. Mariano llegó a ser uno más de la familia pues cada año antes de empezar la temporada solía hacernos una visita, a veces con su esposa, y tanto mi esposa como yo lo agradecíamos.

Cada año aumentaban las plantaciones de frutales y al llegar la temporada doblaba las compras y tenía que buscar nuevos mercados. Mis remesas se llegaron a vender en La Coruña, Vigo, Santiago, Orense, Lugo y Salamanca.

En todas esas plazas la venta era en firme, de lo que se cuidaba el señor Folgueira, que conocía bien a los clientes porque había sido director del Banco Español de Crédito de Coruña. No tuve la mínima diferencia en los cobros; sólo un cliente de Monforte de Lemos, don José Alfonso, se retrasó en la transferencia. Peor fue para él, ya que no recibió más fruta de mi almacén.

Viaje a Lourdes con mis operarios

En el año 1966, debido a su buena conducta en el trabajo, empiezo a plantear a mis operarios que si la campaña acababa bien realizaríamos juntos un viaje para visitar una zona de la geografía española que les gustara; y que no contaran kilómetros, pues me era igual Andalucía que Galicia. O si no a Lourdes (en Francia) para visitar aquel templo mariano y sus maravillosos paisajes. “¡A Lourdes!”, contestaron todos a coro.

Mi esposa tuvo la idea de este viaje: habíamos estado allí anteriormente dos veces. La primera antes de ser operada del pecho y la segunda con ocasión de una promesa que hizo. Fue ella sola, como brancardier, para atender a peregrinos enfermos o ancianos como voluntaria durante quince días en el Hospital de Lourdes. Además de hacer camas, fregar y otros menesteres propios de un hospital, acompañaba a los enfermos al baño milagroso de las piscinas. Quedó muy satisfecha.

Como acabó bien la temporada, les invité a prepararse para aquel viaje. Nunca se les olvidará. Salimos de Alguaire un día del mes de mayo de 1967 a las cinco de la tarde, para dormir en Les, pueblo fronterizo con Francia donde está la aduana⁴⁵. Contraté un autocar de la empresa Ponts (Ponts de Sidamunt). Sus cincuenta y cinco plazas se ocuparon con las trabajadoras y sus maridos (alguno falló). Nos acompañaron también mis tías Leandra y Piedad, que

⁴⁵ Martín habló de esta aduana, donde entregaban a sus propios verdugos a los refugiados franceses que venían huyendo de los nazis.

vinieron desde Madrid, los tíos de mi esposa; dos matrimonios que vinieron desde Pons, el sacerdote de Alguaire y su madre. Bien se merecían el viaje los que con su trabajo habían logrado la prosperidad de la empresa y a mí no me dolía gastar unos miles de pesetas si así veía contento al personal.

Fuimos alojados en el hotel Sabaté de Lourdes, cuyo propietario era español y catalán de Reus. La estancia en la villa de Lourdes se limitaba a dos días y uno noche, como todas las peregrinaciones que entonces se hacían. Pasamos los dos días visitando las maravillas de aquel santo lugar: la procesión de las antorchas y comunión de los enfermos (lo que impresiona al más recalcitrante creyente), la grutas y piscinas Casa de la Bernadette y el museo, con su inmensa basílica.

Al año siguiente el viaje fue a Montserrat, ya que la mayoría del personal no había visto la Casa de la Moreneta y sus maravillas. Resultó también un viaje placentero y divertido, ya que se habían incorporado al trabajo algunas chicas jóvenes que llenaron el autocar de canciones de Serrat, quien por entonces empezaba a tener fama como chansonnier.

Me decido a comprar la furgoneta

Antes de empezar la recolección de frutas de 1967 me decidí a comparar la furgoneta. Me trasladé a Lérida y visité la exposición de dicha marca en la rambla de Fernando, en la que don Eduardo Velasco era representante. Opté por la que estaba expuesta, pues era de entrega inmediata: una furgoneta DKV motor Mercedes de gasoil, que era muy económico, y con mil kilos de carga útil. Ciento noventa y seis mil pesetas pagué al contado.

Aprovechando este transporte, me dediqué otra vez a la compra de aceituna, que había detenido en el invierno de 1963 porque no me resultaba rentable. Empecé por la comarca de Calatayud en Aragón y fijé mi centro comercial

en El Frasno (Zaragoza), donde el alcalde se ofreció como comisionado de la compra. Compré aceituna de buena calidad y rendimiento en los pueblos de Sabiñán, Paracuellos de la Ribera, Sestrica, Santa Cruz de Grío y El Frasno. Aquel año no había olivas en la parte del Urgell y la demanda era fuerte, por lo que exploté su comercio al máximo. El transporte lo realizaba un tal Antonio de Sabiñán y otro de El Frasno.

Recuerdo que en Puigverd de Agramunt el fabricante no se portó bien en el pago de la mercancía. Suspendí las compras en febrero, cuando los fabricantes me dijeron que ya no necesitaban más olivas. La furgoneta volvió con seiscientos litros de aceite, que vendí en Alguaire, y con el beneficio del mismo cubrí el gasto de gasoil.

A continuación comercialicé maíz, y después la cosecha de la cebada. El maíz que llevaba a la granja del señor Solé de Lérida, al señor Mora y a COPAGA poco representaba, pero me ocupaba el tiempo libre.

Exportación a los mercados europeos

En el mes de mayo del año 1968 don José Bañeres, vecino de Almenar y como yo comerciante de frutas al por mayor, me propuso exportar pera limonera a los mercados europeos formando una compañía junta a los mayoristas Pauls, de Corbins, y Serentill, de Benavent de Lérida, a los que de sobra conocía. Se llamaría Compañía Española de Comercio Exterior, título que me sonó a empresa de grandes vuelos. El efectivo de que disponíamos en aquellos momentos era escaso, pero pensé que nada se perdía por probar y si la cosa no marchaba bien lo dejaría.

Antes del primer envío mis socios promovieron una reunión con los jefes del SOIVRE, fitosanitarios encargados de dar el visto bueno a la mercancía para

su paso en frontera⁴⁶. En el hostal de Lérida Condes de Urgel se discutió la forma de la pera, el tamaño mínimo (de 60 milímetros de máximo diámetro) y la categoría. Se dijo que debía ser primera categoría y yo objeté, ya que en primeras el arancel representaba una diferencia de una peseta y cincuenta céntimos por kilo respecto a la segunda categoría, y esto gravaba mucho los costos. No hubo manera de convencerlos.

La fábrica leridana de embalajes Saga enseguida empezó a fabricar sesenta mil bandejas para la rimbombante compañía, de las que yo almacené diez mil en mis dependencias. La casa Mesegué nos sirvió alvéolos y papel marcado para trabajar y exportar grandes cantidades de pera. Llegado el momento de la recolección se puso en marcha el aparato de compra, que dio su principio en la zona del Bajo Segre por ser la más temprana. Se compró pera en los pueblos de Granja de Escarpe, Aitona, y Massalcoreig con destino a los almacenes de Almenar, Benavent de Lérida y Corbins; y allí se confeccionaron los primeros vagones con destino a Alemania.

Para el transporte de la mercancía se suscribió un contrato con una compañía holandesa de camiones de gran tonelaje auxiliados por un remolque. La empresa se comprometía a realizar el transporte a los países europeos al precio de tres pesetas el kilo sobre camión para Alemania, y con la exigencia de un mínimo de 17.000 kilos por vehículo. Ya el primero que se cargó en Corbins no llegó a dicha cantidad (faltó aproximadamente una tonelada), lo que provocó algún problema con la empresa del transporte.

El primer día de exportar desde mi almacén, cincuenta mujeres confeccionaban la carga para el camión. A las cinco de la tarde se presentó el vehículo, que por sus grandes dimensiones venía acompañado desde Irún por guardias civiles de Tráfico. Dos horas después el camión estaba cargado y autorizado

46 El SOIVRE, institución aún vigente, es el Servio Oficial de Inspección, Vigilancia y Regulación de las Exportaciones. Creado en 1934 con la misión de controlar la calidad en la exportación de productos agrícolas naturales (en concreto su aspecto fitosanitario), sus objetivos y funcionamiento fueron cambiando a medida que lo hacía el comercio de exportaciones.

por el SOIVRE para su traslado al punto de destino. El jefe del equipo fitosanitario me felicitó por la perfecta confección y por la calidad del fruto. El camión llevaba 16.500 kilos de pera: 1.650 bandejas de 10 kilos.

Al día siguiente, cuando las mujeres se disponían a empezar la faena, se personó en mi casa el señor Bañeres para decirme que al llegar los camiones a Alemania el asentador del mercado (encargado de la venta de las peras) no quiso pagar al transportista más que los kilos que figuraban en la hoja del transitario, y que estos se negaron a descargar si no se les pagaban las diecisiete toneladas.

Tres días estuvieron las peras en el interior del camión sin descargar, lo que supuso la pérdida total del género. Ante este desaguisado, previo pago de la pera que había exportado me separé de la dichosa compañía antes de que acabasen con mi pequeña economía. Lo único que enturbió mi conciencia fue tener que dejar sin trabajo a las mujeres que había requerido para la exportación. Fui muy criticado por los restantes componentes de la compañía, quienes más tarde se arrepentían de no haber seguido mi ejemplo.

Otro salió a relevarme que no sabía de la misa la mitad, el señor Segura de Roselló, a quien entregué todos los atributos, cajas, alvéolos, papeles y demás zarandajas. Supe después que todos perdieron mucho dinero y que más de un agricultor quedó sin cobrar sus peras. Un perjudicado de Aitona me contó dos años después de haberlas vendido que no había cobrado varios miles de pesetas. Esto no habría pasado si me hubieran escuchado desde buen principio. Como reza el popular dicho, “se pagó la novatada”.

La “aceituna para el agua”

Las ventas en los mercados nacionales fueron más rentables que en el extranjero. Al terminar la campaña frutera de 1968 volví, como el año anterior,

a comprar la aceituna en la zona aragonesa. También compré olivas para el consumo en aderezo. En El Frasno conocí a los hermanos Cebamano: Antonio era el dueño del café y de la fonda del pueblo, en la que estuve alojado; Juan se dedicaba al negocio de la “aceituna para el agua”, como allí decían a la de aderezo. Una variedad llamada por los nativos “larga cirujal” era muy solicitada por su brillo y buen sabor; y yo pedí a Juan que me pusiera unos kilos en una bolsita, para intentar venderla en Lérida.

La población flotante de la capital del Segre, mayoritariamente agrícola, consumía mucha aceituna de aderezo. De eso sabía mucho el señor Torruella de Lérida, que ya hacía muchos años se dedicaba a este negocio junto al de



»Martin con sus nietos Pol, Jordi, Alba, Pau, Joan y Neus. 1989

ultramarinos (era dueño de dos supermercados). Él mismo aderezaba la aceituna en grandes bocios de roble. En uno de mis viajes le presenté aquella aceituna y los ojos le salían de sus órbitas. Inmediatamente concretamos precios y cantidad. La furgoneta se encargó de llevar a su comercio muchos kilos de aquella exquisita aceituna de poco hueso y mucha carne.

Muchas veces me manifestó el señor Torruella que nunca había tenido aceituna de mejor calidad y animado estuvo a seguir comprando con miras a su exportación fuera del país. Nunca supo que toda pertenecía al término municipal de Sabiñán, donde más cantidad había de esta variedad y de mejor calidad.

Al siguiente año (1969) mi corredor me comunicó que la cosecha de aceituna se había perdido por los fríos. Empecé la compra de aceituna por las villas de Caspe, Alcañiz, La Torre de Compte, Mazaleón y Maella para terminar en Ascó y La Fatarella. La aceituna, fuera la de Alcañiz, era de baja calidad y rendimiento. Me fue mejor con las de Ascó y La Fatarella, porque ya las conocía. Fue un año de poca cosecha en todas las comarcas y los precios no resultaron rentables.

Después de trabajar los granos pienso, desde los meses de verano hasta finales de noviembre de 1970 empecé a preparar el itinerario a seguir para la compra de aceituna. Su comercio estaba tan normalizado que la competencia en las zonas de producción del Alto y Bajo Aragón hacía casi imposible su compra, y menos si no disponías de una almazara. No me faltó mucho para poseer en arriendo una de don Pedro Siurana en Torrefarrera por cinco mil pesetas: una cantidad simbólica, pero no era más que chatarra y no se pudo poner en marcha. Lo que pretendía el señor Siurana es que la fábrica saliera de aquella campaña en perfecto funcionamiento sin costarle un céntimo.

En Ascó había poca cosecha y mayor número de compradores, ya que llegaban almazareros de Reus, Mora de Ebro y otros pueblos. En la víspera de Navidad, aprovechando que las fábricas estaban paradas, regresé a casa a

pasar las fiestas en compañía de la familia. El 27 de diciembre volví a salir en dirección a Ascó, El Perelló y L' Ampolla, pues sabía que ahí la recolección de la aceituna duraba algo más que en la zona de Ascó. La aceituna de El Perelló y de L' Ampolla producía un aceite de cuatro y cinco grados de acidez, muy fuerte para el comercio en Lérida, por lo que no se compró más que uno o dos viajes.

Viajé luego al pueblo de Albatera en la provincia de Alicante, pero tampoco aquí arraigó la compra, por el mal rendimiento de la aceituna y la peor calidad del aceite. Ya que había hecho tanto recorrido, después de informarme me trasladé a la provincia de Ciudad Real. En la zona limítrofe con Badajoz la recolección de la aceituna estaba en su máximo apogeo. Después de explorar Agudo sin éxito, hice alguna operación en Tamurejo y Garbayuela, ya en la provincia de Badajoz.

Regresé a casa a primeros de febrero de 1971, y las frutas me ocuparon la mayor parte del año. Seguí, además, comprando algo de aceite en la almazara del señor Arques de Maella, destinado a varios vecinos de Alguaire y Lérida que consumían durante el año estos ricos caldos.

VII. MIS HIJOS SE EMANCIPAN

“Sean tus paredes nido a los que vienen detrás...”

Libros, cables y herramientas

El 25 de abril del año 1971 hacía los veinticinco años de la celebración de mi matrimonio, quisimos mi esposa y yo que aquella fecha de las bodas de plata fuera festejada por los componentes de la familia. De Madrid acudieron mis sobrinos, Luis y esposa, Laureano y su mujer e hijos, mi hermano Gregorio y su señora, y mi tía Leandra. De Asturias mi hermano Teófilo, su esposa y Fernando, su hijo menor. Llegaron de Manresa los padres de mi esposa Luisa, su hermano Manuel y señora, y sus dos hijos, Luis y Maria Alba; así como también primos de Setmenat y Pons. También asistió mi madre, que por aquellas fechas se encontraba con nosotros.

Fue un día maravilloso que jamás olvidaré, asistencia a la misa de la parroquia y más tarde comida en la intimidad del hogar y alegría. Se contaron cuentos de todos los colores, chistes y algunos bailes al son de los discos. ¡Qué bonitas son estas fiestas entre familia! Y cuánto dolor siento al comprobar que mucha parte de la sociedad moderna está tirando por tierra estos actos y la unión familiar, con divorcios, separaciones legales y otras no tan legales, que parten a las parejas a veces con consecuencias funestas, fruto de una libertad mal entendida.

Mis hijos Juan y Antonio, por estas fechas estaban en Barcelona. Juan estaba próximo a terminar la carrera de Filosofía y Letras. En 1974 se licenció en Psicología y hoy es director en la “Casa Nostra” de Sudanell. En este centro, un grupo de disminuidos psíquicos no profundos trabajan en talleres de carpintería, empaquetando productos para la agricultura y en invernaderos con toda clase de verduras y hortalizas.

Antonio nunca dijo qué quería estudiar hasta que llegó el momento de ir a la Universidad. Eligió la carrera de Medicina, yo creo que influido por las operaciones de su madre. En estos años estaba estudiando Medicina en el Hospital de San Pablo, que pertenecía a la Universidad Autónoma (hoy enclavada en Bellaterra). Con dos estudiantes en Barcelona los gastos aumentaban. Esto no me preocupaba, mientras no faltara el trabajo para poder acudir a los pagos.

Manuel, el más pequeño, no tenía tanta afición a los estudios; extremo que su madre y yo notamos a partir de la primaria. A pesar de ellos le matriculamos para que intentara hacer el bachillerato en un centro de enseñanza de Almenar. En los exámenes de fin del primer curso los suspensos superaron con creces a los aprobados. Visité al director del centro, quien me manifestó que era un chico de prendas en su comportamiento: obediente, simpático, buen chuteador del balón... pero de amor a los libros, un desastre. Asimismo, me sugirió que podía ser un gran operario en un oficio.

Yo tenía un amigo en Lérida, Dimas Gutiérrez del Amo, que a la sazón era el conserje de la Escuela de Artes y Oficios Ángel Montesinos, dependiente de la delegación provincial de Sindicatos. Al término de la Guerra Civil habíamos estado juntos como sargentos en el regimiento de Montaña número 16. Fui a visitarlo a su trabajo y le planteé si era posible el ingreso del chico en aquella escuela. “Siquiera que pueda aprender un oficio”, le dije a Dimas. Me contó las condiciones que debía reunir y me dijo que él se cuidaría de su vigilancia si se despidaba. Sería admitido, pues había vacantes en el curso que empezaba.

No le disgustó la idea a Manuel y dijo que quería estudiar para electricista. Supimos que nuestro Manuel era el más simpático de toda la prole estudiantil que viajaba en el coche de línea a Lérida. Pronto acudió a casa con un montaje primario en un tablero lleno de interruptores y llaves que naturalmente sólo él entendía; y pasaba los ratos libres haciendo conexiones y empalmando hilos.

Manuel comía en la residencia que los padres franciscanos tenían en las inmediaciones del centro Ángel Montesinos. Debido a su baja calidad y alto precio, hice gestiones para que fuera al comedor de la comandancia de la Guardia Civil. Enseguida se hizo amigo de los guardias rurales y de los de tráfico, según me dijo el cabo encargado del comedor; al que yo de sobra conocía y a quien daba cada mes el importe de la pensión del chiquillo.

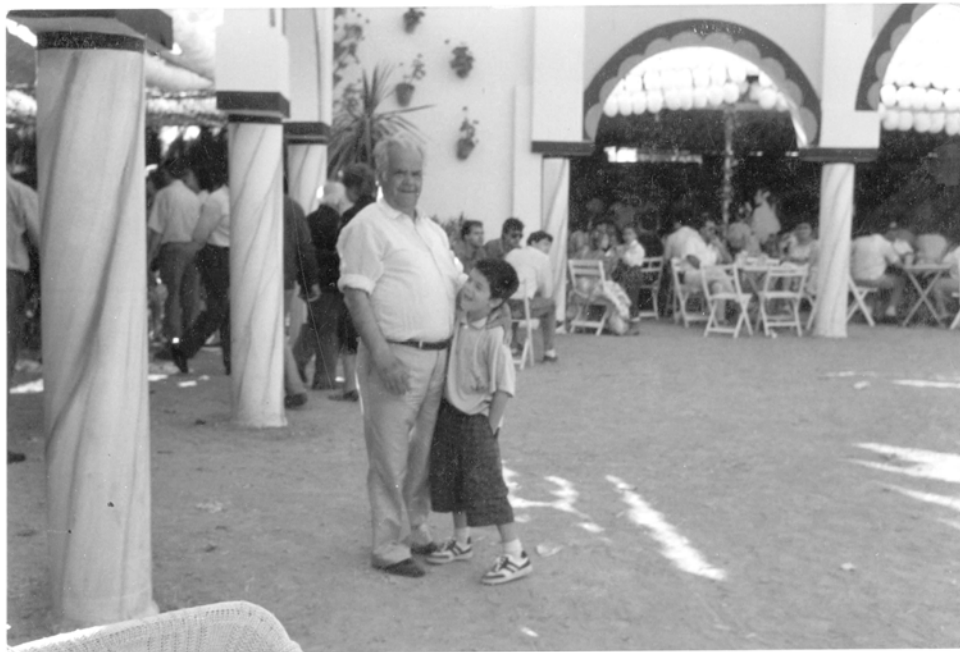
Al finalizar el segundo año en la Escuela de Artes y Oficios sepultó las herramientas y no acudió más. Para mí no suponía ningún problema, máxime cuando necesitaba brazos en mi almacén y él podría ser mi relevo en las actividades comerciales de la casa. Tiempo hacía que yo buscaba unos terrenos no muy distantes del pueblo con la intención de construir una granja para engorde de cerdos y al mismo tiempo dar empleo a mi hijo Manuel. Él estaba contento con la idea; me prometió que se cuidaría de la crianza de los cerdos y que me ayudaría en los trabajos del almacén y cámaras.

Pedí a Jaime, mi empleado de confianza, que durante mi ausencia empleara con él la misma disciplina que hacía con el resto del personal. Manuel se quejó en alguna ocasión, pero yo sabía que sus consejos y broncas le habrían de servir de mucho en su vida futura.

En el trabajo de casa y en las demás actitudes de la vida Manuel ha sabido abrirse camino y hoy no tiene por qué envidiar a sus hermanos. La relación entre los tres hermanos fue y es sincera, de lo que estoy más que orgulloso, porque siempre me gustó la concordia en las familias. Nosotros tres nos criamos sin padre y están presentes en mí las palabras que con frecuencia decía

mi madre: “No deseo otra cosa en este mundo, hijos míos, que reine siempre entre vosotros la comprensión y el cariño que yo tuve siempre con mis hermanas”; lo cual quedó demostrado cuando describí el cobijo que nos dieron ellas al quedar huérfanos.

Por aquellas fechas mi hermano mayor era cabo de la Guardia Civil en la comandancia de Navarra y le concedieron su traslado a la comandancia de Lérida, al puesto de Vinaixa, para estar más cerca de mí. No duró mucho su proximidad, ya que al ascender a sargento fue destinado a la comandancia de Navarra otra vez. La separación aún continua: mi hermano más chico, Teófilo, está en Gijón, Gregorio en Madrid y el que suscribe en Alguaire. Pero



»Martin con su nieto Pau en la Feria de Jerez. 1988

siempre estamos unidos y deseando encontrarnos juntos, aunque solo sea por unos días, en la parte que sea de la geografía española; herencia que hemos sabido inculcar a nuestros hijos.

Es ley de vida que un día abandones este mundo. Piensa que la marcha es larga, de la que nadie retorna; analiza tus virtudes y llena bien las alforjas. Y aquí vienen a colación los siguientes versos, fruto de mi pensar:

*Empieza ya tu camino,
aprende ya a caminar.
Como dijo aquel poeta:
“Se hace camino al andar”.*

*haz un alto en el camino
y vuelve la vista atrás:
la senda que recorriste
no la pasarás jamás.*

*No precipites tu marcha
y piensa sólo en llegar:
Tus huellas serán la obra;
no vuelvas la cara atrás.*

*Otros que verán tus huellas
el camino seguirán,
porque la vida es camino
y se hace camino al andar
sin volver la vista atrás;
tu obra será el testigo
de tu camino final.*

*Y cuando el paso cansino
te fatigue por tu edad,
cuando las fuerzas te fallen
y no puedas caminar,*

Un tropiezo a causa de la política

Cuando Antonio solicitó una prórroga de estudios en su segundo curso de medicina para aplazar la mili, vino un tropiezo a causa de la política. El chico da curso a los documentos necesarios para que le sea concedida la prórroga de primera clase. Antonio figura en dichos papeles como residente en Alguaire, por lo que el comandante del puesto de la Guardia Civil ha de extender un informe de la conducta política. Por encontrarse estudiando en Barcelona el

informe lo debe hacer la jefatura de Seguridad de la capital condal.

Las fechas se van agotando y entra la incertidumbre en Antonio de que no le concederán dicho documento. Cuando me llama por teléfono y me cuenta el lío, me traslado al puesto de la Guardia Civil en Almenar, al que Alguaire pertenece. El sargento comandante del mismo me explica que la policía de Barcelona no informa bien de mi hijo por asuntos políticos. Siendo delegado de curso en la Universidad se había distinguido en alguna ocasión como simpatizante del Partido Socialista (entonces en la clandestinidad) pero nunca estuvo detenido ni pensaba que figurase en los archivos de la Brigada Social, de tan triste recuerdo⁴⁷.

Mi hijo tenía los nervios a flor de piel: si no le concedían la prórroga le partían los años de carrera por la mitad. Consulté con el sargento si había alguna salida a este engorroso asunto y sólo pudo decirme que todo dependía de la Brigada Social de la Policía de Barcelona, que había emitido el informe desfavorable de mi hijo.

Conocí en cierta ocasión a un señor que manifestó ser inspector de la Jefatura superior de Barcelona, quien me dijo que si alguna vez necesitaba de sus servicios haría lo que estuviera en sus manos. Huelga decir que enseguida pasó por mi imaginación hacerle una visita. Aunque el asunto me parecía un poco espinoso ¿qué no hace un padre por un hijo?

Una vez en la jefatura, en la Vía Layetana, pregunté por el inspector Gandul, que así se apellidaba. Estaba en la sección de Pagaduría, como cajero de la Dirección. Me reconoció al momento y muy interesado me preguntó qué me traía por aquella jefatura. Me invitó a sentarme y le fui desgranando con palabras el motivo de mi presencia. Una vez hubo escuchado mi relato, se levantó y me hizo que le acompañara a la sección de la Brigada Social en la planta baja del edificio.

⁴⁷ La Brigada Político Social (BPS), perteneciente a la Dirección General de Seguridad, estaba dedicada a la represión política y empleaba sistemáticamente la tortura física y psicológica.

Nos recibió un señor de unos cincuenta y tantos años que luego supe era el jefe de la Brigada Social. Se saludaron los dos inspectores y el señor Gandul me presentó y le dijo el motivo de mi presencia. Éste requirió los servicios de una mecanógrafa para obtener lo que en el archivo hacía referencia a mi hijo. Tras examinarlo me preguntó si mi chico llevaba barba, a lo que le contesté que sí. “¿Su hijo está en una comuna con otros estudiantes?”, prosiguió, y le contesté afirmativamente. Intervino el señor Gandul para preguntar si había algo grave en la conducta de Antonio. “¿Qué val?”, contestó. “Nada de importancia: este muchacho tenía correspondencia con un soldado de la guarnición de Huesca, y se han censurado cartas intervenidas a dicho soldado donde se nombraban cosas algo injuriosas contra el ejército”.

El señor Gandul preguntó si era causa suficiente para negarle el derecho a solicitar la prórroga y el jefe dijo que no, que regresara a casa y se lo explicara al comandante del puesto de la Guardia Civil para que emitiera informe favorable a las pretensiones de mi hijo. Me atreví a pedir un documento u oficio donde constara lo que había dicho, a lo que me contestó que no hacía ninguna falta. Salí con el señor Gandul a la calle y tomamos amigablemente un café que el pagó. Nos despedimos hasta otra ocasión, deseando que no fuera para molestarle sino para pasar un rato de charla como lo habíamos hecho cuando lo conocí.

Como me temía, el sargento no podía hacer el informe sin un justificante de la Policía de Barcelona. Ni corto ni perezoso, al otro día me volví a personar en Jefatura de Barcelona. El señor Gandul me acompañó otra vez a la planta baja y aquel jefe despotricó contra el sargento, sin duda para justificar su fallo. Ordenó a la mecanógrafa del día anterior que me hiciera un certificado donde expresara claramente la buena conducta de mi hijo Antonio y que se extendía para solicitar prórroga de estudios.

Cogí el papel tan deseado y me fui pitando para mi casa. Visita al sargento, que se tomó con humor los inconvenientes que había suscitado aquel dichoso

escrito. Redactó el suyo, me lo entregó con un fuerte apretón de manos y comentamos lo que es capaz de hacer un padre por un hijo. Él tenía ocho hijos y también con sus problemas, según me comentó.

En el último día del plazo entregué todos los documentos necesarios en el Gobierno Militar de Lérida. Y así fue como a pesar de las trabas mi hijo pudo disfrutar de los beneficios de aquella dichosa prórroga. No he de negar que me produjo algo de disgusto tener que emplear aquellas amistades. Yo a Antonio nunca le había intentado privar de sus ideales, pues considero que cada persona tiene derecho a expresar sus pensamientos siempre y cuando no ejerza para tal fin la violencia. Eso sí se lo advertí en más de una ocasión, aunque sabía que de violento no tenía nada.

Después de acabar su prórroga, mi hijo Juan ingresó en el ejército y fue destinado al Centro de Instrucción de Reclutas número 2, en Alcalá de Henares. A la jura de bandera asistimos su madre y yo, y después de una mañana de ajeteo de desfiles y formaciones pasamos un día muy feliz en su compañía. Cuando fue dado de alta de instrucción, lo destinaron al Ministerio del Ejército con destino a Madrid y prestó sus servicios en la dirección general de Asistencia Social del Ejército, como ordenanza.

La granja de porcinos

En enero de 1972, por rumores me enteré que un vecino llamado Lorenzo Ribes ponía en venta unos terrenos no muy distantes del pueblo. Inmediatamente pensé en la idea de la granja de porcinos para mi hijo Manuel. Antes de hacer ningún trámite de compra fui a visitar los terrenos sin que el dueño supiera y calculé la extensión y situación de los mismos. El propietario me manifestó que quería vender la finquita porque no tenía intención de seguir viviendo en el pueblo, acordamos la cantidad y al otro día ya era yo propietario de los antedichos terrenos. Ahora sólo faltaba pedir los permisos correspondientes a

las autoridades sanitarias para la construcción de la granja.

De los dos vecinos colindantes, uno no puso ningún inconveniente a la instalación de la granja. El otro, que en principio lo aceptó de buen grado, cuando vio que los camiones descargan grava y arena dijo que no consentiría que allí se construyera ningún edificio destinado a cría de cerdos. El disgusto que aquella actitud me produjo fue enorme, pues si lo hubiera sabido antes no habría hecho la compra. Lo que nunca he querido en mi vida ha sido un contrario, y menos si había de ser vecino. Discutimos sobre los motivos y no hubo manera de sacarle de su postura. El trámite siguió su curso y tras cuatro meses me concedieron el permiso, con la condición que la pared más próxima a la finca del oponente había de estar a una distancia de treinta metros.

Corría el mes de mayo cuando por contrata una empresa de Almacellas empezó la construcción de la granja. En el plazo de dos meses dieron buena cuenta de ella e inmediatamente se llenó de cerdos la casa Piensos Porta, con quien en aquellas fechas tenía integrados también los pollos. No pasó mucho tiempo antes de desprenderme de la parte lindante al irascible propietario y vecino: un viverista me dio más cuartos de lo que me había costado todo el terreno.

Bien recuerdo que aquel año la fruta me dio saneados beneficios: la manzana y pera blanquilla que guardaba en mis cámaras subió mucho de precio y la vendí cuando ya los mercados estaban faltos de frutas y la demanda era fuerte. La sangría de la granja se taponó bien con dichos resultados económicos y a partir de entonces también sería una fuente de ingresos que iría restando cantidades al saldo deudor del Crédito bancario.

Estando aún Juan en Madrid, mi esposa se tuvo que trasladar allí por motivos de salud de mi cuñada (la esposa de mi hermano Teófilo), que por entonces residía en dicha capital. Padecía una enfermedad que la obligó a ingresar en el Hospital Militar Gómez Ulla, donde poco tiempo después fallecería. Como es natural asistí al entierro de mi cuñada y le di ánimos a mi hermano.

Esto ocurrió dos días después de la muerte de Carrero Blanco, que fue jefe del gobierno de Franco. Sin otro objetivo que la curiosidad, quise ver donde le habían asesinado. Aunque el lugar estaba vigilado por agentes de la policía municipal, pude ver el enorme boquete que la explosión produjo en aquella calle y los impactos en las paredes de las casas colindantes⁴⁸.

Ya están los hijos colocados

En el año 1974 mi hijo Juan contrajo matrimonio con Josefina Bañeres, vecina de la misma villa de Alguaire, de profesión maestra nacional en el pueblo de Almenar. La boda fue en la ermita de la Virgen del Merli por un sacerdote amigo de mi chiquillo. Resultó un acontecimiento, ya que no hubo protocolo y más bien parecía una reunión de amigos. El cura hizo su charla, después la efectúo Juan y a continuación hablamos todos en amena tertulia; siempre, claro está, con el debido respeto al lugar donde nos encontrábamos.

El banquete nupcial fue en el hostal La Rivera de Lérida. Barriga llena y bolso escualido, ya que la libertad de la soltería marcha; ley de vida. La formación de una familia compensa todas las adversidades que puedan presentarse, y si hablé de perder la libertad no fue sino a modo de broma.

En 1977 ingresó en filas mi hijo Antonio, que por no ser menos que su padre y su hermano Juan fue destinado a la Guarnición de Madrid CIR número 1 en Colmenar Viejo. Terminado el período de instrucción se incorporó como médico que ya lo era, en la Escuela de Automovilismo del Ejército. A las órdenes de un capitán trabajó a turnos con otro profesional de la medicina en su misma situación.

No por estar en la mili abandonó los estudios. Durante las horas que el

48 Luis Carrero Blanco, persona de confianza del dictador Franco que ocupó diversos cargos en su gobierno, fue nombrado presidente del gobierno en junio de 1973. Murió seis meses después en un atentado de la organización armada ETA.

servicio le dejaba libre se preparó para las oposiciones a médico interno residente (MIR) de la Seguridad Social. Es ésta tarea difícil por el gran número de opositores que suelen presentarse, pero a él no le arredró en absoluto, pues decía que trabajando se consiguen las cosas y el trabajo para él es una vocación. Después de finalizada la mili aprobó las oposiciones y en agosto de 1978 fue destinado a la residencia sanitaria Virgen de la Arrixaca en Murcia.

Por entonces mi hijo Juan ya estaba como director del citado centro de disminuidos síquicos. Manuel, que fue reacio a Pitágoras y Cervantes Saavedra, da principio a su profesión de agrícola ganadero haciéndose cargo de mis granjas de pollos y cerdos, una carrera que puede proporcionarle el sustento suficiente para su futuro. Ya están los hijos colocados y mi esposa y yo celebramos que no han sido infructuosos nuestros sacrificios económicos.

Unas monumentales tortillas de patatas

Recuerdo que hacia 1975 mi esposa y yo hicimos un viaje a Sama de Langreo (Asturias), donde trabajaba mi hermano Teófilo, para asistir a la primera comunión de su hijo Fernando, el benjamín de la familia. Mi esposa y yo lo apadrinamos en la pila bautismal en Mieres, residencia de mi hermano en aquellas fechas. Fue el primer bautizo colectivo que presencié y llegó a emocionarme por la cantidad de neófitos que había. Pasamos junto a la familia de mi hermano tres días que nos dieron ocasión de conocer las bellezas de aquella zona industrial y minera, y el santo y maravilloso sitio de La Santiña, en Covadonga.

Recuerdo que la noche anterior a esta visita Lala, mi cuñada, preparó unas monumentales tortillas de patatas que habían de servir de homenaje a nuestros estómagos a la hora de la comida. A mí siempre me han gustado horrores las tortillas de patatas en frío, por lo que al día siguiente más de una vez pensé en las tortillas, esperando dar buena cuenta de una sabrosa porción. Llegamos

a Covadonga, visitamos el santuario y asistimos a una misa que celebró un sacerdote amigo de mi hermano. Este sacerdote había administrado la comunión a mi sobrino Fernando y nos acompañó con su coche durante el viaje.

A la hora de la comida el tiempo amenazaba lluvia y decidimos ir a comer a un cobertizo con sus mesas y taburetes. Mi cuñada estaba afanada en sacar cosas del maletero del coche, cuando exclamó, “¡Las tortillas!”. Las tortillas se habían quedado en Sama. No así los entremeses, el pan y los chorizos, que bien acondicionados permanecían en el fondo del portamaletas. Al lado del cobertizo había un local muy concurrido dedicado a casa de comidas y bebidas, donde encargamos un plato para sustituir al que fue causa de olvido involuntario. Tuvimos que conformarnos con saborear las delicias tortillas en la cena de aquella noche.

La alegría de ver aumentada la familia

El año 1975 nos trajo la alegría de ver aumentada la familia con el nacimiento del primer nieto. El primer hijo de Juan y Josefina llenó de ilusión su hogar y de alegría a mí y a mi esposa, por tener en la vida un continuador de nuestros apellidos. Nació el día 26 de febrero, fue bautizado en la parroquia de Algaire y se le impusieron los nombres de Jorge, Juan y Pedro. Hoy se le llama sólo Jorge. El día 19 de mayo de 1978 se produce el desgraciado fallecimiento de mi querida madre, a la edad de noventa años. Murió en el domicilio de mi hermano menor, Teófilo, a la sazón capitán de la Guardia Civil de Ribadeo (Lugo). Como homenaje póstumo le dedico estos versos:

*A mi madre que en gloria esté
a la diestra del Señor,
por lo que en la vida fue.*

*Por este valle sin fin
tu camino fue muy largo,
ya que llegaste al final
caminando noventa años.*

*Tú viste el sol nacer
en la estepa castellana,
y recibiste su luz
en aldea segoviana.*

*Aquí empezó tu camino,
que en este mundo marcó
hasta tu último destino
la voluntad del señor.*

*Fuiste la primera flor
del jardín de mis abuelos,
jardín que luego aumentó
con doce capullos nuevos,
y por ser tú la mayor
tuviste que cuidar de ellos.*

*Según me contaste un día
tu juventud fue un calvario;
¡Un regalito del cielo
tanta prole por rosario!*

*Hasta que llegó el León,
el hijo del tío Gregorio;
que cortés y más galante
te propuso matrimonio.*

*Y de esta bendita forma
otro jardín cultivaron:
segunda en tierras del Cid
(por eso fui zamorano)
y la tercera y no más
en los campos de Madrid.*

*Poco duró la alegría
en tu corazón de esposa:
muy joven murió mi padre,
dejando en casa su rosa
y tres ramas de su sangre.*

*Seis años se cumplen hoy
que el señor segó tu vida,
y nos dejó sin la flor
por nosotros tan querida.*

El día 6 de agosto de 1978 nace la que había de ser la hermanita de Jorge. Alegría por todo lo alto, ya que se trataba de la parejita que suelen buscar los matrimonios. Es bautizada en la misma iglesia que su hermano y se le impone el nombre de María Alba.

En 1979 contrae matrimonio mi hijo Manuel con la señorita Carmen Torrelles, vecina de Vilanova de Segriá, pueblo cercano a Alguaire. Un sablazo más a la cartera, pero la alegría de ver casados a dos hijos compensa con creces el sacrificio económico. Manuel marcha a vivir al pueblo de su esposa, donde sus suegros les han construido una maravillosa casa. No por eso abandona el trabajo de mi casa, y también ha de atender las labores de una finca en Vilanova. Algo se le complica la faena, pero todo recibe el esmero y cuidado que las granjas y la tierra requieren.

Mi hijo Antonio por aquellas fechas ya estaba en Residencia de la Seguridad Social en Murcia y acudió a la boda junto a la que había de ser su esposa Teresa. Se celebró en el pueblo de la Carmen y el banquete nupcial fue en Lérida. Una fiesta donde los que menos disfrutaban son los novios, que han de dar el parabién a todos y acudir a las más elementales obligaciones como anfitriones. Los novios partieron a Barcelona para tomar el barco que les conduciría a Palma de Mallorca, donde pasaron su luna de miel.

En el año 1981 hubo un nuevo aumento en la familia que llenó de alegría el hogar de nuestros hijos Carmen y Manuel, con el nacimiento de una niña preciosa a la que en la pila bautismal le pusieron los nombres de María Nieves. Nada hacía presagiar en aquellas felices fechas que el señor nos separara de Carmen para toda la vida. Una enfermedad cruel y rápida se la llevó, dejándonos a todos hundidos en el dolor.

Mi esposa no pudo resistir tan fuerte golpe y como su salud era muy precaria, desde aquella fecha no se encontró con ánimos para seguir viviendo. A los

dos años fallecía víctima de cáncer de mama. A pesar de que los doctores nos dijeron que después de tantos años de operada no se reproduciría, el cáncer volvió a aparecer con su maligna saña, dando así final a su vida.

La soledad me embarga y aquí doy final al relato de mi vida. Deseo y pido a los que tengan ocasión de leerlo perdonen las faltas de ortografía y si en alguna alusión a alguien he molestado, sepa que sólo he querido expresar lo que a mi persona se refiere, sin ánimo de ofender a nadie.

En Alguaire, a febrero de 1983,

MARTÍN ESCOLAR RAMOS.

*Vida y memorias del que suscribe,
Martín Escolar Ramos. Un buen padre.*

*"De tantas cosas me acuerdo que no quisiera acordarme,
solo quiero estar contigo bajo la sombra del sauce"*

Martín Escolar Ramos, Alguaire, 23 de abril de 1985.

Panorámica de Alguaire

